

EL LADRÓN DE PENAS



ANTONIO
JÓDAR CALPE

ANTONIO JÓDAR CALPE

EL LADRÓN DE PENAS

Título de la obra: «EL LADRÓN DE PENAS»

© Copyright 2016 Antonio Jódar Calpe. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial o la transmisión de la obra.

1º edición noviembre 2016

“Esta historia te la dedico con mucho afecto; podría ocurrirte a ti. Te aconsejo que aprendas todo lo posible de ella. También que nunca te enamores durante una tormenta y que tengas cuidado si ves a alguien con un chubasquero rojo. Tal vez este invierno sea extrañamente borrascoso”

ANTONIO JÓDAR CALPE

15 DE SEPTIEMBRE 2016

SUMARIO

[CAPÍTULO I: DESESPERACIÓN](#)

[CAPÍTULO II: LO INESPERADO](#)

[CAPÍTULO III: EL REENCUENTRO](#)

[CAPÍTULO IV: LA PARADOJA](#)

[CAPÍTULO V: LA GRAN TORMENTA](#)

[EPÍLOGO: DESPUÉS DE LA TORMENTA](#)

[UNA NOTA SOBRE EL LADRÓN DE PENAS](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

CAPÍTULO I

DESESPERACIÓN

“Cuando se trata de la vida real, ¿dónde se encuentra el límite?”

I

Metió la llave en la cerradura después de varios intentos, dos veces se le había caído al suelo tratando de abrir la puerta; veía el pasillo muy a duras penas. El atardecer se oscureció más de lo previsto y un viento inoportuno hizo que las hojas de los árboles susurrasen a manera de cantos de reproche. Hacía rato que el tiempo se notaba denso y especialmente húmedo. Las nubes ennegrecidas amenazaban con una tormenta brutal.

En sus primeros indicios, las ventanas del edificio no dejaban ver más que algún relámpago todavía lejano. Por los cristales se distinguía la luz pálida que cubría el cielo. Trató de hacer girar la llave pero no pudo, la mano le temblaba; estaba transido de frío y los ojos cargados por las noches de insomnio, y esta sería la siguiente. Giró otra vez la llave y cedió al final.

Al traspasar la puerta encendió la luz y miró el reloj que se hallaba en la mesilla de noche, vio que eran las tres de la madrugada. Iba bebido y se dejó caer sobre la cama boca abajo. En el instante de caer dio un gemido y se quedó inconsciente sin que nada, excepto un leve tic-tac del despertador, alterase el silencio. La luz se quedó encendida y tenía una palidez facial estremecedora. Nadie sabía que estaba allí completamente solo y tal vez fuese a morir en esa condición. Los que lo juzgaban no habrían podido leer sus sentimientos reales, pero él tampoco. Ahora yacía en un sopor que fue breve.

Se despertó de repente y al mirar de nuevo el reloj vio que habían pasado treinta minutos, solamente treinta. Los truenos se oían ahora con más fuerza, los cristales de la ventana empezaban a albergar las primeras gotas de agua, las cuales resbalaban por el cristal igual que el sudor por su frente y

las lágrimas que brotaban de sus ojos por las mejillas, tan descoloridas, bajo unos ojos de mirada doliente tras el verde claro. Abrió el minibar, cogió una botella de whisky y se llenó un vaso a la mitad.

Recorrió la habitación del hotel como un oso enjaulado, con el vaso de Whisky en la mano, dando pequeños sorbos, temblando de pies a cabeza. Tenía el pelo castaño con restos de gomina y algo desgreñado, llevaba una chaqueta y un pantalón azul oscuro manchado, también los zapatos por restos de vómito. La camisa era blanca, estaba sucia y le faltaban varios botones, del cuello le colgaba una corbata desanudada, un extremo por cada lado. De repente estampó el vaso contra la pared encolerizado y el estruendo lo encolerizó todavía más. Dio un fuerte puñetazo con el puño derecho a la mancha de Whisky que había teñido la pared hiriéndose los nudillos que acabaron ensangrentados.

Gritando de dolor se restregó frenético los nudillos por la camisa, añadiéndole tonos rojizos, lo que no hizo más que aumentar su cólera hasta romper a llorar. Hablaba entre sollozos profiriendo frases incoherentes a la vez que se arrollaba un pañuelo en los nudillos. Se dejó caer sentado en el suelo con las piernas estiradas, jadeando, llorando con cara de asustado; se quedó como extraviado mirando la puerta de la habitación. Se llamaba Héctor y ni siquiera eso tenía claro, la vida lo estaba ahogando, creía. Cerró los ojos y los abrió de nuevo arrugando el ceño. Lo repitió tres veces más deseando que un espíritu nocturno velase por él, aunque más bien sería el mismo monstruo que habitaba debajo de su cama cuando era un niño. Proyectaba una sombra fantástica sobre la pared que no era más que una caja de cartón agujereada. Los años habían volado y ahora él mismo era una figura prisionera del resplandor de algunos relámpagos.

Abrió la puerta de la habitación, la 708, dejándola entornada; se precipitó hacia la escalera con pasos vacilantes aferrando la botella de whisky que había cogido. Subió medio a tientas el primer escalón para no dar la luz y que alguien lo descubriese, pero se encendió automáticamente. Continuó subiendo a grandes zancadas lo más rápido que pudo hasta alcanzar la azotea. La puerta tendría que haber estado cerrada pero no tenía cerradura, parecía como si estuviera arrancada y había manchas de yeso alrededor.

Como pudo empujó la puerta, la traspasó hasta notar un viento de tormenta, el que antes hubo susurrado en los árboles. La tormenta la tenía encima y el viento le daba en la cara, también el reflejo parpadeante de los relámpagos que resonaban con toda su fuerza como una maravilla de la naturaleza que no transigía con la maleza de antenas wifi, las cuales ondulaban en un ángulo pronunciado, viéndose amenazada su endeble verticalidad. Hacía gestos con una cara de enloquecido, como drogado, contrayendo las mejillas sin poderlas controlar; en sus ojos se reflejaba un profundo deseo de enloquecer todavía más.

«Dios mío, por qué, por qué, por qué yo».

Avanzó hacia el centro de la azotea, la lluvia caía ahora abundante, empapándole por completo, la sangre seguía brotando de sus nudillos y la que tenía en la camisa se diluía emborronándola. Su cara empapada disimulaba el lloriqueo que no podía cortar, sintió frío y se levantó las solapas de la chaqueta

inútilmente. Sus infortunios pasaron del llanto al lamento cuando cruzó hasta llegar al antepecho de la cornisa. Era una altura de doce pisos más la azotea trece.

A Héctor le temblaban las piernas con mayor violencia y su jadear coreaba cada trueno, su cara seguía resplandeciendo en el relampaguear cada vez menos intermitente, sus ojos resaltaban desorbitados. Se quitó la chaqueta y la lanzó al vacío quedándose en el antepecho. Completamente empapado saltó a la cornisa pero no miró hacia abajo, no se atrevió. La desesperación lo acometió sin ninguna clase de misericordia, sintiéndose paralizado pero decididamente dispuesto a terminar con ese pesar etéreo. Sintió vértigo y náuseas, pánico, pero también una ira desmandada y una tristeza penetrante. En un arrebato decisivo extendió los brazos como si fuese a saltar de un trampolín y cerró los ojos.

—¿Me dejas ver cómo lo haces? —sonó una voz que clamaba a su espalda y que lo interrogó en japonés.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Héctor en un idioma que no dominaba mucho.

Bajó los brazos y se dio la vuelta.

—Alguien que está de paso —le contestó la figura de un hombre cuya cara no se veía por la penumbra y la lluvia insistente.

—¿Qué hace usted aquí? —quiso saber Héctor tratando de ver al hombre aquel; se quitaba el agua de la cara dándose zarpazos como un gato.

—Nada, solo quiero mirar —dijo el hombre.

La lluvia caía torrencial, una ráfaga de agua le impidió decir nada a Héctor y le chorreó por el pelo, las orejas, la nariz, y finalmente por el cuello de la camisa. Dio un traspié que casi lo hizo caer de espaldas. El retumbar de los truenos iba en aumento.

—¡Maldita sea! —gritó Héctor.

—¿Vas a hacerlo o no? —la voz de aquel hombre sonó impertinente.

Héctor gritó y volvió a gritar que se marchara de allí, que lo dejara en paz. Aún sentía la adrenalina en su cuerpo y le aumentó porque alguien, un chiflado que no podía ver bien, lo estaba provocando. Pero no tenía ningún sentido que alguien pudiera estar en la azotea en medio de una tormenta y menos justo cuando iba a... poner fin a todo.

—Mi jodida borrachera, sí, eso es, ¡desaparece de mi vista! —Héctor se cogió de las sienes, cerró los ojos y los abrió por reiterada vez.

El viento gimió provocando más ráfagas de agua, mientras el hombre salía de la oscuridad. Iba tan empapado como Héctor, debía de tener más de cincuenta, aunque no se le veía bien, de mediana estatura, vestido con unos vaqueros y un chubasquero rojo, con la capucha puesta; lo estaba mirando y su mirada era penetrante, no la apartaba para nada, ni siquiera parpadeaba a pesar de la lluvia.

—Desde luego que estás bebido, pero quiero verlo —dijo el hombre.

—¿Ver, qué? ¡Déjame en paz!

—Cómo lo haces, simplemente.

—Pero ¿qué dices? ¡Que te largues! —Héctor levantó el puño amenazante; era el derecho, se le cayó el pañuelo al suelo deshaciéndose los coágulos de las heridas en los nudillos. Sangró de nuevo.

—No importa lo que yo diga —dijo el hombre.

Héctor no sabía qué responder, únicamente se lamía el bigote como si quisiera escurrirlo. Bajó el puño. El hombre se le acercó y añadió:

—¡Acaba de una vez!

—¡Lárgate! ¡Lárgate de aquí! ¡Déjame!

—No está bien que me hagas perder el tiempo.

—Estás completamente loco, seas quien seas, ¡completamente loco!

El hombre guardó silencio, pero no dejaba de mirarlo y se le acercó aún más.

—¡Quédate donde estás! —gritó Héctor, la voz le temblaba.

El hombre no le hizo caso, sorteó el antepecho situándose junto a Héctor.

—Seguro que no has mirado abajo —le dijo el hombre.

Era cierto que no había mirado abajo, como si la decisión no la hubiese tomado de verdad. Miró al rostro de aquel hombre y se le antojó sereno, sin que hiciese muecas por el viento y la lluvia que vapuleaba sus rostros sin piedad, ni tan siquiera pestañeaba. No era como él que constreñía la frente, los ojos y ambas mejillas, dando la impresión de estar ahogándose en un vaso de agua.

—No vas a poder ayudarme —conjeturó Héctor. Seguía sin mirar abajo.

—¿Ayudarte? No, no tengo esa intención.

—Debes ser... de seguridad... sí, del hotel —dijo Héctor—. Sí, claro, has venido a impedirlo —señaló a la calle—, pero tú qué sabrás... ¡No te metas donde no te llaman!

Hablaba como si estuviera constatando un hecho, decía lo que pensaba como si fuera verdad. De fondo, la tormenta seguía estremeciendo el lugar. Héctor veía cómo los relámpagos se reflejaban en la cara del hombre. Pero la suya reflejaba un miedo terrible, miedo a decidir, a caer, a ser rescatado, o tal vez a ser ignorado por aquel extraño, quien se echó a reír a carcajadas. Sin dejar de reír cogió a Héctor por los hombros y lo obligó a darse la vuelta hacia la calle. Casi se cae de espaldas por la sorpresa antes de que lo cogiera.

—¡Mira! —le dijo, sin soltarle los hombros.

Héctor quiso retroceder pero el hombre se lo impidió; tenía mucha fuerza.

—Mira abajo —le insistió.

Héctor miró hacia abajo, temblando, gimiendo, con los brazos caídos y los puños cerrados. Pero de repente el hombre lo empujó precipitándolo violentamente al vacío. Dio alaridos que superaron al trueno que en ese instante reverberó. Héctor experimentó el vértigo, la angustia, el terror, la impotencia, en su peor versión. Delante de sus ojos veía un suelo que se le agrandaba en una espiral pavorosa. Gritaba, gritaba sin parar, hasta que llegó el momento del impacto mortal. No le dio tiempo de pensar en nada, excepto que ni su muerte iba a ser digna. Su vida no lo había sido, nada era digno en un mundo de rabia,

locura y miedo.

«Se acabó», fue el último resquicio de pensamiento.

Todo se volvió negro, pero notó un impacto que no le dolió lo más mínimo. Fue como si hubiese caído de una altura de dos palmos sobre una superficie blanda. Abrió los ojos comprobando que estaba boca abajo, sobre la cama, tal cual se había quedado dormido. Se dio la vuelta quedándose mirando al techo.

—¡Dios mío! ¡Ha sido terrible! —exclamó en voz alta.

Héctor se levantó al baño, se duchó y luego se tomó un par de calmantes. Giró el mando del termostato que estaba junto al marco de la puerta e hizo subir la temperatura de la habitación. Después se echó sobre la cama desnudo y se durmió otra vez a duras penas. Los relámpagos traspasaban el cristal de la ventana, pero él dormía profundo de forma merecida. Poco a poco la tormenta fue amainando, el sonido rítmico de la lluvia impactando en el alfeizar fue descendiendo hasta desaparecer.

Se despertó una hora después, pero decidió que no deseaba volver a enloquecer, no al menos por el momento. Necesitaba dormir diez o doce horas seguidas. ¿Y después qué? Se tomó con un poco de agua otro calmante del blister que había dejado sobre la mesilla; tuvo la intención de agregar unos tragos de la botella de whisky, pero no tenía ni la más remota idea de dónde había ido a parar. Mejor así. Si volvía a entrar en crisis no aterrizaría por segunda vez sobre el colchón mullido de la cama. Se arrellanó en su lecho con una sonrisa de satisfacción por parecer cabal una vez. En caso contrario, los periódicos tendrían material fresco para poder completar la sección de sucesos y algunas personas que dejó atrás se alegrarían por eso.

Una de ellas sería su socio, un hombre al que detestaba cordialmente y que había tenido la gentileza de fugarse con su mujer. Lo concebía así porque su matrimonio no funcionaba, pero no podía aceptarlo. Su socio era un ladino en los negocios y alguna vez se vio envuelto en serios problemas por su culpa, como cuando hacía de prestamista y estafador, al mismo tiempo, poniendo en riesgo a la compañía que representaba. Todo acabó en una ruina anunciada.

Se durmió de nuevo... hasta la mañana siguiente. Se despertó sobresaltado.

—¡Un café! Eso es lo que necesito... y bien cargado —le dijo al espejo del baño.

Lo habría dicho cualquiera en sus mismas circunstancias. Y él necesitaba un café que lo devolviera a la vida, aún más que haber despertado de una pesadilla. La cafetería lo esperaba abajo, pero dudó de si podría llegar hasta ella; decidió que sí. Se lavó la cara y se cambió de ropa sin poderse deshacer todavía de la conmoción sufrida y que parecía un pedernal cortante.

Héctor miró el reloj al entrar a la cafetería del hotel, marcaba las 10:15, iba con unos vaqueros limpios, una camisa blanca a rayas finas azules y unas zapatillas blancas; olía a perfume, con el pelo a medio secar, aunque aún mantenía la barba sin afeitar. Se tomó el café pensando en que podía tener la situación bajo control, lo creía, pero en el fondo sabía que no era verdad, ninguna de las cosas que uno cree llega a ser verdad casi nunca. Aunque él creía ser desdichado y lo creía cierto.

Salió a la calle y anduvo medio errante por la acera. Lo único que tenía claro es que necesitaba otro cepillo de dientes, el que tenía se le había caído al retrete cuando entró al baño a por los calmantes. Compraría también crema de afeitar, esas cosas solían regalarse en los hoteles pero ni siquiera en eso podía considerarse un tipo con suerte.

«Ah, también me faltan unas maquinillas desechables».

Se palpó el bolsillo de atrás, el derecho; sacó la billetera, la abrió para comprobar que llevaba dinero: ocho mil novecientos yenes, más un pico, y unos cuantos euros sin cambiar. No sabía por qué había elegido ese país supuestamente para evadirse de los reveses de un pasado inmediato. Necesitaba cambiar de aires y se hallaba en Fukuoka, al suroeste de Japón. Un lugar de encanto, rodeado de montañas y mar. Pero el cielo tan singular era lo que a Héctor lo enajenaba, aunque no sabía hasta qué punto recordaría por siempre esa singularidad. Lo veía como un espacio aparentemente vacío que pudiera tragárselo de un momento a otro. Volvió a pensar en el horror de su pesadilla y en si llegase a hacer esa locura. Fue un instante breve pero regresó a él repetidas veces, hasta que su diálogo mental tomó el mando repiqueteando sin cesar sobre lo mismo una y otra vez. Desfogarse era lo que quería, pero había traído consigo un mundo tan soporífero que le fustigaba a considerar lo peor: el suicidio. Pero de verdad, no en pesadillas.

«No, cállate de una vez, imbécil».

Llevaba todavía la cartera en la mano cuando una bicicleta lo obligó a apartarse, cayéndosele la cartera al suelo. La recogió y caminó hasta la tienda que se encontraba a menos de doscientos metros del hotel. Al entrar vio un cartel turístico con la fotografía de un rostro que miraba fijamente. No se entretuvo y al poco se hallaba rebuscando en los estantes de perfumería.

«¡Santo cielo! ¡No es posible!».

Un escalofrío le recorrió toda la espina dorsal, trató de disimularlo pero carecía de inteligencia fría. Aquella mirada era la misma que la del tipo de la azotea. Se dio una fuerte palmada en la frente, dejó el cepillo y fue a ver otra vez el cartel, pero no había tal cartel. Estaba viviendo un mal episodio en su vida, pero volverse loco era cosa muy distinta. Salió a la calle como si le faltase el aire, luego, empezó a seguir a un hombre que iba por delante de él. Lo rebasó mirándole a la cara insolentemente. Pretendía solo asegurarse un poco de cordura, lo interrogaría si fuera preciso, y si acaso era verdad que estaba perdiendo el juicio sería mejor que lo encerrasen sin tardanza. Pero ese hombre no era el que buscaba. En realidad no buscaba a nadie, era solamente una fotografía y, sin embargo, echó a correr como un perturbado por la acera absorto en un sentimiento que parecía un gran imán.

Corrió unos doscientos metros y disminuyó el paso resoplando, medio cojeando. Luego, sacó del bolsillo delantero del pantalón, el izquierdo, un paquete de cigarrillos y un mechero que no funcionaba, lo intentó varias veces y al final encendió el cigarrillo que le pendía de los labios. Tosió con violencia al tiempo que el rostro se le enrojecía; apagó el cigarrillo y se quedó observando la brasilla que se había desprendido. Se aclaró una vez más la garganta. Después entró en la tienda, compró lo que necesitaba y

regresó al hotel.

Héctor no pudo resistir la tentación y sacó otra botella de whisky del mini-bar, los empleados del hotel no le hicieron el necesitado favor de no reponerlo. Sostenía en la mano derecha el vaso de whisky, lo olfateó haciendo girar el vaso en círculos. Se lo llevó a la boca apoyando el borde del vaso en el labio inferior, y antes de dejarlo caer en la cavidad bucal dijo: NO. Pero se lo bebió de un trago a pesar de su negativa verbal y tener el estómago vacío, no había comido nada ni tenía intención de hacerlo por mucho tiempo. Luego, entró al aseo y se miró en el espejo poniendo cara de asco. Se quitó la ropa, abrió la mampara y el grifo de la bañera; mientras esperaba a que se llenara vació otro vaso. Finalmente se metió en la bañera y se sentó estirando las piernas.

II

Héctor corría por la escollera que parecía interminable y que serpenteaba en su horizonte. Se detuvo, sacó un pañuelo del bolsillo de atrás para secarse el sudor de la frente, jadeaba. Anduvo un poco mirando a lo lejos, tratando de averiguar si era cierto lo que veía con sus ojos desorbitados. Echó a correr de nuevo queriendo alcanzar a alguien que le hacía gestos pero que se encontraba bastante lejos, más cuanto más corría. Dejó de verlo y se detuvo, luego volvió a verlo, le indicaba con los brazos que fuese hacia él, y Héctor echó a correr otra vez aún más deprisa por el malecón. Estaba construido con tablas de madera alineadas; a ambos lados había un pasamanos de cuerda. Al fondo... el mar. No lograba alcanzarlo pero le vio la cara.

—No, no, ¡No! —dijo primero y gritó después.

Los extraños ojos de un hombre hicieron que se detuviera una vez más y que continuase gritando no, no. Se meció adelante y atrás, suspirando, y rompió a llorar sin consuelo, con la sensación de estar asomándose a un abismo y tener que cruzarlo sin titubeos, sin malla, sin trucos.

—¡Basta! ¡Basta ya! —gritó abriendo los ojos.

Se había quedado dormido a riesgo de ahogarse en la bañera, si bien no estaba seguro de si habría sido lo mejor. Se levantó chorreando y se miró otra vez en el espejo, al cual salpicó, se enjugó los ojos con los puños y se secó con la toalla.

«No estoy bien, no estoy nada bien», pensó, y a continuación se repitió lo mismo con voz pastosa. Su cara tenía una expresión de agotamiento en medio de una paranoia que resultaba de un despojo onírico y otra buena dosis de alcohol. Era medio día, Héctor bajó a recepción y entregó las llaves de su habitación. Su rostro era inexpresivo pero sus ojos ardían de dolor. Debía de estar lo bastante mal como para que el recepcionista no le quitase ojo.

—Lo siento, tengo que irme antes de lo previsto —le dijo al recepcionista. Habló en un inglés que lo ayudaba a entenderse mejor, aunque sonaba un poco rudo.

—No se preocupe —le contestó el recepcionista con delicadeza—. ¿Se encuentra bien?

—Supongo que sí —dijo Héctor.

—Me alegro por usted.

Héctor bajó con el ascensor al aparcamiento del hotel que olía a carburante. Miró la hora en el reloj de su coche, un Mitsubishi azul que había alquilado, le dio al contacto y se largó rápidamente de allí. Pero no habiendo recorrido apenas doscientos metros dio un frenazo y salió del coche, el cual dejó casi en medio de la calle y con la puerta del conductor abierta. Cruzó la calle atolondrado, sin rumbo, como enloquecido, ignorando a los vehículos que transitaban tocando sus claxon. Se quedó varado; los conductores lo miraban atónitos, algunos proferían palabras que Héctor no entendía. Solo pudo hacer una cosa que lo arrancara de su parálisis: gritar. Su rostro se volvió hacia un tipo que gesticulaba con un brazo por la ventanilla.

—¡Vamos! ¡Atrévete! ¡Pásame por encima, imbécil! —gritó.

Se arrodilló con los brazos en cruz y los claxon sonaron con mayor estruendo. Pero él se hallaba enajenado, unos vehículos lo sorteaban y otros se vieron forzados a detenerse. A continuación empezó a gatear y luego a rascar el suelo como si quisiera desenterrar algo; sus nudillos volvieron a sangrar como la noche anterior porque eso no pertenecía a su pesadilla, había golpeado de verdad en la pared y ahora la herida se le había abierto de nuevo. Su alma se estremeció pensando por qué azar perverso tenía que soportar incluso una humillación impuesta a sí mismo.

Dejó escapar un débil suspiro en medio de su locura. ¡Los había visto! Se juró a sí mismo haber visto aquellos ojos, pero ¿dónde? El tipo que gesticulaba, un hombre calvo y malcarado, bajó del coche echando maldiciones de toda clase por la boca, con la intención de cogerlo de la camisa y alzarlo a las malas. Pero quien lo alzó fue otra persona, un buen samaritano callejero que lo cogió del cuello de la camisa y lo obligó a ponerse de pie y a salvo en la acera. Lo acompañó al coche sin mediar palabra y se esfumó antes de que Héctor reaccionase siquiera.

«¡Los ojos, los ojos!», pronunció para sus adentros.

«¡Es él, él!», insistió en su debate mental.

Arrimó el coche a la derecha, apagó el motor y apoyó su cabeza contra las manos y el volante. Se calmó un poco, pero seguía desmoronado, fuese o no un desesperado alcohólico, en ruina sentimental y económica. Le ocurre a mucha gente en el mundo, unos hasta vomitan encima de la mesa, otros no saben si van a comer o no, otros si van a terminar el día como seres humanos o como una cagada. Pero Héctor tenía fe, una rara fe en algo que ni siquiera conocía más que en su paranoia.

III

Estuvo circulando alrededor de una hora sin rumbo fijo hasta que se dirigió hacia la playa Momochi, al norte. Inesperadamente, un deseo irracional lo obligó a pisar el acelerador, tuvo la sensación de oír un murmullo en su cabeza, el cual se transformó en unas voces incorpóreas que le sonaban como ecos. Le había pasado otras veces pero no con tanta fuerza. Incluso sintió como agudas punzadas en el pecho. Además un zumbido en los oídos que le fue muy desagradable.

Fue la paranoia, su intuición, quién iba a saberlo, lo que lo condujo a la playa, pero era noviembre y pronto anochecería. No hacía frío, pero la humedad de la noche lo haría tiritar y rondar por lugares desconocidos sin saber dónde dormir esa noche no era lo más conveniente. Las cinco marcaba el reloj al detener el coche en el estacionamiento de la playa. No había ningún vehículo sin contar un anticuado Toyota negro con los cristales picados. Seguramente porque se estaba formando una tormenta, lo que a Héctor no le gustó lo más mínimo. ¿Y por qué no daba la vuelta él también?

Sentía como un imán que lo había llevado allí y que no lo iba a dejar marcharse. Estaba inquieto pero bajó del coche y alcanzó la arena de la playa. El viento soplaba sin miramientos y las nubes se iban reuniendo en una masa oscura. Tal como en la noche de su terrible pesadilla. Pero eso no lo disuadió de marcharse a toda prisa en un arrebato de sentido común. Anduvo por la orilla de la playa comiéndose con la vista las huellas de sus zapatillas. Llevaba el mismo pantalón que por la mañana, un vaquero, y también... la camisa, blanca con rayas azules. Un suéter de lana de color caqui lo protegía un poco del viento que seguía aumentando. Había olvidado la cazadora en el coche pero estaba seguro de no necesitarla.

Tenía la barbilla clavada en el pecho haciendo frente al viento, pero una ráfaga polvorienta le dio en plena cara y le pilló con la boca abierta, lo que hizo que masticara arena y escupiera. Pensó unos instantes, no creía más que en una especie de final del que no se responsabilizaría. Se encontraba asumiendo el papel de un desequilibrado, de alguien acabado. Le acudían a la mente imágenes de sus últimas veinticuatro horas, y unas pocas de cuando era un niño, pero solo sentía angustia, aunque continuaba con la estúpida pregunta de para qué había hecho ese viaje encantador. Hubo más deliberación fronteriza con la histeria.

Las olas rompían con fuerza en la orilla, pero él siguió caminando hasta divisar el rompeolas que... en realidad estaba buscando. Igual que un ratón el cebo en donde ha de quedar atrapado por un pedazo de queso. Pero a Héctor no lo atraía ni el crepúsculo ni el reflejo celeste de color cobalto, solo el malecón; deseaba con toda su alma pisar las tablas de madera y abrirse paso al abismo, pero también deseaba que esta vez no fuera un sueño ni hubiese un entrometido, un infiltrado en su locura para burlarse de él. No era un sueño y no vio a nadie, además sintió un calambre en una pantorrilla que le dolió y tuvo que

sentarse sobre las tablas.

El rugido de las olas no era sedante como en un tranquilo día de cielo azul, sino molesto y casi aterrador. Unas gaviotas, las últimas en desaparecer antes de la tormenta, se esforzaban por ganar altura siendo bamboleadas por el viento. Héctor se puso en pie y cojeando caminó despacio, escudriñando el horizonte de la escollera. Los últimos treinta pasos los recorrió muy lentamente, con los ojos clavados en la nada, con una expresión amarga y vacía. Ralentizó el paso todavía más, conforme una rabia oscura se apoderaba de él. Llegó al borde de la escollera y adoptó la misma posición que en la azotea. Estaba decidido: iba a saltar al mar. Pero una mano le tiró del brazo. Héctor se dio la vuelta, aunque no vio más que una sombra grosera que se desvaneció rápido.

—¿Quién, qué demonios? —interrogó Héctor al aire, pero no obtuvo respuesta; se retorció nerviosamente las manos y dio un respingo. Lo que más le atormentaba era esa vieja resonancia de la duda en su cerebro, de no saber si todo era real o no, si quería hacerlo o no. ¿Por qué no podía hacer lo que debía hacer? Después de todo, esa era su intención.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó otra vez. Pestañeaba debido a la lluvia fina que arrancaba del cielo. De nuevo nadie le contestó.

Escuchó de sí mismo la respiración rápida e irregular.

—¡Me voy de este mundo! —gritó a nadie. Sin embargo, la sombra que le había tirado del brazo resurgió por detrás de él. Se dio la vuelta, alguien vestido con vaqueros y un chubasquero rojo estaba allí plantado, mirándolo. Fingió no haberlo visto, como si deseara anestesiarse, convencido de estar alucinando como suele ocurrir por un efecto traumático ante la adversidad.

—El tiempo se está poniendo feo, yo no me quedaría aquí —dijo el hombre del chubasquero rojo en japonés, y después se lo repitió en inglés.

Llevaba en una mano una mochila con algunos útiles de pesca y en la otra una caña plegada. La lluvia, que iba aumentando, repiqueteaba en su capucha. Y sus ojos... tenían la misma expresión. Era imposible esa maldición onírica que pesase sobre su más subterránea desesperación. Se sintió bloqueado y no estaba seguro de poder fingir, de aguantar un temple que era falso y que ya había perdido minutos antes, días, semanas, más bien.

—No eres más que un pescador —dijo Héctor titubeando; dejó libres un par de gemidos que acabaron en un llanto débil pero doloroso—. Pero, ¿por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué? ¡Esto es una locura! ¡Desaparece de mi vista!

El hombre del chubasquero rojo se encogió de hombros, pero Héctor se sentía con un desvalimiento horrible, incluso temblaba un poco manteniéndose en una postura rígida, inmóvil. La estampida de un trueno lo estremeció.

—Solo eres un pescador —repitió— ¡qué ibas a hacer en la azotea! Qué estúpido soy. Chubasqueros rojos habrá a patadas y tormentas, claro, y muchos tipos que sigan a otros, pero —Héctor había establecido un discurso desquiciado—. ¡Un momento! No estamos en verano, no estamos en época

de lluvias. ¿Qué? Que me lo diga alguien.

—Tranquílcese —dijo el pescador—, será mejor que nos marchemos, si se hace barro los coches se atascan enseguida.

Echaron a correr bajo una lluvia que caía con mayor ímpetu, aunque todavía no era un aguacero. Llegaron al aparcamiento, el pescador abrió el maletero donde dejó sus enseres de pesca, lo cerró y se quedó mirando a Héctor quien se metió en su coche; se quitó el suéter y la camisa quedándose con el torso desnudo y tiritando, dejando que le cayera la lluvia encima.

—¿Qué miras? —le preguntó al pescador. Pero no le contestó, se metió en su coche, arrancó y se marchó sin que Héctor pudiera averiguar nada de él.

—¡Hijo de...! —refunfuñó Héctor.

Sacó una bolsa de viaje del maletero y se metió en el asiento de atrás. Vio que la cazadora estaba por fortuna allí detrás. Creía haberla perdido pero no fue así. Se puso una camiseta negra y un suéter azul.

—¡Maldito lunático! —se dijo Héctor a sí mismo, mirándose en el retrovisor.

La lluvia caía a ráfagas, empujada por el viento, golpeando con cierta violencia en los cristales de la ventanilla. El pelo todavía le goteaba, sus ojos dilatados le picaban y se los restregó como un niño. Se marchó de allí a toda prisa machacando el acelerador y el freno de tal modo que parecía estar bailando en el tambor de una lavadora. Cogió demasiado fuerte algunas curvas, cruzando de vez en cuando la mediana de la carretera y no veía tampoco mucho por la intensa lluvia. Pero al llegar a la autovía casi no veía nada y se vio obligado a reducir la velocidad, en ocasiones a casi parar. Se mantuvo así hasta que la ciudad empezó a verse entre la inmensa cortina de agua.

Se detuvo en el primer semáforo en rojo que encontró y se mantuvo un tiempo que no parecía llegar a su fin. Puso el limpiaparabrisas a la mayor velocidad y aun así no veía apenas nada, excepto el resplandor rojo que cambió a verde y un coche negro, situado a su izquierda, del que no se había percatado. Era un Toyota negro. Le dio al acelerador y soltó el embrague provocando un chirrido de neumáticos adelantando a los vehículos más próximos, y luego se situó en el carril de la derecha tratando de alejarse de aquel coche negro. Lo consiguió al tomar la tercera calle a la derecha.

«Por favor, no puedo más con esto», pensó, y acto seguido repitió lo mismo a viva voz. Una cara agotada miraba el espejo retrovisor; expresaba alucinación dentro de la realidad que ya ponía en tela de juicio.

Recorrió tres manzanas y volvió a doblar a la derecha, pero la tensión era tan intensa por la falta de visión y la excesiva velocidad que jadeaba; los cristales estaban empañados. A medida que el tiempo pasaba su tensión se agrandaba queriendo ponerse a resguardo de lo peor de aquella tormenta, y era conducir en tales circunstancias. Paró y aparcó el coche. ¿Dónde iba a dormir? Había dejado el hotel con la obligada intención de devolver el coche y dirigirse al aeropuerto. Nada lo retenía allí. Era mejor regresar a casa, ¿y a qué casa? Pero la tormenta no mejoraba y había perdido miserablemente el tiempo en la playa sin poder vislumbrar a qué había ido, fue como si hubiese escuchado el canto de una sirena.

No había comido nada. Aun así, no tenía razones para experimentar la tremenda tortura del hambre, pero su estómago se le contraía rítmicamente a pesar de la desgana acarreada durante todo el día. Solía ocurrirle en momentos en que se relajaba después de la tensión. Vio un restaurante a unos cien metros, estacionó el coche con la intención de entrar antes de que sus pensamientos empezasen a desmembrarse. Pero un coche rojo se detuvo y maniobró para meterse detrás del suyo, dándole un fuerte golpe que le rompió el piloto de la parte izquierda.

—Oh, cuánto lo siento —dijo una mujer que bajaba del coche rojo.

—¡Tenga más cuidado! —Héctor se sulfuró un poco, pero en japonés no vio la manera de entenderse con ella para poder arreglar el incidente. Apeló al inglés, pero ella apenas lo hablaba.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Lo que me faltaba!—gritó con voz temblorosa y gruñona. Pero de alguna manera se sintió indefenso, como si tuviese que pelear con un oso enorme.

—¿Habla español? —le preguntó ella con un acento casi correcto.

—¡Habla español! —exclamó Héctor.

—Ya ve que sí, y usted debe de ser español... se nota.

—Sí —contestó Héctor, y en un intento de tapar su consternación se echó a reír.

—Habrá que hacer un poco de papeleo.

—Lo dejaría estar, pero es de renting —dijo señalando al coche—. Pensaba irme mañana del país.

—En tal caso no se hable más. Espero que me disculpe.

—No tengo nada que disculparle —Héctor alzó las manos al cielo y cerró los ojos y los abrió un par de veces—, pero está diluviando y...

No había terminado la frase cuando un trueno resonó encima de sus cabezas, se oyó el retumbar en los vidrios de varios establecimientos.

—Entremos en mi coche —dijo la mujer—, o nos pondremos como una sopa.

—Podríamos rellenar los papeles más cómodamente, si le parece, claro —Héctor señaló hacia el restaurante. Ella lo miró un poco escamada.

—¿Cree que es apropiado? —dijo ella, reticente.

Héctor puso cara de desagrado por el mal tiempo.

—No veo por qué no —dijo con una voz semejante a un estertor ronco. Fue un tono de voz fingido para persuadirla. Carraspeó como si estuviera acatarrado.

—De acuerdo, entremos —dijo ella sin abandonar del todo su recelo.

IV

El local se hallaba repleto de gente, Héctor y aquella mujer se sentaron en una mesa acogedora situada en un rincón. Olía bastante bien, a pescado y cebolla, lo cual le encantaba a Héctor. Comprendió que necesitaba una tregua que le proporcionase algún placer. Después de arreglar el asunto con aquella mujer podría conversar un rato con ella. Tenía una mirada dulce y era realmente bella. También unos labios que a Héctor le atrajeron por su forma de corazón.

La mujer rellenó el formulario de accidentes; mientras escribía, Héctor tuvo la incómoda sensación de estar siendo observado por muchos ojos, como si supieran que ella estaba con un extraño. Lo juzgarían además por su mal aspecto o por su modo de vestir, tal vez por su forma de hablar. Se quedó pensativo, mirando fijamente el papel, pero desvió la mirada hacia la puerta, por la que entraron tres personas, probablemente las últimas que el aforo del local permitía.

Por momentos creyó que traspasaría la puerta alguien con un chubasquero rojo. ¡Una idea demente! Pero posible. No, debía de quitárselo de la cabeza. Le asustaba que no pudiera hacerlo, pero esa locura no podía importarlo ahora. ¡No, no, y no! Pensó moviendo los labios y girando la cabeza levemente. Miró el reloj descubriendo que no lo llevaba puesto. Lo habría dejado en el coche tal vez.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó la mujer.

—Discúlpeme —dijo Héctor, carraspeó un poco e hizo ademán de continuar con el asunto, pero alguien los interrumpió.

—Son las ocho y cuarto —dijo un camarero—. ¿Qué desean los señores?

—¿Las ocho y cuarto? —Héctor volvió a mirarse la muñeca.

—Tenemos un sushi especial —dijo el camarero—, ideal para enamorados, ah, y un vino español excelente.

—De los que quitan el hipo —lo interrumpió Héctor.

—¿Cómo? —preguntó el camarero. No lo entendió.

—No, disculpe, no vamos a cenar —dijo ella.

—Traiga té, de momento —le dijo Héctor al camarero.

—Bien, sigamos —dijo ella.

La mujer escribió sin parar, solo una vez para rascarse la frente.

—Falta su nombre y matrícula —dijo ella.

—Héctor Quijada Tapia, FOF 500 36-89. ¿Y cómo se llama usted?

—Hana... Tukino —le contestó ella.

—Sinceramente precioso.

—A propósito, ¿qué le pasa en la mano? Le sangra un poco.

—Un pequeño accidente —Héctor tenía unas pequeñas costras en dos nudillos, sin tapar, que de vez en cuando se lamía con la lengua—. ¿Es usted de aquí? —preguntó estampando su firma en la hoja que a continuación entregó a Hana. Después se limpió los nudillos con un pañuelo que sacó del bolsillo y que dejó con algunas motas rojas por una cara; la otra cara estaba sucia de sangre del día anterior.

—Soy de Kurume, una población cercana, pero ando mucho por aquí —dijo ella.

Recogió la copia e hizo ademán de levantarse.

El camarero trajo el té que Héctor había pedido, Hana miraba cómo se llenaba su taza, como si nunca hubiese visto nada parecido.

—¿Les tomo nota ya? —preguntó el camarero.

—Verá —dijo Hana—, resulta que le he dado un golpe con el coche ahí fuera y solo estábamos... —sonrió levemente y sacudió en el aire el formulario.

—¿Puede esperar un poco más, por favor? —preguntó Héctor.

—Bien, pero no mucho, esto está atestado de gente como pueden ver.

—Un par de minutos —dijo Héctor.

El camarero los dejó solos ese par de minutos que Héctor había solicitado.

—La verdad es que tengo hambre, si me quiere acompañar... —dijo Héctor.

—No creo que sea adecuado cenar con un desconocido.

—Déjeme que al menos la invite a una copa —le rogó Héctor.

—No, gracias. Será mejor que me marche.

—¿Va a conducir con este temporal? —insistió Héctor.

—La verdad es que pensaba cenar aquí, pero no con usted.

—Pero solo hay una mesa libre, esta. Me marcharé yo.

—No, yo me iré, ya se lo he dicho —Hana alzó las manos.

—Está la tercera opción —dijo Héctor, sonriendo para demostrar que no iba tan en serio que ella se negará aún más rotundamente.

—No será la más indicada.

—Recuerde el temporal.

Hana llamó al camarero, pero la inquieta voz de la cabeza de Héctor intervino.

—No estoy casado —dijo.

«Lo estaba, pero ya no. Y me alegro, porque es encantadora... ».

Hana pidió lo que el camarero había sugerido; ignoró lo que Héctor dijo.

—¿Le parece bien? —le preguntó a Héctor.

—Oh, sí, y si no le importa yo quiero vino.

—A mí me encanta, he vivido dos años en España —dijo Hana, chasqueando los dedos.

—Por eso nos entendemos tan bien —Héctor soltó unas carcajadas oportunas.

Media hora... y Héctor se sintió en otra dimensión, como si todo lo malo hubiera quedado atrás, cubierto por la niebla del pasado. Levantó la copa de vino y propuso un brindis que ella correspondió con cortesía. Debía de ser prudente con la bebida, con la víspera cargada de alcohol tenía ya bastante. Levantó los pulgares en señal de O. K., el vino era un Ribera del Duero y eso le satisfizo una parte de la nostalgia. El camarero le correspondió desde lejos con el mismo gesto.

Hana comía delicadamente, deteniéndose con frecuencia para tomar un sorbo de vino, Héctor daba vueltas en el aire al sushi con los palillos y se lo metía en la boca de una vez, tal y como reza el credo del sushi.

—Y usted... ¿qué hace aquí? —preguntó Hana.

—Un cambio de aires no le viene mal a un escritor que no sabe de dónde viene ni a dónde va — Héctor acabó de tragar un bocado y sonrió—, pero no voy a aburrirla con eso.

Hana lo miró con intriga y dio un par de sorbos de su copa. Héctor bebió también y sonrió otra vez, ahora con cierta malicia.

—¡Un escritor famoso! —exclamó Hana.

—¿Famoso? La frustración es la única fan que tengo.

—Pues habla como un escritor, aunque nunca he hablado con ninguno.

Héctor hizo estallar unas carcajadas. Ella lo siguió en una risa necesitada por ambos. Lo miró con más atención, como si tuviese que ver en él algo interesante.

—Bueno, algo se le queda a uno de intentarlo —dijo Héctor y volvió a reír, pero la risa se le cortó al mirar a la ventana y ver que un relámpago iluminaba a alguien que aguantaba impasible, en medio de la acera, el aguacero. Se frotó las sienes con los dedos y su rostro palideció.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hana.

—Nada, no es nada.

Mintió, había tenido la sensación de reconocer algo que lo puso en vilo, era una mirada furtiva que provenía del otro lado de la ventana, maldijo el cubil de gusanos que tenía por imaginación. Pero lo superaría. Alzó otra vez la copa y le propuso un nuevo brindis a Hana, ella lo aceptó tal vez con excesiva alegría.

Héctor divagó saboreando el vino, pensó en la cantidad de crisis nerviosas que había pasado en las últimas tres décadas, eran muchas a su juicio. En ellas incluía más fracasos de los que podía soportar, además un divorcio y tres bancarrotas, pero la mayor crisis era la de los cincuenta, aunque le faltaban dos para celebrar el principio del caos en su vida plagada de decepciones. Si hubiera... es lo que más se repetía en la cabeza, alternando con si no hubiera... ¿qué? Llegó a ni siquiera saberlo después de pensarlo durante años, y ahora esas mismas preguntas lo volvían a mortificar. El pasado volvía a enredarlo sacándolo de esa dimensión que no había durado casi nada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hana, intuyendo que algo le pasaba a aquel hombre con el que estaba sentada. Los motivos por los que estaba allí parecían justificar su incomodidad, pero podía haberse metido en el coche y haber ido a otra parte.

—Sí.

—¿Está seguro?

—De verdad que sí —mintió, pero hizo lo posible porque pareciera que sí.

De repente se sintió demasiado atraído por la mujer que tenía delante.

—¿Y sobre qué escribe? —preguntó Hana.

—¡De las almas del purgatorio!

—¿Cómo?

—Nada, que algún pez gordo de este universo me odia —soltó unas carcajadas, llevándose la servilleta a la boca para ocultarlas.

Hana puso cara de ocultar algo serio. Héctor tarareó mentalmente la tonadilla de una película que le encantaba sobremanera. Era una vieja historia de amor. Se sintió ridículo aun cuando nadie lo oyera. Se preguntaba si ella aceptaría y le devolvería lo que estaba sintiendo por ella. Y eso era mucho más ridículo, aunque a su edad continuaba siendo un niño que sueña con que Papá Noel le haga un regalo cuando se le antoje. Se le escapó la tonadilla sin darse cuenta y Hana desvió la mirada. Sacó su móvil e hizo sonar el tono de llamada. Era la misma melodía. Se mezcló con el murmullo de la gente y se ahogó con el estrépito de los truenos. A Héctor se le atragantó el vino, se puso colorado y tosió repetidas veces. Ella no pudo contener la risa.

—No me río de usted —le advirtió—, es de esta situación.

Volvió a resonar un trueno; las luces parpadearon. El viento aullaba por debajo de la puerta de entrada. La lluvia continuaba golpeando los cristales de las ventanas.

—Me encanta su risa —dijo Héctor—, lo digo en serio.

—Esa canción me gustaba cuando estuve en España.

—Una preciosa e inaudita coincidencia, telepatía confirmada —Héctor disimuló el cumplido con un cóctel de palabras. Lo dijo apuntando a Hana con los palillos.

—Parece usted tan feliz...

—¡Caray! Iba a decirle lo mismo, ¿lo ve? Telepatía.

—Pero mucho me temo que ninguno de los dos lo somos.

—¡También iba a decírselo! —exclamó Héctor y ambos se echaron a reír. Pero la sonrisa se le borró a Hana de los labios al escuchar que Héctor le pedía su número de teléfono. No pareció agradecerle la idea, sin embargo se lo dio.

La tormenta estaba amainando; los truenos se escuchaban distanciados y débiles, como lejanos, la lluvia se redujo a un leve goteo sobre los cristales. Héctor se disculpó para ir al lavabo. Se fue con la sensación de que aquella mujer le robaba el amor, pero eso lo hacía sentirse como hacía mucho tiempo que no se sentía. ¿Pero qué iba a hacer después? Volver al hotel o a casa era la cuestión. Tampoco sabía si su casa seguiría allí, a tantos miles de kilómetros, rondada por alguien que prefería no recordar. Y si pagaba unas cuantas deudas le quedaría para un par de cervezas y utilizar el metro durante dos semanas.

Se subió la cremallera del pantalón, abrió el grifo y se untó las manos con jabón del dispensador. Frotándose las manos pensó que tenía que hacer acopio de coraje para no dejarla escapar. Acababa de conocerla, era irracional, tanto como lo era su desamor, sus fracasos, su confusión de identidad. Cosas que daban vueltas en su mente. Pero otro día la llamaría y quedaría con ella, aunque, ¿iba a enamorarse

de un tipo como él, una especie transida de occidental, con no muy buena pinta y sí malos modales? Seguro que tendría mejores perspectivas que esa.

Vio a través del espejo a un tipo en el urinario y tuvo una mala sensación. Este se dio la vuelta y Héctor recibió su mirada, la misma que lo acosaba desde aquel sueño, la misma que el pescador. Sin perderlo de vista puso en marcha el secador de manos. El rumor le pareció un enorme taladro en su cerebro.

—¿Me permite? —le preguntó el desconocido.

—¿Qué he de permitirle?

—Guárdese esta tarjeta en el bolsillo, pero no la mire.

Héctor cogió la tarjeta e hizo lo que le dijo sin saber qué clase de juego tonto era ese. Su fuerza de voluntad estaba debilitada, se sentía cansado; retumbó otro trueno que se oyó más flojo desde el lavabo y que posiblemente fuera el último. El hombre salió a toda prisa, Héctor se entretuvo un poco mirándose al espejo. Por fin regresó a su mesa, y quizá habría sido mejor para él morir, se le hizo muy difícil creerlo, pero su esperanza había fenecido. Ella no estaba sentada en la mesa. Su espíritu se redujo a cenizas.

—Ha pagado la cuenta y se ha marchado —dijo el camarero, quien se encontraba en la mesa de al lado—. Me encargó que le dijera que tenía prisa y que se volverán a ver pronto.

—¡No es posible! —dijo Héctor tratando de apartar al monstruo que había en su cabeza. Pero el monstruo seguía allí y crecía por segundos—. Gracias de todos modos.

Héctor cogió su copa de vino y la bebió de un trago al mismo tiempo que miraba la copa vacía de la mujer que lo había dejado plantado. Trató de convencerse de que no era más que una mala conductora que le había dado un golpe, aunque tenía su teléfono.

—¡Maldita sea! —profirió al ver que de la copia que había dejado, bien doblada, del parte de accidentes, faltaba una esquina. Justo donde había anotado el teléfono.

Se preguntó por qué no se lo había guardado en el móvil directamente. Por qué se manejaba tan mal con la tecnología. Se auto-castigó hasta que pudo comprender que no valía la pena. Sabía cómo se llamaba pero el encanto se había roto. Igual que cuando Oliver, su socio, le consideró un buen amigo después de todo lo ocurrido entre ambos. Odiaba el cinismo que sale por la boca más que ningún otro. Pero lo que más odiaba era pensar una cosa y al instante otra distinta.

«Debo encontrarla... Hana Tukino. Seguramente todo el mundo la conoce, ¿no te fastidia, eres tonto de remate! Te diré lo que vas a hacer, irte lejos, muy lejos».

Antes de que su perorata interna se volviese contra él, arrancó la cazadora del respaldo de la silla y salió a la calle resoplando, pero también con un nudo abrasivo en la garganta que le pedía llorar. Eso es lo que le pasaba siempre que se sentía frustrado y desde hacía un tiempo no sentía más que pura frustración. Incluso se lo había dicho a la mujer que había roto la promesa de conducirlo a un paraíso. Pero la promesa se la había inventado él mismo, aunque creía haber llegado a esa etapa en que iba a terminar algo y empezar otra cosa. Quiso decir algo sonoro que todo el mundo oyera, pero un histérico no

era la clase de persona que fuera bien recibida en ninguna parte.

V

Por suerte la tormenta había cesado y decidió caminar. Después entraría en algún sitio a tomar unas copas y emborracharse otra vez, ya le daba igual todo. Eran las diez de la noche y se encontraba fuera del abrigo de su habitación. No se sentía cómodo con la situación que ni el más majadero de los escritores podría haber inventado. Él era uno de ellos y sabía bien que eso era así. Pero a pesar de eso creía ser bueno y considerado con la gente, y tarde o temprano tendría que reclamar sus derechos al cielo. Se volvía loco muchas veces de pensar en ello, pero no lo podía evitar. Con un sombrero de ala ancha en otra época y lugar le habría ido mejor, concluía siempre. En esta tenía que luchar contra más cosas de las que podía asimilar. Para él era una verdad innegable.

Una estrella fugaz cruzó el firmamento y Héctor la miró con falta de curiosidad; siguió caminando, mirando al suelo durante media hora. Atravesó el puente de la calle Shôwa y se adentró en Nakasu. Un lugar idílico para la diversión de un turista aburrido o cualquiera a quien le gustase el ruido y el colorido. Miraba solícito el resplandor de las luces panorámicas que se reflejaban en el río. Allí podría aplacar su insatisfacción o distraerse de sus desvelos. Nada de eso, aunque se sintió fascinado por los carritos de comida yatay. Despedían un buen olor, pero ya había cenado y con una buena dosis de decepción. De pronto recordó algo: que tenía la tarjeta que le había dado aquel tipo y que ni siquiera había mirado. La guardó en el bolsillo con prisas. La sacó y la leyó, pero la mano con la cual la sujetaba le temblaba. Rezaba: Hana Tukino, con una dirección y un número de teléfono que no coincidía con el anotado en el papel, según hizo memoria. La esquina había sido arrancada, sí, pero recordaba los tres primeros números.

El corazón le latía como un auténtico caballo desbocado. Sintió una mezcla de deseo, esperanza, rencor, y temor. Se puso el pulgar en la boca como un niño desvalido.

«Pero cómo es posible, qué clase de trama es esta...».

—¿Conoce usted a esta persona? —le preguntó al vendedor de un carrito.

—No, no, ¿le gustaría probar mi oden? —contestó el vendedor, tras echar una ojeada a la tarjeta que Héctor le había mostrado.

—No, gracias, no me gusta el pastel de pescado —dijo, dándose la vuelta.

Tragó saliva y empezó a clamar el nombre de Hana, por todas partes, dando la impresión de haber perdido por entero el juicio. Se lo repitió a varios de los propietarios de carritos, como una ceremonia, provocando una oleada de encogimiento de hombros y de miradas severas. Finalmente se calló esperando

que alguien lo tocara en el hombro y le gritase... ¡despierta ya! Habría sido solamente otra mala noche, pero nada más lejos.

Entró en un local con un letrero bien iluminado que decía: Kaede. Habría sido un sitio perfecto para tomar unas copas con... Hana; una camarera hablaba con los clientes, contrayendo los labios pintados de rojo, pero no le inspiraba ningún erotismo a Héctor, odiaba el color rojo, si bien ignoraba cuánto iba a odiarlo en adelante. Iba a beber, solo eso, pero pensó que si seguía así pronto se convertiría en un alcohólico. Pidió un té.

Se miró al espejo de detrás de la barra y vio un rostro desconsolado; se sonrió a sí mismo con ironía. Pero no funcionó la artimaña, ni el privarse de más alcohol.

—¿La conoce? —preguntó a la camarera, volviendo a exhibir la tarjeta.

—No, señor —le contestó la camarera contrayendo los labios.

—Claro, no es una aldea de cuatro calles y cabras sueltas —pronunció Héctor en español. Esbozó una ancha sonrisa dirigida a sí mismo.

—No lo entiendo —dijo ella, pisándose el labio inferior con los dientes.

—Yo tampoco —dijo Héctor—. Pero dígame por dónde queda esta dirección.

—No muy lejos, cerca de la estación de Tenjin.

—Gracias por la información.

Héctor se bebió el té en dos tragos, pagó la cuenta y salió disparado. Regresó por donde había venido, corriendo en dirección al coche. En los alrededores debía de residir Hana, cerca de la estación. A cada paso oía el chapotear en la acera mojada, pero tenía la sensación de correr con una lentitud flotante, tan frecuente en los sueños.

«Me vas a dar una explicación, me dirás por qué quieres joderme».

Iba perdiendo el control en su diálogo interno y ganando en una ira nociva. Se detuvo.

«Un tipo que sale de no sé dónde me da la tarjeta de esta ramera. Basta ya, deja esa paranoia, necesitas descansar y pasar de todo», se dijo a sí mismo. Pero no pretendía hacerse caso, retomó la marcha corriendo a mayor velocidad, jadeando, transpirando en la frente. Parecía que de nuevo contemplase una infinidad de sucesos pasados y que en ellos viera un motivo para no quedarse quieto, ni siquiera rezagado.

Corría con expresiva concentración, sorteando a algunos pocos transeúntes, con sus paraguas desplegados ocupando la mayor parte de la acera, a quienes salpicaba al pisar algunos charquitos formados en las irregularidades del terreno. Notó algo caliente en la mano derecha y advirtió que los nudillos le sangraban otra vez, aunque no mucho; ni siquiera se molestó en limpiarse. Su respiración se hizo más jadeante pero ya había llegado al coche, preguntó entonces a un transeúnte por la dirección que buscaba y tenía que atravesar un par de manzanas más.

Abrió la puerta del coche, se metió y puso las llaves en el contacto, las hizo girar con impaciencia pero no arrancaba. Lo intentó cinco veces más y nada. Trató de pensar desesperadamente, pero no se le

ocurrió nada más que volver a girar la llave, una y otra vez, dando palmadas sobre el volante. El motor gemía y se oían ruidos de engranajes, dio la última palmada al volante y salió cerrando impetuosamente la puerta. Tendría que caminar un poco más contra su desasosiego.

Eran más de las once cuando se topó con el 89 de Tamon Street, 23F. Miró con aura furiosa a la fachada, queriendo ver allí plantada a Hana, aunque por lo pronto vio un taller de muñecas. Ya las había visto antes, eran de arcilla, pero el taller le recordó a Pepe, el zapatero remendón al que iba con su madre en su niñez. A luz de una bombilla remendaba los zapatos que apilaba en un local muy pequeño. Pero este taller tenía mejor aspecto y de no haber sido porque estaba cerrado habría una luz abundante y colorida. Lo importante, sin embargo, era el portal rayano al taller con el mismo número; suspiró de alivio tratando de hallar el nombre de aquella mujer en el panel de timbres, pero no halló ninguno que se le pareciese. Claro que hablaba japonés mejor que escribía y leía. Los Kanjis lo mareaban un poco.

«Oh, no, ella dijo que era de... no recuerdo dónde, ¡santo cielo!»

No había caído en la cuenta de ese albur de mala suerte. Hana le había dicho que era de un lugar que no le vino a la memoria, un nombre raro, aunque para él pocas cosas no lo serían. Pensó que era posible que ella residiera encima del taller. Seguramente no lo habría entendido demasiado bien. El problema era cómo averiguarlo.

Volvió a enfurecerse al verse en la calle a esas horas sin el coche, sin equipaje, lo tenía en el maletero. Se puso a caminar por delante del taller, arriba y abajo, sin cesar; le asustaba la idea de tener que pasar la noche de espíritu errante si no encontraba pronto donde volver a hospedarse, y sintió, ahora sí, la necesidad imperiosa de emborracharse. Por la mañana, si acaso había sobrevivido, haría que reparasen el coche y lo devolvería de una vez. Y antes de despegar el avión se daría un baño con agua caliente y dormiría durante todo el vuelo de regreso. Después acudiría a un buen psicólogo que le hiciera poner los pies sobre la tierra. Pero ni siquiera tenía un billete de vuelta y de momento la puesta en escena de esa noche requería una buena dosis de alcohol.

«No, no, y mil veces no, coge un taxi y regresa al hotel ¡Ya!».

Lo pensó con la voz del lado sensato, pero él no era sensato. Empezó a dilucidar, que si debía encontrarla, volver al hotel, que si vivía allí, que si no. Que si no tenía pinta de tal y sí de cual, de a qué se dedicaría, incluso. Esperar o no esperar, emborracharse o no, era la cuestión ahora. Pero se acercó un taxi y Héctor le hizo señas. El taxi pareció titubear, antes de parar junto al bordillo de la acera, tal vez por la cara de enajenado que ponía, pero Héctor abrió la puerta y subió al vehículo con toda rapidez antes de que el taxista cambiase de opinión.

—¿A dónde le llevo? —preguntó el taxista.

Héctor enmudeció, miró pasmado que alguien se acercaba hacia ellos.

—¡Me quedo aquí! Lo siento —Héctor se bajó del vehículo casi de un salto; se acercó a la ventanilla que el conductor había bajado y le preguntó si le debía algo, pero le contestó que no encogiéndose de hombros. Arrancó y se marchó.

—¡Maldito canalla! —gritó Héctor, cerrándole el paso a la persona que acababa de ver, alguien ataviado con un chubasquero rojo y con la capucha puesta. Portaba la misma mochila que el pescador del malecón y llevaba también la caña plegada.

Se abalanzó sobre él como si fuera a dar un puñetazo a aquella cara despreciable. No lo hizo, aunque lo amenazó con el puño apretando los dientes. El hombre aguardó inalterable, solo le echó una mirada templada y curiosa. Al parecer no estaba dispuesto a alterar su temple por nadie. Menos todavía por un histérico inmaduro.

—¡Espera! ¡O me aclaras esto o no respondo! ¡¿Te enteras?!

—¿Te ocurre algo? —le preguntó el tipo del chubasquero, más imperturbable.

—¿Quién eres? ¿Un matón? ¿Quién te envía? ¡Dímelo o...!

—Ah, ah, no sé de qué me hablas, pero si de verdad quieres que te ayude tendrás que calmarte. ¿De acuerdo? Porque es eso lo que quieres, que te ayude, ¿no?

—Está bien, me calmaré, pero nada de tretas de locura.

—¿Tretas?

—Sí, tretas, y más te vale no emplearlas con quien no debes.

—Si quieres puedes entrar conmigo, verás mis muñecas.

—Entrar, ¿dónde? —Héctor miró aturdido a todas partes.

—Ahí —el hombre señaló al taller—, precisamente iba a guardar los útiles de pesca. De vez en cuando, al cerrar me doy una vuelta por la playa y... oh, claro, tú eres el del malecón. Un flojo que va de tipo duro.

—No tiene ningún sentido —dijo Héctor relamiéndose los labios.

—¿Vienes conmigo o no?

—¡Abre la puerta de una vez!

—Tranquilo, lo sabrás todo a su debido tiempo.

Entraron a una amplia estancia, alumbrada por una lámpara que pendía del techo y que proyectaba sombras tostadas sobre la puerta corrediza que separaba la estancia en dos. Detrás había una mesilla con herramientas, y a la derecha un torno pequeño y un horno. Aquel hombre dejó al lado de la mesilla la mochila y la caña. Luego invitó a Héctor a que se sentara con él sobre sus nalgas, en un tatami. Le resultó incómodo.

—¿Qué quieres saber? Sigue hablando en tu idioma, si quieres.

Héctor cayó en la cuenta de que había desparramado su decir en español.

—¿Me has entendido? Hablas mi idioma, igual que Hana, ¡inaudito!

La rara coincidencia recabó las sospechas de Héctor. No se lo esperaba.

—¿Qué quieres saber —le repitió el pescador.

—Te lo diré. Quiero saber por qué nos vimos en la playa, qué es lo que hacías en el restaurante, qué relación tienes con esa mujer, Hana, por qué razón me sigues a todas partes, por qué este misterio,

por qué la dirección de ella es la misma que la tuya, quién eres, quién es ella, qué queréis los dos de mí, y una cosa más: por qué diablos apareciste en mi sueño —Héctor respiró un poco—. ¿Te basta con esto? Ah, y dime al menos cuál es tu nombre, el verdadero, claro —terminó de decir.

—Puedes llamarme Kaito —le dijo sin hacer ningún caso a todo lo demás.

—Eso no me aclara quién eres —dijo Héctor.

—Necesitas saber cómo dirigirte a mí, no la estructura molecular de todo lo que ves y escuchas.

—Te crees gracioso, ¿verdad? Pues eso no tiene gracia. ¡Ninguna!

Héctor se fijó en su pelo largo y la barba no muy abundante. Una mirada de ojos oscuros lo penetraba, infundiéndole cierto temor, pero también aplacaba algo que en su interior lo desmenuzaba emocionalmente. Contrastaban con los suyos, verde claro.

—No necesitas saber lo superfluo —Kaito sonrió con los labios pegados.

—Bien, de acuerdo, pero contesta a mis otras preguntas.

—De momento... disfruta con el misterio —Kaito se encogió de hombros.

—¿Qué? ¡Dime al menos qué hacemos aquí! —increpó Héctor, levantándose del suelo. Hizo gestos que indicaban que le dolían las piernas —Has dicho que me lo ibas a explicar todo... ¡todo!

—Te lo has inventado — Kaito soltó esta vez un par de carcajadas—. Siéntate y disfruta.

Héctor continuaba de pie.

—¿Sabes qué te digo? Que me largo, no estoy para gilipolleces.

Kaito volvió a reír, con más sonoridad esta vez.

—Siéntate, hazme caso.

—Te estás riendo de mí, de un pobre desgraciado al que no le pueden ir peor las cosas, que no tiene donde caerse muerto —dijo Héctor de un tirón—. ¿Lo entiendes?

—¿Tú, un pobre desgraciado? No, un imbécil —dijo Kaito, y suspiró.

—Lo siento, pero aquí no pinto nada.

—Tendrás que aprenderlo.

—¿Aprender qué?

—Que eres un imbécil —le informó Kaito, enfáticamente.

—¿Quieres dejar de insultarme? —Héctor frunció el ceño.

—No te insulto, simplemente eres un imbécil.

Héctor se tomó un tiempo de cavilación y suspiró.

—Te he dicho que me largo —dijo.

—Si es eso lo que quieres...

—Lo único que puede retenerme es que me lleves hasta Hana.

Héctor escuchó su propia voz como distinta, con la fuerza de la obligación que trataba de imponer a aquel hombre. Dejó escapar una seca risita que ocultó dándose la vuelta. Pero intuía que algo no andaba bien. Fue un rumor de sus voces interiores.

—Eso tendrá que esperar —dijo Kaito inmovible a los aspavientos de Héctor.

—Pues bien... —Héctor dudó de continuar hablando—, tú mismo.

—Nos vamos —dijo Kaito levantándose del tatami—, te enseñaré algo que no olvidarás jamás.

Héctor recapacitó un poco, pensó que tal vez debería seguirlo a pesar de todo. Si no, aquel tipo del chubasquero rojo no le revelaría jamás el paradero de Hana y estaba convencido de que lo sabía a ciencia cierta. Incluso ese tipo podría importunarlo hasta aborrecerlo, ya se había topado con él demasiadas veces. Y le daba miedo porque podía ser un matón de verdad, pero, ¿quién iba a enviárselo? No tenía ni una pizca de sentido. Aunque siempre hay un motivo, pero tenía que ser racional. Decidió que aguantaría un poco más.

—¿Nos vamos? —preguntó Kaito.

«Si no fuera un pobre desgraciado, te ibas a enterar...».

—¡Pobre desgraciado!

—¿También me lees el pensamiento?

—Leo tu cara de asco.

Salieron a la calle y Kaito cerró la puerta con llave. Luego, bajó la persiana y puso el candado que llevaba en la mano. Subieron al Toyota negro, el mismo coche que Héctor había visto en el aparcamiento de la playa y que le había seguido durante un buen rato. Estaba aparcado a unos cien metros del taller de muñecas.

—¿Crees que hago bien? —preguntó Héctor antes de que Kaito arrancara.

—¿Te refieres a venir conmigo? No puedes hacer otra cosa, es tu destino y es un buen destino, créeme —contestó Kaito, poniendo el motor en marcha.

Héctor tenía un aspecto cansado, los ojos enrojecidos y consumidos por todo lo que había sucedido en los últimos dos días. Su compañero de viaje siguió con la mirada el movimiento que hizo de apoyar sus manos en la cabeza, inclinando el busto entre las piernas. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, pero antes de que se lo encendiera Kaito se lo quitó y lo arrojó por la ventanilla. Héctor no dijo nada, como si ya estuviese aceptando su destino, pero no dejaba de preguntarse cuál era. En ese instante estornudó y Kaito sonrió suspicazmente. Eso hizo que el hechizo en el que Héctor creyó caer se debilitase y la incredulidad lo envolviese como una ola, pero aquel hombre lo reforzó con una mirada firme. Héctor se mantuvo silencioso y reservado, expectante.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo solamente.

Se quedó pensando que en el tiempo que llevaba en aquel país aún no había sido capaz de al menos encontrar un motivo para escribir. Reconoció que estaba siendo un vulgar adolescente engatusado con su primera cita. Pero temía algo mucho peor, aunque no sabía lo que era, que ese infantil engatusamiento. Trató de convencerse de que tenía que seguir a aquel hombre fuese cual fuese la consecuencia. Si años atrás no hubiese tenido esa clase de convicción no habría podido sobrevivir en un par de ocasiones.

Lo recordó con orgullo si bien su valor había bajado considerablemente el listón. Ahora daría

cualquier cosa por ser el que fue, pero no era fácil convencerse y su ánimo quedaba reducido a tomar una alternativa casi obligada. La veía, no obstante, disociado de ella y por vez postrera. Mientras permanecía sentado su mundo interior giraba sin parar buscando palabras que definieran su situación.

CAPÍTULO II

LO INESPERADO

“Estar donde estás es el secreto que guardan las flores ”

I

Recorrieron un trecho más o menos largo. Héctor miraba contemplativamente a aquel hombre feliz, pero no era más que una conjetura y esa rara felicidad le parecía aborrecible. Al mismo tiempo fascinante, también aprensiva. Apartó su mirada de él al detenerse en un semáforo, el cual iluminaba el parabrisas cubierto de gotas de lluvia; el rojo vivo del chubasquero de Kaito resplandecía. Héctor volvió a mirarlo, esta vez de reojo, intentando abrir bien los ojos y no fiarse demasiado de él. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero tampoco iba a ponerse medroso y retroceder antes de empezar.

Avanzaron por un tramo situado entre dos barrios periféricos por los que Héctor había pasado durante su estancia en la ciudad. El tiempo se había estabilizado, pero sin dejar de relampaguear y lloviznar de vez en cuando. Si se hubieran alejado lo suficiente habrían podido distinguir las montañas majestuosas al otro lado del mar. Sin embargo, donde iban mantenía en ascuas a Héctor, quien finalmente rompió su silencio.

—Me gustaría contarte algo de mí —dijo.

—¡Ah, caramba! ¡Puede que sea interesante!

—No lo sé, pero necesito desahogarme.

—Está bien, pero tienes diez minutos o poco más, enseguida llegaremos —dijo señalando con un dedo hacia lo lejos.

—¿A dónde? —Héctor elevó las cejas.

—Ya lo verás, ahora cuéntame eso tan interesante.

—Antes todo era de otra manera, vivir, hacer cosas, triunfabas de vez en cuando, yo escribo,

¿sabes? Pero sé más de adverbios que de suerte —explicó Héctor con un aire proverbial—. Luego..., está mi socio, el que dejó de serlo hace tanto tiempo, además fue profesor de esgrima gracias a mí y más tarde resultó ser de los que pisotean, ya sabes. En serio, él se llevó los honores mientras yo rabiaba en la nada de la nada —dio un respingo y tardó un poco en continuar—. Abandoné el trabajo para dedicarme a algo que me haría rico y no fue así, aunque sobreviví, pero añade un divorcio y pérdidas, la del negocio que tenía con él y muchas más que pueda recordar. Sí, me haría rico —repitió—. En fin, he tenido la tentación de acabar con todo esta tarde. Me pillaste en la escollera pero no quedó claro qué hacía allí. Me veo perdido, ya no soy un jovencito, ni mucho menos, me siento estúpido.

—No me parece nada interesante tu historia —le interrumpió Kaito—, excepto lo último, en eso llevas razón.

—Te he dicho que iba a poner fin a mis días y solo se te ocurre mofarte de mí.

—Córtate el vientre dignamente. Si te haces el seppuku mirando en la dirección donde se hallan tus enemigos me inclinaré ante ti —Kaito lo miró con dureza—. Pero lo tuyo no es una cuestión de honor y coraje, sino de histérica cobardía.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Tú no sabes lo que...

—Silencio, por favor —Kaito cubrió con las manos sus orejas—, das dolor de cabeza con tus quejas.

Héctor sintió que la razón se le detenía después de haber escuchado lo que Kaito le dijo. Pero a continuación escuchó algo que le hizo arquear las cejas en medio de una sorpresa que amenazaba con dejarlo suspendido en la incertidumbre.

—Tienes que sacar un billete para Osaka —le dijo Kaito.

—¿Cómo que un billete? ¿Y para qué diablos...? —su sorpresa aumentó.

—En dos horas y media estarás allí.

—¡Eh, eh! No creerás que... ¡vamos, ni lo sueñes!

Kaito ignoró el comentario de su pueril resistencia.

—Cuando llegues coge el metro y te diriges a Kamagasaki.

Héctor lo observó un momento.

—¿Pero qué narices me estás diciendo? ¡Olvídate de mí!

Kaito continuó ignorándolo.

—No te entretengas.

—Que no voy a ninguna parte, ¿es que no te enteras?

—Ah, pero esa chica... ¿Hana? Esa chica...

—¿Qué pasa con esa chica?

—Saca el billete, date prisa —dijo Kaito. Salió del coche, abrió la otra puerta e instó a Héctor a que saliera. Estaban frente a la estación—. Una vez en Kamagasaki no hagas nada, quédate en la puerta de un edificio con un cartel: Taka Paper. Se halla frente a la boca de metro. Alguien se encontrará

contigo.

—¿Quién, Hana? —su tono sonó escéptico, pero sentía un anhelo irrefrenable.

—No hagas preguntas y márchate.

Héctor se sintió dominado por una voluntad mitad propia y mitad foránea. Sacó el billete para Osaka, siguiendo el curso de su anhelo. Durante todo el viaje permaneció con la barbilla pegada al pecho, sumido en profundas reflexiones. Al llegar cogió el metro, tal como le había encargado Kaito y salió a la oscuridad de la noche. Se situó en la puerta del edificio que le había indicado. Le dio la impresión de que la zona no era de la exquisitez de donde él venía, más bien un geto, y estos eran igual en todas partes. Se fijó en que, delante de él, la pared estaba garabateada en carbón con varios monigotes ahorcados. Un cartel roto y descolorido que anunciaba un partido de la liga juvenil de béisbol resaltaba en la misma puerta. Olía mal, a desagüe y humo. Héctor miró al cielo arrugando los párpados. Sus emociones alcanzaron el ser consciente de haberse dejado tomar el pelo tan miserablemente y se encolerizó, pero contuvo la cólera al pasar por delante un borracho y sentir miedo. No encontrar un sentido a ese viaje tan estúpido lo sumió en el desengaño. Si un naufrago hubiera sido salvado y vuelto a naufragar, ese habría sido él. Se asustó todavía más con un estampido llameante en el pararrayos del edificio. Y casi se le detuvo el corazón al tocarle alguien en el hombro por detrás.

—¡Por todos los santos! —exclamó.

—Póntelo —le dijo el aparecido. Era nada menos que Kaito.

Le entregó un impermeable, igual que el que llevaba puesto, rojo.

—Póntelo, te hará falta —insistió.

—¡Joder! ¡No entiendo ni jota! ¡Es flipante!

—Póntelo —le ordenó.

Héctor cogió el chubasquero y se lo puso, le venía un poco grande pero se dobló las mangas. A tiempo se colocó el gorro, la lluvia empezó a caer rápido después de otro relámpago que iluminó toda la calle y un trueno instantáneo que hizo que Héctor diera un brinco. El agua chorreaba monótona por un canalón.

—¡Esto es brujería, no tiene explicación! Si no... —Héctor cambió la viva voz por un susurro—, es que subiste al tren sin que yo te viera... me has seguido y... vas a matarme aquí. ¡Claro! No ibas a hacerlo allí —Héctor elevó de nuevo la voz—. En este suburbio puedes cometer el crimen sin que nadie sospeche de un honrado artesano y...

Kaito lo interrumpió con una estridente carcajada que hizo eco.

—Esto no tiene pies ni cabeza —aseveró Héctor—. Pero acabemos de una vez, además estoy harto de este maldito tiempo, voy a pillar un catarro o algo peor.

—Ah, el tiempo...

Volvió a caer otro rayo que a Héctor le puso la carne de gallina.

—Detesto este tiempo —repitió Héctor.

Kaito lo agarró de la manga y lo arrastró veinte metros. Un vagabundo acababa de cerrar la tapa de un contenedor, se oyó el «clap», Kaito la abrió otra vez, sin soltar a Héctor, y lo obligó a asomarse. Este trató de desasirse pero tuvo la sensación de que lo asía un oso. El hedor le produjo náuseas.

—Ese hombre ha sacado de ahí una linterna que seguramente no funciona —dijo Kaito—, y algo de comer medio podrido. Piensa en dónde y qué has cenado hoy. Ahora ven conmigo y mantén la boca cerrada.

—¡No lo soporto! —profirió Héctor cuando lo soltó. Se dio la vuelta. Pero Kaito lo agarró de nuevo y le dio la vuelta otra vez.

Junto a un pilar circular que había en medio de una acera muy ancha, un hombre dormía sobre unos cartones. Se tapaba con un futón roído y su cabeza descansaba sobre un cojín y un macuto, resguardado de la lluvia por un porche que descansaba en el pilar.

—Lo siento, pero ahí te quedas. Me vuelvo a Fukuoka y luego a mi casa —dijo Héctor, soltándose por segunda vez de su agarre.

Héctor era compulsivamente precavido. Solía cachearse de vez en cuando para comprobar que todo estaba en su sitio, la cartera con las tarjetas, el móvil, el paquete de chicles, dinero... ¡el pasaporte! Se palpó por encima, metió las manos en los bolsillos del pantalón, uno por uno, luego se desabrochó la cremallera del chubasquero y revolvió los bolsillos de la chaqueta, registró incluso en los del impermeable, pero no había nada, absolutamente nada. Sus ojos miraban desorbitados. Kaito lo ignoró con paciencia.

—¿¿Dónde está mi cartera, mi pasaporte?! —preguntó Héctor acobardado.

Kaito continuó impassible y no dijo nada.

—¡Si has tenido algo que ver te haré pedazos, te mataré! —gritó Héctor.

—Ajá, pero no te entretengas.

—¡No puedo haberlo perdido todo, no tiene sentido!

—Vamos a ir por ese callejón —añadió con una voz que incitaba a una calma desconocida y señaló a un lugar que parecía la boca de una caverna.

—¿No sabes lo que te estoy diciendo? ¡Atiéndeme, joder!

A Héctor le lloraban los ojos y el nudo que llevaba en la garganta le dolía. Trató de repasar mentalmente los detalles de lo que había hecho en las dos últimas horas, pero no halló ninguna pista sobre el posible paradero de su pasaporte.

—Por allí —dijo Kaito sin hacerle el más mínimo caso.

—¿Y dónde está Hana? ¿No iba a estar aquí?

—Nos ocuparemos de eso más tarde.

—¡Tienes que ayudarme! No puedo ir por ahí sin pasaporte.

—Eso, también más tarde.

A Héctor no le llegaba la camisa al cuello; se quedó sin contestación y no supo qué hacer. Lo siguió

por el callejón haciendo un gesto de asco, seguramente porque olía a meado y vómito, debía de ser un paso de borrachos y el acceso a alguna clase de antro. Mientras lo atravesaban, Héctor temblaba, aparte, tres truenos resonaron en una ráfaga. El resplandor parecía fuego del infierno y dejó entrever una puerta que estaba abierta y una mujer andrajosa apoyada en el marco. Kaito le sonrió y ella le correspondió de la misma manera. Los invitó a pasar y protegerse de la lluvia.

En el interior no había más luz que una vela, una mesa vieja, cuatro cojines y un futón más viejo que el que tenía el hombre de la calle. Ahí dormían acurrucados dos niños de corta edad. Estaban tapados con dos mantas manchadas de grasa. A Héctor se le revolvió el estómago, más aún cuando aquella mujer dijo que iban a llevarse pronto a sus niños. Pero cuanto más se le revolvió, más violenta se volvía la tormenta.

—Vayámonos de aquí, por favor —dijo Héctor en un tono lastimoso.

—De ningún modo, pasaremos aquí la noche —aseveró Kaito mientras la mujer cerraba la puerta.

—Pueden acomodarse sobre esos cartones —dijo ella, señalando a dos que había apoyados en una pared. Los cogió, uno en cada mano, y los acompañó a una estancia contigua, la única que había en la casa, separada por una cortina elaborada con sacos mal cosidos con una cuerda. Después se acomodó ella sobre otro cartón al lado de los niños.

—¿Has visto la cara de esos pobres angelitos? —preguntó Héctor.

—Habla en voz baja, o mejor no hables.

—Esa mujer me ha partido el alma. No debería quejarme.

—¡Ah, caramba!

—Aunque el mal mayor no evita al mal menor.

—Entonces no has adelantado nada.

—Pero ¿no te das cuenta de cómo se ha agravado mi situación?

—¿Cuál? —Preguntó Kaito, lacónicamente.

Héctor tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular la ira que sintió ante aquel comportamiento tan impávido y dominante al mismo tiempo.

—¡Vamos, hombre, que he perdido nada menos que el pasaporte!

—Te he dicho que nos ocuparemos de eso más tarde.

—Estoy cansado —Héctor bostezó—, es la verdad, muy cansado.

Se echó sobre su cartón y se tapó con una manta roída por las ratas que le había dado la mujer. Kaito permanecía sentado en el suyo, mirando a la pared, sin pestañear.

—No entiendo cómo... esa... mujer nos ha... ni qué... hacemos... aquí... —farfulló Héctor al tiempo que se dormía—, y tú... no te... conozco de... nada... maldita... sea...

Se quedó dormido a pesar de que los truenos no cesaban y que la lluvia golpeaba en la puerta de aquella choza con una fuerza irresistible. Al cabo de un rato su sueño se volvió agitado, se revolvió y mascullaba mientras dormía, aunque pasados unos minutos se giró a la izquierda, apoyando la cabeza en el hueco de su brazo y así se quedó más tranquilo durante un rato. Kaito seguía sentado e inmóvil. Héctor

volvió a agitarse, esta vez con más furia, la agitación le hacía sudar por la frente; abrió la boca para hablar pero no pudo, solamente fue un gesto que no logró despertarlo. Sin poder evitarlo babeó un poco y de sus ojos escurrieron algunas lágrimas. Se despertó de forma abrupta y se echó a llorar. Eran las cuatro de la madrugada.

—¡Por Dios, no, no! —exclamó.

—Baja la voz —le dijo Kaito.

—Ha sido de horror, horror, horror —dijo Héctor con menos fuerza en la voz—. Esos niños, el hambre, los he visto morir de horror, de hambre, enfermos, y los malditos bombardeos. Sí, los bombardeos, los cientos de cadáveres, las torturas, las cárceles, y la gente desahuciada en los hospitales, horror, horror. ¡Me duele el corazón!

—¿Eso es lo que has soñado? —le preguntó Kaito, sin salir de su sobrecogedora calma.

—¡Estoy harto de las jodidas pesadillas, estoy verdaderamente enfermo!

—No levantes la voz —le repitió Kaito.

—Pero es que no quiero estar aquí.

—Ese es tu principal problema.

Héctor comprobó con fastidio que Kaito no le otorgaba importancia alguna a su malestar y que no hacía más que complicarle su situación.

—¿Mi problema? —preguntó.

—Sí, por eso te quejas tanto.

—¿Y qué quieres que haga?

—Nada, yo no quiero nada. Aprende, con eso basta.

—Pero es que ni siquiera tiene sentido que esté aquí contigo, con un tipo que casi me ha secuestrado y que me está volviendo loco.

—No molestes a estas personas —Kaito señaló a la cortina—. Duérmete, todavía es pronto.

Alrededor de las ocho Héctor abrió de nuevo los ojos, tras un sueño más o menos tranquilo. Se puso de pie y recorrió con la vista toda la estancia; el misterioso Kaito no estaba allí, traspasó la cortina y comprobó que en la otra parte no había nadie, ni aquella mujer ni los niños. La habitación estaba vacía y había un silencio que no le gustaba nada. Todavía se escuchaba algún trueno y el caer de una lluvia fina. Agarró entonces el picaporte de la puerta y tiró hacia abajo con fuerza, pero la puerta estaba cerrada. Tiró de él varias veces con nerviosismo y finalmente aporreó la puerta pidiendo socorro.

—¡Sácame de aquí o te hago papilla! —gritó, y alguien le contestó.

—Aprende a estar donde estás —se escuchó una voz a través de la puerta.

—¿Kaito? No encuentro esto nada divertido, ¡abre la puerta!

—No, hasta que aprendas a estar...

—¿Y dónde está la mujer? ¿Y los niños?

—¿Qué mujer? ¿Qué niños?

—¡No me vuelvas más loco de lo que estoy!

Héctor se puso rojo de rabia. Su cabeza parecía a punto de estallar.

—Aprende y deja de quejarte si quieres salir —insistió la voz de Kaito.

—¡Que te jodan! —prorrumpió Héctor, pero no recibió respuesta.

Empezó a dar vueltas tratando de calmarse, como un animal enjaulado imposible de calmar. Se sentía furioso, pero la sensación de estar enclaustrado era lo peor, sobre todo por haber recordado lo mal que lo pasó aquel día en que se quedó encerrado en la despensa de su madre, cuando era niño. Le costó mucho sacarlo porque la cerradura se había roto. De hecho, tuvo que acudir un carpintero. Pero ahora no tenía ningún sentido su situación y se había prestado a ella como un tonto. Su voz resonaba en su juicio como la de un loco con una idea vaga: que si había cosas insignificantes él era una de ellas. Para Kaito era como si no existiera, excepto para cebarse con él seguramente por pura diversión.

Pensó que ahora sí necesitaba ayuda profesional, un médico o la policía, si acaso estaba siendo víctima de una confabulación. Podrían haberlo secuestrado, lo más seguro con mucho tacto, y pedir luego un rescate. Pero ni siquiera tenía donde aplastar la oreja en cuestión de dinero. Le resultaba irónico aunque no tenía ni pizca de gracia.

«No eres más que un facineroso disfrazado de gurú. Muy original, lo reconozco, pero no te has enterado. Yo no soy el que buscas, solo soy un pobre diablo».

El monólogo lo tranquilizó un poco y no era la primera vez que eso ocurría. Se puso delante de la puerta y lanzó una patada contra ella, pero era demasiado gruesa o debía de estar atrancada por el otro lado. Se sentó en una silla junto a la mesa pensando en cómo podría salir de allí, pero no vio la manera.

Tenía los codos apoyados sobre la mesa y la barbilla sobre las manos; se quedó mirando a un punto fijo de la pared por una vez sin pensar, y sintió que perdía las ganas de hacer nada rindiéndose a la situación. Entonces oyó un chirrido que provenía de la puerta, lo que identificó como el descorrer de la cerradura. Se levantó sin hacer ningún aspaviento y anduvo despacio hasta alcanzar el picaporte de la puerta, lo hizo bajar y la puerta se abrió. Pero fuera no había nadie, salió y vio el callejón que le pareció menos lúgubre que por la noche. Había dejado de llover y el sol estaba rompiendo las nubes.

—¡Kaito, Kaito! —gritó—. ¡Señora, ¿está usted por ahí?!

No había ni rastro de Kaito ni de aquella mujer. Ni aun siquiera de los niños, que podrían haber estado correteando por la calle, aunque no era más que un estercolero.

«Magnífico, tirado sin nada en un sitio como este y sin poder volver, pero... ¿y el móvil? ¡Por mil demonios! Me lo dejé en el coche, ¿cómo no lo he echado de menos? Bueno, ya pensaré en algo... oh, Dios mío, lo peor es el pasaporte».

II

Regresó a la calle principal, cruzándose con un par de vagabundos y un borracho tendido en el suelo, pero consciente. Se tapó la nariz porque el olor nauseabundo de la noche anterior era ahora más intenso. Sintió alivio al salir del callejón y se dio cuenta de que no tenía deseos, ninguno en absoluto, de encontrar al hombre del chubasquero rojo; el suyo lo llevaba puesto, pero con la cremallera desabrochada. Se lo quitó y lo estampó contra el suelo. Es más, no necesitaba ver a aquel hombre y el posible interés que había sentido por él ya no lo sentía. Incluso estaría mejor sin él. Al menos tenía algo de paz, una paz ganada por sí mismo a pesar de que su situación no le era favorable y que tal vez acabase siendo detenido. Quizá fuese lo mejor, explicaría a la policía lo sucedido y ellos lo ayudarían. Para eso están, después de todo él no era un criminal y si el tipo del chubasquero rojo lo era, peor para él.

Anduvo sin rumbo disfrutando de un sol que creía merecer, caminaba sin notar que no iba a ninguna parte; se paró mirando al cielo y prosiguió. Por intuición se tocó en los bolsillos, como si se le hubiera olvidado algo, y cayó en la cuenta de que no había mirado antes en la pernera derecha del pantalón, en un disimulado bolsillo de esos que sirven de adorno y que nunca se utilizan. Solía poner allí algo de dinero por si acaso y esta vez lo había puesto. Lo recordó con una enorme sonrisa de satisfacción y tiró de la diminuta cremallera. Pero solamente tenía un billete de diez euros, sin cambiar, y casi cuatrocientos yenes. No podía volver, tan solo comer algo o gastarlo en ir a la estación.

«Y después... ¿qué haré? Le explicaré mi situación al primer policía que vea».

De regreso en el metro iba sentado junto a una mujer que a Héctor le dio mala espina. Era joven, con los ojos hundidos y ojeras. Había tratado de evitarla, pero ella se pegó a él y al llegar el convoy con un gesto de la barbilla le indicó que mirara hacia la izquierda. Héctor se alegró de no tener que estar con aquella mujer que no le agradaba. Se dio prisa en subir al vagón pero ella lo siguió torpemente hasta que se sentó con él. De vez en cuando ella lo miraba y le sonreía maliciosamente; él bajaba la vista un poco nervioso.

«Aprende a estar donde estás», recordó Héctor, y si bien eso no significaba que tuviera que seguirle la corriente, sentía que le debía algo a esa frase y quizá eso fue lo que puso una sonrisa en sus labios la siguiente vez que aquella muchacha lo miró. Pero acto seguido apretó los dientes, como temiendo haber dado demasiado el brazo a torcer. Ella se mostró también nerviosa.

—No soy una puta, ¿se entera? —dijo ella en inglés.

—No, no —dijo Héctor, deglutiendo saliva—, ni lo he... pensado siquiera, pero no comprendo por...

—Pero hace poco me corté las venas —dijo ella, enseñándole sus cicatrices, una en cada muñeca.

—Lo lamento de verdad —dijo Héctor, pero veía absurda esa situación.

—Tenía abierta la puerta de mi apartamento y alguien me salvó la vida, no supe quién era, había perdido el conocimiento. Fue una terrible noche de tormenta.

—Menos mal, desde luego que fue una suerte —dijo Héctor por decir algo.

—Las tormentas me deprimen mucho, ¿sabe?

—Sí, se forman muchas tormentas últimamente.

Lo acababa de decir y esa palabra, tormenta, le provocó un espasmo abdominal; odiaba a muerte las tormentas, él tenía su historia pero era algo que iba a dejar atrás. No iba a desmoronarse ahora por aguantar a una chiflada. Pero la tuvo que aguantar hasta llegar a la estación entre chorradas, historias que no le incumbían, y unos pocos huecos de silencio. Ella le puso la mano en la pierna. Era una mano delgada de dedos largos y con las uñas pintadas de negro. Los dedos se movían como serpientes. Había dicho que no era una prostituta y no parecía que fuera sincera. Pero eso no era lo peor, parecía como si ella le exigiese vasallaje. Más bien no estaba en sus cabales, eso sí era seguro.

Héctor saltó de su asiento, salió el primero del vagón apresurado, pero la mujer lo seguía. Caminaba rápido por delante de ella, quien le demandaba que la esperase, pero caminaba cada vez más deprisa y finalmente echó a correr lo más rápido que pudo. Tenía que librarse de aquella molesta mujer y al girar la cabeza dejó de verla por un instante. Sin embargo, volvió a tenerla detrás apenas un minuto después.

—¡Espere, espere! —le gritó ella, corriendo otra vez tras él.

La súplica causó en Héctor la reacción de correr más, pero aminoró la carrera por una frase que le pareció burlona, de fantasía, pero sin duda trascendente:

—¡Espere, tengo algo que es suyo!

Aquella mujer, una desconocida, probablemente toxicómana, le decía que tenía algo suyo. Se lo decía además como si lo conociese de toda la vida, como si no fuese un extranjero extraviado, como la compañera de colegio con quien se hubiera encontrado al cabo de los años. Sin embargo, se vio obligado a detenerse.

—Esto debe de ser suyo —le dijo la mujer.

Al examinarlo, Héctor comprobó que se trataba del billete de vuelta a Fukuoka y que también había perdido. Dio un suspiro de alivio, pero también de incertidumbre.

—¿De dónde ha sacado esto? —inquirió Héctor.

—Estaba en su asiento.

—¿Y por qué no me ha avisado?

—Es lo que estoy haciendo, pero usted ha echado a correr —La mujer se encogió de hombros y luego lo miró con desdén.

Héctor le dio las gracias y tras de disculparse por sus malos modales continuó su camino a paso ligero. Ella se quedó observándolo hasta perderlo de vista. Héctor pensó en que tal vez su mala racha fuera a terminar pronto. Se detuvo y se dio un golpecito en el bolsillo secreto; ahí había estado todo el

tiempo el poco dinero disponible y también la tarjeta de Hana. Ahora había recuperado el billete, pero el ratoncito Pérez no le iba a regalar nada más. Se sintió consternado por eso.

Por fin logró ver el cielo de Fukuoka, pero la situación no era estable, menos aún su capacidad de decisión. Contra lo que había decidido se aferró a la imagen de Hana y la responsabilidad de lo que había perdido la hizo recaer de nuevo sobre Kaito. No pudo evitar el impulso de ir otra vez al taller de muñecas, posponiendo la denuncia y el resto de lo que tenía que hacer para poder coger el vuelo a su país. Sabía muy bien que no era una buena idea, pero tenía que ir, siguiendo el dictado de una voz que le disolvía la voluntad propia. Cogió un taxi y pidió al conductor que lo llevara a Tamon Street.

El taller estaba cerrado con toda la obviedad que cabía esperar. Apretó los labios, buscando a tientas en su mente una respuesta, tratando de que la telaraña del silencio se deshiciera. Alguien debía de aclararle todo antes de que tornase la opacidad de la noche. Quería decirle a alguien que la fiesta ha terminado. Golpeó con los nudillos en la puerta y en el cristal del escaparate del taller, el cual estaba sucio y no exhibía más que un par de muñecas descoloridas por el sol, y una bolsa de té vacía y arrugada. Fue infructuosa su persistencia en llamar.

—Lleva años cerrada —le dijo un hombre que pasaba por allí.

—¿No conocerá a un hombre con barba que suele llevar un chubasquero rojo? Cuando llueve, claro —preguntó Héctor al desconocido—. Es el dueño de esto.

—Oh, no, pertenece a una inmobiliaria que por cierto no consigue venderla.

—No, no, le digo que conozco al dueño, es más, estuve ayer con él ahí dentro —Héctor señaló al inmueble. El desconocido lo miró de forma sospechosa.

—Le digo que ahí no ha entrado nadie desde hace mucho tiempo; soy un vecino.

—Mire, ese hombre es también pescador, seguro que lo conoce.

—No, y ahora si me disculpa...

Héctor se sintió avergonzado, incluso sabiendo que él tenía razón, pero también confuso. El desconocido siguió caminando, balanceando los brazos a los costados y con una melodía en los labios que silbaba. Héctor le lanzó una mirada acusadora que no vio.

—¡Espere, espere! —gritó Héctor, lo alcanzó y le puso una mano en un hombro.

—¿Qué pasa?

—Es posible que conozca a esta mujer —Héctor le enseñó la tarjeta de Hana.

—No, no la conozco, sepa usted que no trabajo en la oficina del censo—dijo el desconocido impaciente—. Adiós, que tenga un buen día.

Héctor se enfiló al portal del mismo número que el taller, pulsó varios timbres a la vez y lanzó repetidamente la pregunta que tenía en mente:

—Hana, Hana Tukino, ¿vive aquí?

Se escucharon algunos aquí no, no a secas, no tengo ni idea, y el sonido repetido de colgar los interfonos. Pero alguien le dio al clic de abrir la puerta; sin mediar palabra, Héctor atravesó el portal sin

saber quién le había abierto. Recorrió las cinco plantas a pie, buscando una puerta entreabierta y la halló en la quinta. Alguien lo ayudaría a dar con Hana o pudiera ser que fuera ella misma quien le abrió la puerta.

«¡Madre mía, tú!», exclamaría al encontrarse por fin, cara a cara, con Hana. Ella le preguntaría si había visto un fantasma, con una sonrisa tierna avanzaría hacia él y lo besaría en los labios. Eso iba a ser la gran noticia de que la hora de la felicidad le había llegado, que nunca se pierde la esperanza. Estaba seguro de que le iba a decir que no se quedase ahí parado, que tenía mucho que contarle y que lo amaba como él a ella. Pero antes le pediría un té caliente donde poder mojar un pastel de judías, aunque no fuese muy romántico. Podría acariciarla esa misma noche y hacer un brindis en la bañera, los dos juntos y desnudos.

Estaba a punto de posar los nudillos para llamar, cuando la puerta se abrió del todo; se quedó inmobilizado. El piso estaba completamente vacío. Ni siquiera había un clavo en una pared que hubiese sujetado un cuadro, ni tabiques, ni cocina, ni un lavabo, ni aun polvo en el suelo. Era una habitación vacía, con un ventanal sin cortinas por el que entraba un sol espléndido. Tampoco había lámparas, ni olía a nada, pese a la pasada tormenta que debía de haber dejado rastros de humedad, quizá algún descorchado en la pared o alguna gotera.

—¡Maldita sea! —gritó, y el sonido reverberó en la habitación silenciosa.

«Se acabó, haz lo que tengas que hacer y lárgate de esta ciudad».

—¡Me voy de aquí! —gritó de nuevo y esta vez reverberó más fuerte.

Se fue de allí rápidamente. Comprendió que tenía que hacer lo que había dicho y lo antes posible. Si no, perdería la vaga consciencia que tenía de sí mismo.

Cruzó el umbral con el rostro sombrío, pero lo cambió un poco con una frase:

«Borrón y cuenta nueva».

III

Tenía que volver al coche, llamar a un mecánico y denunciar su situación. Pero le faltaba no tener ni idea de dónde estaban las llaves del coche, ni por qué razón no lograba recordar qué había hecho con ellas. Lo arreglaría de algún modo y fue andando una media manzana hasta que se topó con una boca de metro al lado de un quiosco de revistas. Estaba rehartado del aire tan viciado del metro, pero miró en el mapa y vio que lo dejaría cerca de una comisaría.

Sacó un tique y bajó sin apresurarse los escalones de la estación atiborrada de gente. Se desabrochó la chaqueta y un par de botones de la camisa. Se puso en una de las dos colas de entrada al

andén con el tique en la mano. Su frente transpiraba un poco, por aprensión, aunque trataba de imaginarse caminando en solitario por la arena de la playa. Ya le había pasado yendo a Kamagasaki y en otras ocasiones anteriores, como si el suburbano fuera el mismísimo centro de la Tierra. Pero esta vez fue peor, quizá por el gentío que iba en aumento.

Empezó a echar de menos el viento que tanto solía molestarle cuando iba a hacer footing. Se pasó la mano por el pelo y procuró apaciguarse, pero la sangre se le subió a la cabeza al girarla y ver nada menos que a Hana en la segunda cola que iba en sentido contrario a la suya. Quiso gritarle, pero un hombre la rodeaba con su brazo izquierdo y esa visión se lo impidió. Aun así tenía que llamarla y pedirle que..., ¿qué? Imaginó ese interrogante reverberando en un auditorio con enorme público mirándolo fijamente.

«¿En qué quedamos? ¿Lo ves? ¿No ibas a pirarte tan lejos como pudieras? Solo te has mentido a ti mismo. No la conoces de nada. ¡Estúpido! ¡Lárgate!».

—¡Hana, Hana, Hana! —gritó a pesar de todo, pero ella no lo oyó.

Se dio la vuelta para ir tras ella, pero el gentío le impidió entre protestas que se diera la suficiente prisa. Esquivando a la gente se enredó en sus propios pies y cayó de rodillas, poniéndose furioso. Se levantó y empujando a varias personas logró salir del atasco humano. Fue un arrebató visceral. Pero a ella la había perdido de vista, salió a la calle de nuevo y se detuvo jadeando al lado del quiosco. Miró en todas direcciones pero no la localizó por ningún lado y se desmoronó.

Caminó apático, decepcionado, escuchando las terribles voces de la frustración que volvían a angustiarse, el ánimo presuntuoso que tenía ese día se había disuelto del todo, y lo peor de lo peor: el sol se había ocultado tras unas nubes demasiado grandes y maliciosamente oscuras. Se levantó un viento que le lastimaba los ojos, los cuales no paraba de rascarse. Le costaba componer su actitud frente a la sensación que tenía con respecto a la mujer que había conocido unas horas antes. Unas horas le parecían años y eso lo dejó aún más perplejo. Pero no estaba dispuesto a seguir yendo de aquí para allá, si bien era en su pensamiento donde él más vagabundeaba. Rememoró la última vez que habló con su editor, quien le confesó que su último libro era increíblemente malo. Pero no le dijo nada de los que no eran tan malos.

Héctor era un ejemplar casi perfecto de la especie cuyos recuerdos se ceban con uno. El que más, el de su socio ocultando su rostro de Judas. No podía quitárselo de la cabeza y eso mismo le resultaba decepcionante. Le faltaba el tipo aquel, Kaito, con el que creía estar haciendo el primo, lo había decepcionado más que nadie, por no decir de Hana.

«Sigue adelante, no lo olvides, márchate de esta parte del mundo. Esa mujer no te interesa. Hazlo ahora que aún estás a tiempo, estúpido idiota».

—Hana —susurró—, bah, quítate de en medio y déjame en paz.

Se dio la vuelta para recorrer de nuevo los doscientos metros que lo separaban de la boca del metro y justo al llegar cayeron las primeras gotas de lluvia seguidas de un trueno, aunque endeble.

«Otra tormenta, me tienen harto, mejor será que arranque el final del mundo de una jodida vez». Fue un sórdido pensamiento, pero también un deseo inquietante.

Hizo de nuevo el recorrido con el tique en la mano y se subió al vagón que quedó a su altura. Apretujado, se asió de una correa con la mano derecha yendo de un lado a otro. Alguien que tenía detrás, espalda con espalda, lo empujaba a intervalos debido al traqueteo. Cuando el hecho se volvió inaguantable, como pudo, se giró para decirle que se sujetase mejor. Al hacerlo se quedó mudo y petrificado. Sus ojos se tropezaron con un chubasquero rojo y sabía lo que sucede cuando ves a alguien que no quieres ver.

—¡Tú, tú eres el demonio! —exclamó Héctor.

Quien llevaba el chubasquero rojo estalló en carcajadas, sin darse la vuelta.

—¡Déjame en paz! —añadió Héctor.

—Un demonio —dijo Kaito, dándose la vuelta—, curiosa conclusión.

—Te he dicho que me dejes en paz —insistió Héctor tratando de separarse de él.

No había nada que encajase con las piezas del rompecabezas. Ni él pretendía ya averiguar qué se ocultaba tras aquel hombre. Que se mantuviera lejos de él es lo único que deseaba, si bien ese hombre, aciago y frugal, le inducía sentimientos presididos por una irritación que lo hacía hervir como lava.

—Quiero que veas algo.

—¿Qué he de ver? ¿Alguna infamia más?

—Quiero que veas algo —le repitió Kaito.

—¿Qué? Te lo repito, ¿qué?

—Lo que andas buscando, lo que necesitas.

—Bajaremos en la próxima estación —anunció Kaito.

—Ah, no —Héctor frunció el ceño—. ¿O acaso me has preguntado?

—En la próxima estación —concluyó Kaito.

Héctor lo negó con su dedo índice y con la cabeza al mismo tiempo.

—Ni hablar —dijo con un firme hilo de voz—. Lo único que tienes que hacer es explicarme lo de aquel antro, por qué desapareciste tú y aquella familia, ¿me oyes? Por qué, y si tienes algo que ver con el piso vacío —dio un respingo—, y ella, Hana. Si no, te puedes ir por donde hayas venido.

—Estamos llegando —dijo Kaito, haciendo caso omiso a cuanto Héctor le había dicho. Sonó el altavoz anunciando la próxima parada.

—¡No voy a ir contigo! ¡Nada más lejos!

Se oyó la bocina del tren y una serie de chirridos, los cuales indicaban que estaba frenando a punto de despuntar la luz de la estación. Los gorgojeos oxidados aumentaron y los pasajeros se asieron con más fuerza a las correas, dando tumbos, hasta que el tren se detuvo. Kaito asió a Héctor de una muñeca con una fuerza sobrehumana y lo empujó fuera. Mientras lo hacía sonreía lascivamente.

—Te he dicho que no voy contigo, ¿es que eres sordo?

—Ya estás yendo conmigo, vamos, salgamos al exterior.

—Y otra puta tormenta, esto me da más que asco.

—Vamos —repitió Kaito y lo cogió por los hombros.

Por un lado Héctor se resistía, por otro algo le impedía volver sobre sus pasos y su candidez infantil todavía no superada lo hizo pensar en la posibilidad de que Kaito fuese, después de todo, un tipo amable al que le interesase ayudarlo. Pero ¿y si era un demonio? ¡Qué tontería! Lo pasaría mal, aunque ya sabía de qué palo iba: seguramente estaba más loco que él, pero había algo que...

—Está bien, tú ganas, pero solo por esta vez —concluyó Héctor.

—Un esfuerzo por estar donde estás —Kaito sonrió—. No está todo perdido...

Afuera continuaba una lluvia intermitente, bastante fina, y algún trueno distante y poco ruidoso, a veces parecía querer parar y abrirse de nuevo el sol si bien se resistía a hacerlo. Kaito le entregó otro chubasquero, esta vez azul, que llevaba plegado. Héctor lo desplegó y se lo puso antes de que un coche le escupiera el agua del charco que hacía un badén. Aun con todo, se le mojaron los pantalones.

—No soporto esto —dijo.

—Sí que lo soportas, pero quieres convencerte de que no —contestó Kaito.

—¿Tampoco puedo quejarme de esta bazofia de tiempo? ¡Es increíble!

—Tenemos que coger un taxi —dijo Kaito, señalando con el dedo—. Nos dejará a unos trescientos metros de donde vamos.

—¿Y no puedo saber a dónde vamos?

—El misterio inspira, tus preguntas son tediosas. Mantén la cabeza callada.

—Querrás decir la boca.

—Hablas demasiado y no sabes de qué hablas.

IV

El taxi los dejó en las inmediaciones de Marizon, Hakata; se divisaba el muelle y las pequeñas embarcaciones que hormigueaban. Héctor suspiró y el suspiro evolucionó hacia un estremecimiento agradable.

—Vamos de extremo a extremo —dijo en un tono impertinente.

—Sígueme —contestó Kaito.

—Espero que al menos me invites a comer —dijo Héctor, tocándose el estómago vacío—. Aún no he probado bocado.

Kaito no le hizo caso, lo llevó medio a rastras al embarcadero. Aquella marisma donde había

amarradas varias decenas de embarcaciones parecía un inmenso garaje.

—No me digas que ese yate es tuyo —dijo Héctor, apuntado con la barbilla a un artefacto monstruoso que haría las delicias de los pequeños magnates.

—No, es la quinta embarcación, sin contar esta —respondió Kaito.

Héctor contó las embarcaciones: una, dos, tres, cuatro, cinco, y se detuvo.

—¿Esta es la tuya? ¿Es eso lo que tenías que enseñarme?

Todavía lloviznaba y en el cielo seguían estallando relámpagos tenues.

Kaito brincó por una pasarela a la vieja barca de pesca construida con madera y pintada de azul y blanco. No era ni mucho menos el yate que Héctor había visto, el que exhibía altos mástiles y velas que relumbraban con los rayos del sol, pudiendo apagar el motor y navegar plácidamente con el viento. La barca de Kaito tenía un viejo motor que rugía ensordeciendo los oídos y que amenazaba con desmontar la embarcación. Contaba además con un par de remos por si se averiaba. Héctor cruzó la pasarela sin respirar y con cierta aversión; se sentía inquieto y no se fiaba de su anfitrión.

La barca no tenía techo, ni toldo para resguardarse del sol o de la lluvia, solo dos tablones para sentarse y una funda que cubría el motor en la parte de atrás, la cual quitó Kaito y le dio al arranque varias veces hasta que se puso en marcha y se puso a rugir.

—¡Eh! No pretenderás lo que imagino —dijo Héctor—. Si empeora la tormenta, no quisiera estar aquí.

Kaito cruzó de nuevo la pasarela, quitó marras y regresó junto al timón, uno de esos que emergen del mismo motor. La barca se balanceaba en exceso, Héctor hizo un ademán de salir de ella pero lo pensó demasiado tarde, la barca empezó a moverse.

—¿No ves qué tiempo hace?! —preguntó abriendo los ojos, asustado.

—Siéntate.

Héctor enmudeció al ver que iba en serio. Salieron mar adentro y a una distancia de quinientos metros del límite del muelle Héctor se sintió algo mareado por el vaivén tan pronunciado. Pero era incapaz de apartar los ojos de la mar a pesar de que Kaito le decía que mirase al horizonte. Este aminoró la marcha y Héctor se sobrepuso.

—¿Falta mucho para llegar? —quiso saber Héctor.

Kaito no le contestó, viró levemente a la derecha.

—Bueno, dime qué tenemos que ver, dónde diablos está.

Kaito apagó el motor, cruzó los dedos de las manos y apoyó la barbilla encima.

—¿Qué ocurre? ¡Por el amor de Dios!

—Hemos llegado.

—¿Cómo que hemos llegado?

—Hemos llegado —repitió Kaito inmutable.

—A ver si lo entiendo —Héctor arrugó el ceño—; ya hemos llegado, ¿me puedes decir a dónde?

Dímelo y dime también que coño tenemos que ver.

—Estamos aquí —respondió Kaito—. Deberías saberlo.

—Déjate de chorradas y di qué es lo que me quieres enseñar.

—El mar —Kaito señaló al agua con su mano derecha.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para ver el... el mar? ¡No es posible! —Héctor gesticuló como un gorila furioso.

«No es posible y, pero si lo conocí en el mar, en el endiablado malecón, bueno, no, en la azotea de... santo cielo, otra vez no, o sí, eso es. Estoy soñando, mejor así».

—Admíralo antes de que sea demasiado tarde —dijo Kaito y se echó a reír.

—¿Para qué es tarde? A mí esto me da mala espina y no me hace ninguna gracia.

La inquietud de Héctor había aumentado, tenía la sensación de haber consentido una vez más los caprichos de un desequilibrado y despiadado, pero tan gentil que podía engañarlo cuantas veces quisiera.

«Cálmate y trata de conseguir que regresemos a puerto».

—No me encuentro bien, así que te ruego que pongas el motor en marcha —dijo Héctor con un tono lastimoso.

Kaito lo intentó, pero el motor no respondía. Héctor se puso más nervioso.

—Te juro que es la última que me haces, si salimos de esta, claro —añadió.

La lluvia se estaba volviendo más viva, y los truenos sonaban casi encima y más coreados. Héctor miraba a su compañero esperando una solución a un problema que no se había buscado; tenía el rostro mojado y por la nariz le goteaban infinidad de gotas de agua que se limpiaba con la manga izquierda.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Héctor.

—Admirar el mar —respondió Kaito como si no pasase nada—, hemos venido a eso. ¿No te acuerdas?

—Me siento enloquecer cada vez que dices esas sandeces. ¡Enloquecer!

—El mar o lo que tengas delante, el presente es inmenso —ultimó Kaito.

—O sea, que a eso hemos venido, ¡qué grandiosidad!

—Sí, claro.

—Y eso es lo que querías que viese...

—Sí.

—El presente —Héctor suspiró y al mismo tiempo recogió un par de gotas de la nariz con la lengua—, o el mar, dará lo mismo, ¿no?

—Sí.

Héctor se quedó callado, mirando fijamente al mar, fingiendo que lo admiraba.

—Tenías razón, lo he admirado en silencio, ahora ya nos podemos ir, aunque no se cómo, por favor ¡Inténtalo otra vez! ¡Pon en marcha el motor!

Kaito lo intentó de nuevo, pero fue en vano. Cogió los remos de debajo de los tablones y se los

entregó a Héctor.

—En marcha —le dijo, asiendo el timón—, el mar se está revolviendo mucho.

Héctor empezó a remar con fuerza, pero avanzaban muy lento.

—Me cuesta, ¡ayúdame! Si no, nos ahogaremos.

—Cuenta las veces que remas, un, dos, tres... —Kaito hizo el gesto de remar con la mano que le quedaba libre, la izquierda. Concéntrate.

—¡No puedo! —gritó Héctor.

—¡Concéntrate! —insistió Kaito— ¡Cuenta las remadas!

Tras un enorme esfuerzo Héctor consiguió establecer un ritmo, pero apretaba los dientes y arrugaba la frente. Kaito le reconvino en que se relajara. Así lo hizo y el ritmo le mejoró un poco, aunque jadeaba.

—Sí, lo estoy consiguiendo —dijo Héctor con voz cansada.

—¡Cuenta, solo cuenta! ¡No pienses, cuenta!

Una ola impactó contra ellos y Héctor estuvo a punto de perder un remo. El agua salada le irritaba los ojos y no podía ver bien. Según avanzaban, la tormenta se hacía más fragosa y el viento soplaba más fuerte, pero les daba de espaldas y eso los ayudó a acercarse al muelle. Llegaron cuando el batir de las olas se había vuelto peligroso. Kaito amarró la embarcación y ambos pisaron tierra firme.

—Bien, supongo que podemos irnos y... tengo hambre —dijo Héctor.

—¿Qué vas a pensar después de eso? —le preguntó Kaito.

—No te entiendo —Héctor sacudió la cabeza negando y de ella salpicaba agua.

—No me entiendes, ¿y después de eso? ¿Qué es lo siguiente que vas a pensar?

Héctor trató de reflexionar en lo que le decía, pero se quedó en blanco.

—Si te concentras en lo que vas a pensar no piensas en nada —añadió Kaito.

—De acuerdo, pero vamos, tengo el estómago tan vacío como la cabeza.

—No lo suficiente.

—La verdad es que esto pinta tan de paranormal que sigo pensando en un sueño o que me han drogado.

—No lo suficiente —repitió Kaito.

—Pero me siento decepcionado, no es fácil.

—No lo suficiente —repitió Kaito por tercera vez.

—No puedo evitar pensar en todo lo ocurrido y haber visto a Hana en el metro... con aquel tipo, y después tú, y ahora lo de la barca. ¿Cómo voy a sentirme?

—No esperes nada —dijo Kaito, acelerando el paso.

—¡Venga ya! Luego, dime que no coma, que no duerma y que no respire —dijo Héctor elevando el tono de voz.

—No esperes nada, solo lo inesperado —aseveró Kaito; un trueno ensordecedor siguió a sus palabras y la lluvia se recrudeció.

Ambos enfilaron sin decirse nada. Héctor aligeró el paso, poniéndose por delante de Kaito hasta llegar a donde los había dejado el taxi después de un largo trecho de ida y vuelta. Héctor se detuvo con la intención de entrar en el bar. Pero al girarse para decirle a Kaito que no resistía más sin comer, había desaparecido tan repentinamente que sintió un escalofrío. De su boca salieron imprecaciones de toda clase y salió a la carrera hacia las embarcaciones, recorriendo aquella zona centímetro a centímetro. Medio ahogado, por la falta de aire y el agua que impactaba en su cara, fue a parar otra vez al mismo punto. Una descarga eléctrica, exhibiendo un esplendente fuego, partió en dos el cielo y también el alma debilitada de Héctor. Quiso tranquilizarse pero su esfuerzo quedó en una pesadumbre viscosa. Su nueva situación era exactamente la misma, sin embargo, se encontraba en otro lugar, más lejos del coche y de resolver sus problemas, de retornar, de descansar.

Tenía los ojos irritados por la sal y la lluvia, llegó a casi no ver nada y cruzó apresuradamente la calzada buscando cobijarse en algún sitio. Se hallaba todavía bajo los efectos de un shock anímico. Se mordió con fuerza la parte interior de sus mejillas para extinguir su deseo de llorar de impotencia. Por momentos no sabía dónde estaba ni qué hacía. También se vio obligado a contener una risa de rudimentaria locura. Si reía, sería a causa de su desafortunada manera de quedarse varado. Pero cruzó en el peor momento, un coche lo atropelló y cayó empotrando pesadamente las rodillas en el suelo. Se dio un golpe en la cabeza, contra el lateral del coche, quedando tendido en el suelo inundado de agua. La oscuridad lo envolvió por completo, mientras que irónicamente algunos relámpagos seguidos iluminaron su rostro de un blanco pálido; se produjo una pausa larga hasta que el rostro se le iluminó del rojo intermitente de una ambulancia. El agua que continuaba cayendo absorbía la luz como un prisma. Hasta entonces no había sabido hasta qué punto estaba de nervioso como consecuencia de su anarquía mental. Emitió un débil grito arrancado de su garganta, el cual se fusionó con las estridencias del cielo y con el primer pitido de la sirena de la ambulancia.

El lado amargo se disipó durante un tiempo, ni siquiera era consciente de lo que le había pasado. Si lo hubiera sido, probablemente se habría preguntado qué pensaría aquella mujer, Hana, y el hombre del chubasquero rojo, al verlo en ese estado. Pero no iban a verlo ni él se vio cayendo al suelo. Ni cómo desaparecieron sus preocupaciones, sus obsesiones, sus recuerdos, incluso los más inmediatos. Tal vez antes de caer en la oscuridad supo que era pronto para morir, pero también para vivir por lo incapaz que se estuvo sintiendo durante tanto tiempo. Sin embargo, si tenía que morir algo le dijo a una velocidad incalculable que no se debe morir sin resolver los problemas, sin aprender y sin compartir lo aprendido.

¿Y cómo podía haber pensado una cosa así alguien como él, tan insustancial en apariencia? Tal vez fuese una intuición especial, la de un ciego o la de un sordomudo, y ese no era su caso, aunque en ese momento puede que lo fuera al mismo tiempo que se le apagaban los sentidos muy lentamente. Su corazón latía rápido. Quizá por encontrarse momentáneamente en un páramo verde, deleitándose su alma o quizá no. O caso soñaba que volaba hacia regiones sin duda desconocidas. La ambulancia continuó y la lluvia tardó bastante en aplacar su furia. Todavía hubo un lamento agudo que nadie escuchó, ni siquiera Héctor.

CAPÍTULO III

EL REENCUENTRO

“Cuando las coincidencias cambian la realidad, nadie está seguro de nada”

I

Un corte insignificante en la mejilla izquierda, un par de moretones, uno en la espalda y otro en un brazo, más un golpe sin fractura en la pierna y en la cabeza dieron fe del descuido de Héctor. El golpe en la cabeza había sido de poca importancia, pero tenía que estar en observación. Había ingresado en el Sanno Hospital de Fukuoka.

Le costaba captar el confuso curso de sus pensamientos y más que nada hallar un porqué que arrojase un poco de luz sobre sus últimas cuarenta y ocho horas. Notó un tirón en la espalda, pero no podía compararse con la falta de brillo de sus ojos. La noche estaba entrando y bien sabía dónde iba a pasarla, pero al menos había apurado la comida insípida que le habían servido; confiaba en poder dormir a pierna suelta y así olvidarse de todo.

Una enfermera de cabello oscuro terminó de anotar algo en un historial y se fue dando un portazo que lo irritó. Lloró un poco pero paró enseguida. «Lo inesperado», fue un pensamiento que le cambió el llanto por una risa leve, aunque genuina. Se quedó profundamente dormido. A la mañana siguiente se despertó otra vez con la misma frase: «lo inesperado». Se le dibujó en los labios varias veces y sin intersticios de pesadillas. Al mismo tiempo se frotó los ojos y luego trató de incorporarse, pero estaba molido; escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta, la cual se abrió y entró una enfermera que Héctor no pudo distinguir en la penumbra. Ella subió la persiana de la ventana, situada de espaldas a Héctor, y se quedó mirando a través del cristal.

—Buenos días, ¿cómo ha pasado la noche? —dijo la enfermera, girándose.

—Puede imaginarlo, aunque no puedo quejarme —contestó Héctor en inglés, tal como ella se le había dirigido.

—Héctor Quijada Tapia, mañana podrá marcharse a casa —dijo la enfermera—, incluso podría ser esta misma tarde. ¿Está hospedado en algún sitio o vive aquí?

—Estoy de paso, aunque iba a regresar a España... mañana —Héctor dudó—. Sí, mañana a primera hora.

—¿Viaja solo? —le interrogó la enfermera, y continuó haciéndolo con la mirada.

—Completamente.

—En recepción tiene usted su documentación.

Héctor se quedó fachosamente boquiabierto.

—¿Tienen mi pasaporte y todo lo demás? Eso es... ¡un milagro! —exclamó.

—Ha tenido suerte de no haberse roto la cabeza y algo peor. De hecho, está usted más sano que una rosa, pero ya se lo confirmará el médico que lo atiende.

—¿Y cómo han venido a parar aquí? Mis cosas, quiero decir.

La enfermera escuchó sus palabras como una frase indescifrable.

—Se lo digo porque lo perdí todo esta mañana —detalló Héctor.

—No tengo ni idea, ¿ha denunciado la pérdida? —ella lo miró con reproche.

—No, créame, no me ha dado tiempo.

—Está bien, no se preocupe.

Héctor sonrió, pero la sonrisa cesó cuando hizo un ademán de levantarse. Dio un golpe sobre la cama frustrado. La frustración se dobló al caer en la cuenta de cómo se le había complicado su situación.

—No se precipite, es normal que le duela, pero no tiene ninguna fractura, nada que pueda preocuparlo. Ahora descanse un poco.

La enfermera salió afuera, pero volvió a entrar.

—Se me olvidaba, alguien preguntó por usted ayer, fue antes de que recobrase la consciencia, pero como nadie sabía su nombre...

—¿Quién? ¿Y qué dijo?

—No lo sé, ¿no se le ocurre quién pudiera ser? ¿Ha hecho amigos aquí?

—Si yo le contaré..., bueno, no llevo mucho tiempo, solo unos días.

La enfermera se marchó definitivamente y Héctor se quedó mirando a la ventana por la que entraba la luz de un sol que no podía gozar de momento. Se quedó dormido mientras esperaba a que el médico le dijera cuándo podía marcharse, pero al cabo de unos minutos se despertó otra vez con el ruido de un fuerte viento que se lanzaba contra los cristales y cuyo silbido escuchó con desagrado. Se levantó cojeando y se acercó a la ventana, la cual daba a un espacioso aparcamiento. Miró buscando a alguien que fuese vestido de rojo pero el sol resplandecía. «No hay tormenta». Fue una conclusión de la que no se percató, aunque fuera suya. «Pero quién demonios preguntaría por mí».

Era más de medio día cuando Héctor se sometió al último reconocimiento.

—Está usted libre de falla —dijo el médico, sonriendo con malicia mientras le auscultaba—. Pero le dolerá el cuerpo por unos días, no olvide tomarse las píldoras que le voy a dar, cada ocho horas.

—Si no hay más remedio...

—Ah —el médico se metió la mano en el bolsillo derecho de la bata y sacó una tarjeta—, se le debió caer al suelo cuando lo atropellaron, la recogió un camillero. Hana Tukino... ¡Cuánto tiempo!

—¿La conoce? Precisamente la ando buscando —dijo Héctor, tras un suspiro.

—Es una antigua compañera de colegio.

—¿Dónde, dónde puedo encontrarla?! —preguntó Héctor, un poco exaltado.

—Supongo que en esta dirección —contestó al tiempo que le entregaba la tarjeta.

—Estuve allí y no la encontré.

—No sé donde vive, hace tanto que no nos vemos...

—Pero necesito dar con ella —dijo Héctor con un hilo débil de voz.

El médico se encogió de hombros ostensiblemente.

—Lo único que puedo hacer es... déjeme un teléfono, haré por hacerme con ella.

—¡Repítamelo, por favor! —dijo Héctor tragando saliva.

—Que trataré de hacerme con ella, pero no le prometo nada.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Héctor se pronunció en un estallido de alegría.

Le dio su número de teléfono, no sabía qué había sido de él, pero en vez de en el bolsillo de algún pillo, tirando de llamadas y colapsándole las facturas, podía estar en el coche. Sí, estaba casi seguro de que estaría en el coche.

Salió al aparcamiento, cojeando levemente, con su chubasquero enrollado como única pertenencia. Desde su llegada al hospital se había levantado un viento otoñal, frío y cortante a pesar del sol, pero era mucho mejor que ir calado hasta los huesos. De hecho estaba sorprendido de no haber cogido ya un catarro descomunal, pero no iba a cantar victoria por eso. El viento lo obligó a entornar los ojos, montones de hojas secas giraban sobre el asfalto y eso lo ponía triste aunque tuviera su encanto.

Pidió un taxi para ir a ningún sitio en concreto, donde hospedarse por un día más. Por teléfono reservaría un billete de vuelta a casa. No había tenido una estancia feliz ni había hecho migas con las musas que anidan en quién sabe dónde. Sí, en cambio, las había hecho con esos días tan confusos, misteriosos, horribles. Se hundió en el asiento trasero con la cabeza echada hacia atrás, meditabundo, tratando de disolver un nudo en la garganta que se le había formado, pero repentinamente se echó a reír. El conductor lo miraba por el espejo retrovisor y quizá no vio en él un motivo suficiente para reír, pero seguramente prefirió no decirle nada. Una vez más estaba deshojando la margarita y el deseo de encontrar a Hana le brotó de nuevo en el corazón. La nube de no esperar nada lo seguía sin abandonarlo para mayor devaneo mental. Igual que la imponente verdad de esperar lo inesperado. Pero a estas alturas hasta le provocaba risa y pensaba en qué más le podría suceder. Tenía que decidir qué hacer. El dinero

no le duraría, tenía problemas que resolver en todas partes y el coche clamaba por ser el primero. Al menos las llaves se hallaban entre las pertenencias que acababa de recuperar.

II

No podía evitar mostrar la tarjeta de Hana a todo aquel con quien hablase, pero negaban con la cabeza conocerla. Era absurdo y lo sabía, aunque no podía reprimir el impulso. Le preguntó también al encargado del alojamiento que encontró para esa noche y finalmente se metió en su habitación tras dar unas rápidas zancadas por el segundo piso. Corrió el Shôji y puso detrás un biombo que arrastró. No había una puerta sólida. Se sentía aprensivo, pero lo tomaba o lo dejaba; si tenía en cuenta la noche anterior, era incomparable. O la que pasó en aquel antro con el hombre del chubasquero rojo.

—Querido amigo, esto va a mejorar —se dijo él a sí mismo, observando que sus palabras atravesaban todos los átomos de su ser.

Abrió el grifo de la bañera y la cañería rugió de forma fantasmal, pero eso no le impidió gozar de un buen baño que le quitó el olor a formol que todavía arrastraba del hospital. El vapor inundaba toda la habitación. Se sintió revivir, aunque cojeaba todavía, y tenía las agujetas de diez corredores de maratón. Se tumbó en la cama y abrió un libro de bolsillo que había comprado en el kiosco del metro unos días antes, el cual todavía no había sacado del bolsillo de la cazadora. «El arrecife insólito», se titulaba. Sabía que no es posible escribir sin leer, más incluso que comer, pero la colosal sopa de kanjis le impidió pasar de la tercera página. Ni siquiera estaba seguro de que ese fuese realmente el título. Se quedó dormido sin haber hecho una de sus salidas nocturnas de borracho.

Un embrollo de voces lo despertó a la media hora y al cabo de un rato ocurrió lo mismo, incluyendo gemidos voluptuosos. Era más de media noche y el hecho se repitió varias veces hasta muy tarde. Lo oía en la habitación contigua a la suya. De repente oyó una voz masculina. Habría jurado que decía: «Hana». Se puso pálido como una hoja de papel. Se levantó de un salto. A no más tardar incluso la oyó jadear..., supuestamente de placer, creyendo reconocer su tono de voz y enloqueciendo temporalmente. Salió fuera y llamó frenético con los nudillos en el Shôji de la habitación de al lado. Casi lo perforó de tanto llamar con furia. Un tipo alto y cuadrado lo recorrió, olía a alcohol y sudor, iba medio desnudo, con una camiseta que sujetaba con la mano derecha tapándole los genitales. Debía de ser alemán por su acento, le acababa de decir algo a la mujer que estaba con él.

—¿Está Hana con usted?! ¡Responda! —le preguntó Héctor en inglés.

—¿Qué tripa se te ha roto? —inquirió groseramente el hombre aquel.

—¿Quién es, cariño? Date prisa, las sábanas se enfrían —dijo la voz de la chica que a Héctor se le

antojaba como Hana.

—¡Hana, sal de ahí! ¡Soy yo! —gritó Héctor con la mirada desencajada.

—¡Lárgate o te crujo! —le gruñó el hombre.

Héctor intentó apartarlo para entrar, pero este le dio un empujón precipitándolo al suelo. Con un gesto del índice y la cabeza le advirtió de que no lo molestase más.

—¡Te voy a romper la cara si no te marchas! —le dijo, y luego se metió dentro y corrió el Shôji con violencia.

Héctor sintió miedo, era bastante consciente del riesgo que corría en manos de aquel individuo. Supo que había perdido el norte por un instante, regresó a la habitación con rapidez y se echó en la cama boca abajo. Se rodeó la cabeza con la almohada en un intento de taparse los oídos, de no oír, de no ver nada más que la luz que le revelara que había amanecido e irse rápidamente de allí. En caso contrario se volvería un demente con o sin treguas de un cielo compasivo.

Se echó a llorar enrollado en la almohada, pero logró dormirse de nuevo, aunque solo para despertarse sobresaltado por un trueno potente que no había sido invitado. Las siete y media marcaba el reloj. Se marchó apresuradamente. Afuera llovía y los truenos habían regresado a su cometido: tocar la sinfonía del infierno que perseguía a un alma descarriada. Pero tenía un objetivo y sabía cuál era. En adelante, no volvería a viajar en toda su vida, ni saldría jamás de su casa cuando hubiera una tormenta, ni se acercaría a una mujer, no hablaría con nadie ni por todo el oro del mundo si fuese preciso.

Al mismo tiempo que pensaba eso con firmeza, la angustia lo obligó a derramar lágrimas, algunas de las cuales se debieron al dolor que todavía sentía en el cuerpo, peor todavía por el empujón que lo hizo caer al suelo. Sacó el frasco que el médico le había dado y se tragó un par de píldoras, solo con saliva. Al cabo de una hora se encontró por fin delante del coche que dejó medio abandonado. Sintió alivio, lo abrazó fuerte como si fuera suyo y además estuviera vivo, pero tenía que devolverlo. ¿Y acaso iba a poder arrancarlo? Pensó que le iba a faltar tiempo para traer a un mecánico si no lo lograba.

—No me separaré de ti hasta que hayas vuelto a tu sitio —le dijo al coche.

—No te diré lo que no quieras oír —le dijo alguien a sus espaldas.

Héctor se sintió suspendido al reconocer la voz; se giró lentamente, clavando los ojos en lo peor que podía ver en ese momento: un chubasquero rojo. La sensación de no lograr apoyar los pies en el suelo de la realidad lo condujo nuevamente a la decepción.

—Estás hecho un asco —le dijo Kaito.

—¡¿Cómo te atreves a decirme eso?! —Héctor bramó ofendido—. Pero te diré lo que voy a hacer, no hacerte caso. Qué tal, oh, ha sido un placer, que usted lo pase bien y adiós muy buenas —añadió como argumento incontestable.

Abrió la puerta del coche, se sentó y comprobó para su total satisfacción que el móvil y también el cargador estaban en la guantera. Sintió un gran alivio por ello.

—¡Muy bien! Llamaré a la grúa y pronto estaremos en casa, cada uno en la suya —le dijo Héctor

otra vez al coche, ignorando la presencia de Kaito, quien aguardaba fuera tan impasible como cabía esperar.

—No necesitas nada —le dijo Kaito, sonriendo.

—Te equivocas, necesito que te vayas de aquí ahora mismo —dijo Héctor en un tono resentido.

—No necesitas nada —repitió Kaito.

—Cierto y verídico. No necesito tu presencia aquí, ya te lo he dicho.

—No desees nada —dijo Kaito.

—A ver, ¿qué quieres ahora? ¿Joderme otra vez?

—Necesitar más de lo que necesitas, es uno de tus problemas. Deseos vanos.

—Muy bien, te diré lo que deseo, que te largues..., o si no..., explícame de qué va todo esto. ¿Quién coño eres? ¿Quién te envía? Pero sin trucos, y..., y... —Héctor acabó dudando y resoplando.

—Así que quieres saber quién soy.

El rostro de Héctor reflejaba ansiedad, miraba con ojos inquisitivos y permaneció expectante a lo que Kaito le fuera a responder, pero se retrasaba en decir algo.

—Soy Kaito, ¿se te ha olvidado?

Héctor apartó su mirada, ahora rabiosa, de Kaito. Cuando volvió a mirarlo ya no se encontraba allí, se había esfumado otra vez. Cogió el móvil y lo puso a cargar en el encendedor, después marcó el número de Renting Hakata Car, pero mientras daba tono jugueteó con la llave que había metido en el contacto y arrancó de sopetón. Colgó el teléfono sonriendo. Lo llevaría allí directamente, pero antes tenía que hacer la reserva en el aeropuerto. Era la prioridad, el resto lo relegó a un borrón en su mente.

—¡Bien! No lo entiendo, pero es lo mejor que me podía pasar —se dijo Héctor a sí mismo, pisando y soltando el acelerador varias veces—. ¡En marcha!

Se sintió como si todo hubiera sido un simple error. Todavía podía contar con un coche veterano de kilómetros que no se rendía tan fácilmente. Salió lanzado, derrapando al cambiar de carril; sus ojos se enfocaron sobre el asfalto y suspiro profundamente. Lo ocurrido en los últimos días le había absorbido todo su tiempo y energía. El sol, aunque tímidamente, volvía a abrirse paso entre las nubes.

—No necesitamos a nadie más —dijo en voz alta.

Se creyó fuerte e hizo lo posible por templar esa fortaleza, pero de vez en cuando la imagen de Hana Tukino ocupaba su espacio mental, debilitándola.

—No necesitamos a nadie —volvió a repetir—. Resulta gracioso, ¿no?

Una mirada sobre sí mismo lo hizo temer a sus repentinos cambios de parecer; la duda lo acorralaba en cada semáforo que se detenía. Pero salía derrapando, tratando de quitarse de encima la peligrosa imagen de aquella mujer. Sonreía con desgana al pensar en ella y su rostro se contraía en una mueca de pena. Oyó de repente que el teléfono le sonaba y se detuvo a un lado, pero no se atrevía a descolgarlo. Se le pusieron los pelos de punta.

El tono insistía pero él continuaba sin descolgar, en su cara se expresaba onírico desconcierto.

Dejó de sonar y al cabo de un rato sonó otra vez, sin embargo no lo cogió y siguió su camino. Tampoco lo cogió cuando sonó por tercera vez. Calculó que debía de estar a unos tres kilómetros del aeropuerto, pero algo no iba demasiado bien. Se había desviado hacia el suroeste. Lo supo al ver un cartel que decía: 40 km. a Kurume.

«No entiendo nada, ¿cómo es posible que...? ¿Pero a santo de qué?».

Cuando se dio cuenta del error llevaba recorridos seis kilómetros.

«¿Y de qué me suena Kurume? ¡Dios mío! ¡Hana!»

—¡Hana, Hana, Hana! —repitió en voz alta.

III

Se preguntó qué clase de providencia era aquella, quién jugaba a los dados con él y por qué. Por fin... ese nombre, Kurume. Era de donde Hana había dicho ser y que no había podido recordar, aunque seguía ignorando si vivía en un lugar o en otro. Nadie podía saberlo. El indicador de la gasolina del coche estaba bastante bajo. Alimentarlo era mucho más que indispensable. Pero alimentar su estómago sería también de justicia y pensaría mejor. Al poco, encontró una gasolinera. Llenó carburante y se metió en el establecimiento adyacente, una cantina que parecía sacada de dos siglos atrás.

Leyó un folleto pegado al cristal que decía: Umeshu. No era ni más ni menos que licor de ciruela, pero Héctor pensó que debía de gustarle si era ácido. Después, claro, de algo que acompañase bien a unas cervezas. Habría preferido un bocadillo de calamares y unas aceitunas negras, solamente por la nostalgia, pero el marisco nipón le iría como anillo al dedo. La duda entre Kurume y el aeropuerto empezó a agobiarlo. Pero primero el almuerzo. Después, tal vez un corto paseo para poner la mente en orden; necesitaba el bálsamo campestre y el sol arrancándole la humedad del cuerpo.

«Que me fulmine un rayo...», repitió lo que había dicho antes, pero esta vez halló una conexión diferente en la parte más oscura de su consciencia. Entre el rayo y Kaito, aunque no acertó a comprender qué lo había conducido a pensarlo, excepto darse cuenta de que el hombre del chubasquero rojo surgía siempre en medio de tormentas. Pero no tenía sentido, lo único que lo tenía es que lo empezaba a odiar.

—Que te zurzan —dijo desafiante, como si alguien lo fuera a escuchar.

Las únicas tres personas que se hallaban en el bar lo recibieron con un saludo efusivo, inclinando el torso varias veces. Una de ellas era una mujer mayor con el pelo medio blanco, en vaqueros, y un delantal blanco y manchado. Parecía más española que japonesa, tal vez americana. Dejó tres cervezas sobre la mesa.

—¿En qué puedo servirle? ¿Habla japonés?—preguntó la mujer.

—Sí, lo bastante para poder pedir algo de comer y un Umeshu —dijo Héctor—, y cerveza, claro. Primero que nada la cerveza.

Se sentía con un ánimo desconocido en los últimos meses, tal vez años. La mujer fue a por otra cerveza y una sartén con bolas de harina frita rellenas de pulpo. Lo invitó a sentarse con ellos, Héctor se quedó dudando pero ella ya había puesto su cerveza junto a las otras y la sartén. Necesitaba, después de todo, relacionarse con alguna persona que no fuera un lunático o su compinche.

—Parece que le hayan dado una paliza —le dijo la mujer.

—Unos rasguños, nada más —dijo Héctor, y a continuación bebió de la botella de cerveza—.

¡Excelente! Con más razón porque el mundo ha muerto.

La mujer entró en un éxtasis de carcajadas, dándole una palmada en el hombro a Héctor, quien mostró cierta incredulidad a ese exceso de confianza que no veía normal.

—Solo he dicho la verdad, el mundo ha muerto —afirmó Héctor con orgullo.

—¿Que el mundo ha muerto? —preguntó ella—. Es gracioso.

Los otros dos arquearon las cejas de asombro.

—Y dígame, ¿almuerza con todos los clientes? —preguntó Héctor, escamado.

—No, solamente en ocasiones... —dijo ella mirándolo de cruzado.

—Héctor —dijo él, extendiéndole la mano. Pero ella no lo secundó en esa forma de saludar.

—Kaori —dijo ella, haciendo una reverencia con la cabeza.

—Nishi —dijo uno de los hombres, inclinándose hacia Héctor.

—Hito —el otro saludó de idéntica manera.

Héctor les devolvió el saludo a los tres. ¡El saludo! No se lo había visto poner en práctica a Kaito, solamente a Hana. La cortesía era algo que mirándolo bien no había destacado en Kaito. «Mucha filosofía y pocas nueces», pensó y fue a echar un trago de cerveza, pero Kaori lo paró.

—¡Kampai, Kampai —gritó ella.

—Sinceramente, ¡echaba esto de menos! —exclamó Héctor y repitió: Kampai, y luego lo dijo en español: salud.

A Héctor le encantaron las bolas de pulpo. Lo expresó alzando el pulgar derecho y Kaori inclinaba el torso con las palmas de las manos juntas.

—¡Gracias, muchas gracias! —dijo ella.

—¡Qué tiempo! No para de llover —dijo Héctor.

—¿Qué dice? —preguntó Kaori, alzando los brazos en señal de sorpresa.

—La lluvia, las tormentas —respondió Héctor en un susurro inseguro.

—No comprendo —insistió ella—. ¿A qué se refiere?

—A que no deja de llover —contestó Héctor.

—No estamos en época de lluvias —dijo Kaori, todavía más sorprendida.

—El calendario es riguroso —dijo el que se hacía llamar Nishi.

—¡Pero si llevamos tres días con tormentas! —replicó Héctor.

El tal Hito abrió la boca para estallar en carcajadas.

—Es usted un bromista — le dijo a Héctor, haciendo girar los hashi.

Héctor observó que aquellos palillos, y también los suyos, estaban renegridos de mucho tiempo. Los otros dos se rieron igualmente a pleno pulmón. Héctor los miraba estupefacto masticando lentamente un trozo de pulpo.

—¿De veras no ha llovido? —insistió Héctor.

—¿Dónde ha estado últimamente? —preguntó Hito.

—En coma, supongo —contestó Héctor, tratando de disimular.

Se rieron otra vez a carcajadas. Héctor clavó los ojos en ellos con una expresión de reproche. En el fondo le daba lo mismo, pero no pudo evitarlo.

—Ah, por eso dijo que el mundo ha muerto —mencionó Kaori, recurriendo de nuevo a la risa.

—Nada es lo que parece —dijo Héctor sin intención de proseguir.

Su móvil interrumpió con pitidos la risa y la conversación que empezaba a no gustarle, pero colgó como hizo poco antes, sintiendo la necesidad de darle el plantón a quien quiera que fuese. No quiso saber quién.

Kaori asintió con la cabeza y se fue a la cocina; regresó al cabo de un minuto.

—¡Kampai! —exclamó con la botella de Umeshu en la mano.

Llenó cuatro tercios que repartió a cada uno y volvió a gritar Kampai. El resto la corearon y bebieron el ácido licor de ciruela de un trago.

—Esto se ha salvado del diluvio —dijo Héctor, pero su jerga no se entendió.

Quiso tragarse la palabra que había pronunciado ya dos veces: diluvio. Le quedó, no obstante, como el susurro tenue de un niño tímido. Miró al cielo y luego al suelo con vacilación. El móvil volvió a sonar y Héctor no lo colgó esta vez, lo apagó. Hubo más Umeshu y más Kampai, pero la última vez Héctor no se lo bebió de un trago, que por lo visto era lo protocolario. Cerró los ojos haciendo girar el líquido por su cavidad bucal, como un buen catador, y después lo tragó lentamente. Acto seguido puso en la mesa unos cuantos yenes pero Kaori lo cogió de la muñeca.

—Guardé el dinero, invita la casa —le dijo.

—No, de ninguna manera —Héctor se mordió el labio inferior, pensativo.

—El mundo no ha muerto, no del todo —dijo Kaori.

La mirada de Héctor expresó un sincero agradecimiento. Incluyó el torso con un gran respeto.

Sin embargo, tuvo la sensación de que aquella situación pertenecía igualmente al absurdo que lo había perseguido por dondequiera que fuese, e incluso resultaba cómico hasta cierto punto. Iba a traspasar la puerta cuando sintió un impulso irrefrenable que lo obligó a reforzar todavía más el absurdo.

—Un momento —dijo volviendo atrás—, ¿les suena de algo Hana Tukino?

Les enseñó la tarjeta de Hana, pero todos respondieron que no, se marchó deprisa y se alejó de allí

como si fuera directo a Kurume. A pocos kilómetros se detuvo en un descampado, junto a un abedul. Encendió el móvil pero no había señal de Wifi, tenía que haber probado en la gasolinera. Continuó por la carretera hasta coronar una loma donde pudo conectar con Internet.

«Tormentas en Fukuoka», puso en el buscador y encontró cientos de resultados que mencionaban el verano anterior, bastante lluvioso. Por lo que al otoño respectaba... ni gota. Se temió lo peor, que de verdad estuviera loco. Esta era la prueba irrefutable y no quiso ni recordar que hasta había visto a gente por la calle con paraguas y que los salpicaba cuando iba corriendo. El día refulgente y feliz que estaba disfrutando se le estaba desmoronando, pero si entraba otra vez en la espiral de agonía que había dejado atrás no tendría ya más alternativa que salirse a propósito por la primera curva que tomase, y tanto mejor al descender el collado por el que pronto ascendería. Se consoló un poco con el vago recuerdo de «esperar lo inesperado», el cual era tan repetitivo que pronto dejaría de serle útil.

—¡Pero, esto es demasiado! —exclamó entre dientes. Recibió como respuesta un trinar de pájaros. Rió, en realidad maulló como un gato debido al eco de la montaña.

Escribió en el buscador unas palabras inconexas: «lluvia, chubasquero rojo»; fue estúpido a no ser que necesitara información de paraguas e impermeables baratos. Se quedó un momento inmóvil, con el corazón martilleando en sus oídos, y luego escribió: «tormenta, fantasma, ángel». Los resultados fueron un mar de incoherencias sin sentido alguno. Se encontró, no obstante, con una novela que narraba una historia ambientada en el siglo XVI de un fantasma errante que murió en una noche de tormenta. No. Ni siquiera sabía qué estaba buscando. Quizá que alguien le diera la explicación de lo que le estaba pasando. Pero la única conclusión a la que había llegado era una relación muy precaria entre tormenta, chubasquero rojo, amor, y odio. Una especie de esquizofrenia aún no registrada por la ciencia. Alguien estaba trastornado, pero podía ser él o aquel que se hacía llamar Kaito. Lo mejor era olvidar el asunto y proseguir su viaje. Cuando uno está sometido a demasiada tensión cualquier cosa es posible.

«No tengo por qué perder los nervios».

Salió del coche con un cigarrillo que cogió de una cajetilla que guardaba bajo el asiento para cuando su abstinencia le plantase cara. Se lo puso en los labios, pero no lo encendió, se le resbaló al vibrar de nuevo el teléfono. Esta vez lo atendió tímidamente, pero la llamada se cortó. Empezó a vibrar otra vez y lo descolgó sin decir nada.

—¿Héctor? ¿Héctor? ¡Héctor! —clamó una voz femenina.

Héctor recibió una descarga de adrenalina, pero aunque esta corría por su cuerpo mantuvo la compostura. Por un instante había pensado que al otro lado estaría el médico o lo más probable, su mal amigo o lo que fuera, Kaito; iba a maldecir y hasta le habría dado una patada al coche, alrededor del cual no dejaba de dar vueltas. Pero la voz era de una mujer y sabía quién podía ser. No tenía muchas opciones.

—Sí, ¿quién es? —contestó él.

—¿Héctor? ¿Héctor? —repitió la voz.

—Sí, soy yo, dígame ¿con quién hablo? —dijo Héctor, con la piel erizada.

—¡Dios mío, eres Héctor! —exclamó ella.

—Eres... ¡eres Hana! ¿Verdad? —quiso él asegurarse.

—Sí, soy yo, escucha, te he estado buscando... y por fin...

Héctor estaba a punto de estropear su gran oportunidad, reprochándole el haber desaparecido y exigiéndole que le dijera por qué había desaparecido, restregándole por la frente algunos pormenores más, como lo de su tarjeta. Pero se contuvo y fue al grano.

—¿Cómo has dado conmigo? ¿Dónde estás? —le preguntó.

—Estoy en... en la estación de... de... —dijo ella.

Héctor escuchó interferencias y dos truenos seguidos.

—¿De dónde... dónde?! ¡No cuelgues, por lo que más quieras!

—De Hakata, ¡por favor! Quiero verte... ¡antes de que sea demasiado tarde!

—¡No te muevas de ahí! ¿Me oyes? Espérame en la cafetería de la estación, voy para allá —dijo Héctor, temblándole todo el cuerpo—. Y una cosa, ¿hay tormenta donde estás?

—Una tormenta de horror, no te puedes hacer una idea —le confirmó Hana, y a continuación se cortó la llamada.

Héctor la volvió a llamar pero no obtuvo respuesta. No se entretuvo más, tenía que ir a la estación sin pensar en nada, además su mente racional estaba segura de que Hana era tan real como la sangre que corría por sus venas. Puso el coche en marcha y le dio la vuelta con brusquedad; las ruedas levantaron una nube de polvo rechinando entre los pedruscos.

IV

Estaba parado en un semáforo. Cuando se pusiera en verde solo tendría que girar a la derecha y entrar en el aparcamiento de la estación por el lado sur. La tormenta la comenzó a notar hacía quince minutos, pero ya la tenía encima tal como le dijo Hana en el breve tiempo que habló con ella. El limpia parabrisas se movía a la máxima velocidad y no lograba ver mucho. Lanzó un bufido de ira y al mismo tiempo de alegría por lo cerca que se hallaba de aquella mujer. En realidad se sentía en un amasijo emocional de satisfacción, recelo, sobre todo de intriga, en especial por lo que le habían asegurado en aquella cantina: que no había llovido desde el verano y que era lo lógico. Pero, ¿dónde quedaban las nubes algodónadas adornando el cielo? Había llegado el momento de la verdad o de alguna clase de verdad. No lo podía saber.

Medio absorto en la imagen de Hana entró en la cafetería de la estación pero no la encontró allí

como habían acordado. La llamó con el móvil, le daba tono pero no le contestaba. Fue corriendo a los paneles de salidas para ver los trenes de la mañana. Que salía uno para Osaka en menos de media hora es lo que quería saber. Era el mismo que él había tomado el día que fue a Kamagasaki. Después se dirigió a la cola de ventanilla, todavía se estaban vendiendo billetes y trató de ver si Hana se encontraba por allí, pero logró el reproche de una mujer que temía que pasara por delante de ella.

—¡Hana, Hana, Hana! —gritó, pero sus voces se aunaban a los mensajes que por los altavoces recordaban el andén de salida a Osaka, el 117-A.

Un relámpago iluminó la estación por completo y, acto seguido, un trueno brutal hizo estremecer la estructura metálica que cubría las terminales de los andenes. El jefe del andén se echó a reír de buena gana al ver la cara de espanto que ponía Héctor con la vista enfocada en el tren que pronto partiría hacia Osaka. Debió de pensar que era por la estampida, pero ni aun así resultaba nada gracioso. Héctor se subió como pudo a una carretilla cargada de bultos para ver si Hana se hallaba en la cola del andén, pero no.

—¡Baje usted de ahí! —le grito el jefe y Héctor hizo un gesto afirmativo.

Se bajó de un salto y fue corriendo hacia la escalera ancha, dividida en la mitad por un pasa manos; conducía a los lavabos, los cuales se encontraban en un sótano. Bajó por ellas lo más deprisa que pudo y se quedó haciendo guardia en el lavabo de señoras, como un desequilibrado al acecho de una víctima. Esperando, entró en Internet y buscó: chubasquero, delincuente, suceso chubasquero, acto seguido buscó: paranormal, sueño, rojo, demonio rojo. Tuvo la impresión de que todo Internet se reía de él, que incluso se reía de sí mismo, y vacilando buscó: enfermedades mentales. Pero creería padecer todas las que encontró en una página, así que decidió no leerlas. Por último buscó el nombre de Hana siendo totalmente consciente de que no tenía sentido, pero perdió la señal y el buscador mostró: «página no disponible, comprueba tu conexión a Internet».

Tuvo la sensación de que el tiempo se ovillaba hacia atrás, hasta el momento en que cayó ebrio en la cama de aquel hotel. Sabía que tan solo tenía que haberse dirigido al aeropuerto y no haber encendido el móvil. Y sabía muy bien que no tenía que perder los nervios, al menos estaba convencido de eso. Pero no sería fácil, de hecho los perdió golpeando en la puerta del lavabo con los nudillos. Salió una mujer que lo esquivó con miedo y él metió medio cuerpo dentro, clamando el nombre de Hana. Con mucho tiento salieron las dos únicas mujeres que había allí, unas de ellas le hizo ademán de darle una patada, pero no lo pateó, lo miró por encima de sus gafas con aire de malas pulgas. Se quedó quieto un tiempo breve reuniendo coraje. Se excusó y regresó con rapidez por las escaleras arriba.

Miró el reloj de la estación y a continuación el de su muñeca, comprobando que faltaban cinco minutos para la salida del tren, lo que también estaban diciendo por los altavoces. Cogió el teléfono e intentó hacerse con Hana sin resultado. No tenía ni idea de qué hacer. Todas las alternativas le parecían inservibles, seguir buscándola, coger el coche y largarse (aún estaba a tiempo) o sacar un billete sin pensarlo dos veces. Pero, ¿por qué iba a estar ella en el tren? ¿Con qué lógica? Fue corriendo a la

ventanilla, ya no quedaba nadie, casi a punto de cerrarla rogó que le vendieran un billete y tuvo suerte.

Corrió al andén, siendo el último en pasar la revisión de tiques. Su respiración producía un ruido peculiar de falta de aire, se apresuró hacia el vagón nº 5 y trepó por las escalerillas; buscó su asiento de segunda clase con los ojos muy abiertos, pero no se sentó, recorrió el vagón tratando de encontrar a Hana y no estaba en ninguna parte.

«Me siento estúpido, ¿qué hago metido en un tren, otra vez camino de Osaka? ¡Hay que ser verdaderamente imbécil para dejarme engañar tantas veces!».

—Im-bé-cil —dijo en voz alta, silabeando—. ¿Y si se ha quedado en la estación? A lo mejor ha vuelto a la cafetería, ¡oh, no! No tenía tiempo —se justificó y sonrió a un hombre y a una mujer que lo miraban con recelo.

Recibió otras miradas indiscretas, aunque fugaces y desinteresadas. Pero él tenía una mirada de ruego que no sabía a quién entregar. Y de duda, pues quiso salir pero ya se había cerrado la puerta. Miró por la ventanilla y se le heló el alma al ver a un hombre que caminaba ligero, mirando al suelo; lucía un maldito chubasquero rojo. Sintió deseos de romper el cristal y lanzarse sobre él, pero el cristal era más duro que sus puños. Aun así lo golpeó con las palmas de las manos.

—¡Eh, eh, eh! —voceó, pero la voz le salía ahogada.

En apenas unos segundos desapareció.

—¡Maldito demonio! No darás la cara, no —murmuró muy bajo.

No tuvo más remedio que conformarse. Lo siguiente sería registrar los vagones y tenía tiempo de sobra. Se quedó recostado en su asiento y marcó el número de Hana pero no le dio tono. Se quedó pensativo, con una mano se cogió la barbilla y con la otra sostenía el móvil, tan suave que se le resbaló cayéndole entre las piernas. Lo recogió. Notó que el tren comenzaba a arrancar con empujones al mismo tiempo que miraba por la ventanilla. Vio que el exterior se desplazaba lentamente en sentido contrario al tren.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo sacudiendo la cabeza. Era ella, Hana; corría alocada por el andén, gesticulando con los brazos y moviendo los labios. Héctor pudo leer su nombre y «paren, por favor». La cara que ella ponía era de congoja y no dejaba de correr. Héctor golpeó los cristales con las manos gritando también que parasen. Su asiento era el primero del vagón y eso le facilitó poder llegar al lugar preciso antes de que el tren aumentara su velocidad. Dudó por un momento deglutiendo saliva e hizo un ademán de querer mover el brazo sin conseguirlo. En un segundo intento asió el freno de emergencia y tiró fuerte. Se oyeron estampidos de objetos que volaron por los aires y él mismo se estampó contra la puerta de salida, la cual se abrió automáticamente.

—¡Corre! —le gritó a Hana, mientras saltaba al andén.

—¡Dios mío, Héctor! —exclamó ella.

—¡Corre, te he dicho que corras, no hay tiempo para explicaciones! —le gritó él, cogiéndola de una mano y obligándola a correr.

Héctor sintió un difuso pero acuciante temor. No se equivocaba, el revisor del tren iba tras ellos. Un empleado de seguridad les bloqueaba además la salida del andén, mirándolos con incredulidad, y antes de que pudiera reaccionar Héctor lo empujó con un hombro derribándolo. El revisor era más bien rechoncho, corría despacio y no pudo alcanzarlos; se detuvo jadeando. Llegaron al coche dejando atrás los ruidos metálicos de los trenes que maniobraban sobre las vías y a sus atolondrados perseguidores. Héctor portaba en la mano la llave del coche, listo para abrirlo sin pérdida de tiempo. Pero el motor falló al primer intento, carraspeó sin llegar a ponerse en marcha.

—¡Maldita sea! ¡Arranca! —gritó Héctor. Hana ponía cara de pasmada al punto de un acceso de histeria.

Un destello de intuición en su mente le permitió a Héctor hacer girar la llave con delicadeza y el motor se puso en marcha al cuarto intento. Hana soltó el aire contenido en sus pulmones con un gemido ronco. Escaparon de allí sin mayores contratiempos. No se dijeron nada durante un buen rato, hasta que pararon a dos manzanas de la estación y Héctor se arrojó en los brazos de Hana dejando el motor al ralentí. Ella suspiró contra su pecho percibiendo los latidos del corazón de Héctor, quien a su vez sentía en su rostro el de Hana, ardiente y contraído. Se besaron. Fue un beso moderado, pero dio paso a otro largo y apasionado que hizo olvidar a Héctor todo lo vivido en esos días. Repitieron el contacto labial dos veces más. Héctor friccionaba la espalda de Hana con sus manos, la acariciaba a la vez que la retenía con fuerza.

—Creí que no volvería a verte —dijo Hana.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo Héctor sorprendido—, pero no estamos seguros aquí; no han visto el coche, pero mi cara... ¿a dónde podríamos ir?

—A mi casa —dijo Hana y le dio un beso fugaz.

—¿A tu casa? —preguntó Héctor, arqueando las cejas.

—¿Tanto te extraña? —replicó Hana con una fina sonrisa.

—No es eso, por cierto, ¿dónde tienes el coche?

—No te preocupes por eso —contestó Hana y lo volvió a besar con fugacidad.

—Si nos cogen vamos a tener un serio problema, así que, ¡en marcha! Nos sobra tiempo para componer el puzzle.

La atmósfera que antes se había oscurecido con la tormenta estaba aclarándose. Hana tenía aún un poco de sudor secándosele en la cara. Se alejaron de allí, pero de vez en cuando ella volvía la cabeza para mirar hacia atrás y exhalaba aire. Héctor no dejaba de mirar por los tres retrovisores, era como estar en un cuento comprobando que la bruja no los seguía.

Héctor no vio cumplidas sus previsiones cuando Hana le fue diciendo por dónde tenía que ir. El piso vacío encima de la zapatería y la dirección que rezaba en su tarjeta no se ajustaban a la realidad, pero tampoco un tiempo soleado y seco con una epidemia de tormentas. Ni mucho menos un tipo que era bueno y malo al mismo tiempo, que de la misma forma aparecía y desaparecía, que daba lecciones y que te ponía en situaciones detestables, haciéndote perder claridad en cada rincón de la mente.

«Me gustaría ver la cara que pone el sabelotodo escarlata...».

—Me la dio un hombre en el lavabo del restaurante —dijo Héctor, enseñando la tarjeta a Hana—: 89 de Tamon Street, 23F.

Hana se quedó muda de asombro, pero hizo un esfuerzo por hablar.

—Me la pidió, pero no tenía ninguna, solo le di mi nombre —dijo—, no entiendo cómo..., no, no entiendo nada en realidad.

—¿Quién te la pidió? Bueno, el del lavabo, supongo. Estaría compinchado con...

—Es una locura —dijo Hana con aire turbado.

—Sí, claro, ¿y por qué desapareciste?

—Precisamente iba a hacerte esa pregunta —dijo Hana con tono destemplado—, de no ser por el modo en que nos hemos encontrado te habría recibido a bofetadas. Sí, acabábamos de conocernos, pero me dejaste plantada y ahora tú me preguntas que... por qué... yo...

—Entiendo menos que tú... —dijo Héctor, encogiéndose de hombros.

—No sabes lo mal que lo he pasado —Hana dio un respingo.

—Todo eso que dices, ¿es cierto o te lo estás inventando?

Hana le lanzó una mirada de enojo y le giró la cara.

—Perdona, no quería decir eso —dijo Héctor con una voz dulce—. ¿Y por dónde tenemos que ir?

—Tenemos que ir a Kurume, te explicaré cómo ir.

—Ahórrate el esfuerzo, cuando me llamaste me encontraba precisamente en la carretera de Kurume, muy cerca de una gasolinera —Héctor aspiró hondo—. ¡Pero no me preguntes cómo fui a parar allí! No tengo ni idea.

Héctor aceleró, desandar lo andado ya era una rutina. Durante el trayecto le fue contando a Hana todo lo que le había ocurrido, lo resumió, pero sin omitir detalles que a ella le ponían los pelos de punta, sobre todo, por similitudes que solo podían ser pura ficción. Pero sus ojos expresivos y su cara de asombro dejaban oquedad a una sonrisa que indicaba que de una forma u otra se rendía a las evidencias que después de todo los había unido a ambos.

—¿Y tú, te lo estás inventando? —le preguntó ella y se echó a reír.

—De acuerdo, me lo merezco, tampoco tienes por qué creerme.

—Te equivocas, mi historia es un alma gemela de la tuya.

—Como tú y yo —Héctor la miró con deseo, ignoró el sentido de sus palabras.

—En serio. Por un lado es una persona amable, diría que trata de sacarte de tus agonías, pero él mismo te provoca otras que son peores.

—¿Me estás diciendo que tú y ese...?

—Sí, y a mis problemas súmale mi incompresible amor por ti —Hana suspiró e hizo una pausa—. Me llevó a la estación con la promesa de que me vería contigo, en eso no me ha mentado. Y un amigo, el médico que te atendió, me dio tu número de teléfono.

—Es absolutamente irracional, pero al menos no ha intentado ahogarte en el mar o provocar que te atropellen o..., en cuanto al médico... —Héctor fue interrumpido por Hana, para que girase a la derecha y luego a la izquierda; estaban entrando en la ciudad —. No recuerdo haberle dado mi número, ¿o sí? Es verdad, se lo di.

—Tira recto —dijo Hana—. Después tuerce a la derecha otra vez.

—Y otra cosa —prosiguió Héctor—, dijeron que alguien había preguntado por mí, pensé en ti, pero también en... él. No tenía sentido y sigue sin tenerlo.

Llegaron a un barrio nutrido de casas de corte tradicional. Hana le dio una fuerte palmada en el hombro, voceándole que parase. Cerró los ojos y los abrió de nuevo con cómica pomposidad.

—¡Inaudito! —exclamó con una voz que había adoptado un tono de desidia.

—¿Qué ocurre?

—Mi casa ha desaparecido, simplemente.

—¿Estás segura de que vives aquí? Te habrás equivocado de número, o de calle, o de barrio. Será mejor que no perdamos los nervios.

—No cabe duda, lo he leído en la placa que hay nada más girar y ahí lo tienes —Hana señaló con un dedo—: el número ciento veinticinco de Kabuki.

—Bien, ¿y dónde está el problema?

—Esta casa ni se parece a la que yo vivo.

—¡Dios, líbranos de esta pesadilla, te lo ruego! —resopló Héctor, desanimado.

—Pero tampoco estoy segura, es como si me hubiera quedado en blanco.

—Demasiada tensión, eso es todo —expuso Héctor con voz más tranquila—. Te diré lo que vamos a hacer, metes la llave en la cerradura y si se abre entramos.

Atravesaron un diminuto jardín de césped roído por el sol y la puerta de la casa se abrió. Héctor se sintió aliviado cuando Hana reconoció el interior de la casa. Dejaron los zapatos en el mueble que había junto a la pared y siguieron descalzos por el suelo de madera del corredor, el cual estaba demasiado barnizado. Héctor hacía equilibrios para no resbalar. Echaron un vistazo por toda la casa y acabaron en el salón principal. Hana se fijó suspirando en el ventanal de enfrente y los cojines enormes en los que se solía sentar a leer.

—No sé qué me ha pasado, pero en muchos momentos he llegado a pensar que estaba enferma —

Hana se golpeó en la cabeza con los nudillos— de aquí.

—¡Qué me vas a decir a mí! Pero olvídalo, ya pasó.

Hana le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó con pasión.

—¿Puedo? —Héctor retornó a la cocina, abrió la nevera y comprobó que estaba llena—. Por lo que veo no hará falta que salgamos de casa. Hoy vamos a averiguar qué pasa aquí, te lo aseguro. Bien, será mejor que descansemos —Miró su reloj de pulsera—, son casi las tres.

—No creo que averigüemos nada, todo ha tomado un aire demasiado absurdo.

—Y excitante, Hana, excitante, ¿sabes por qué lo digo?

—No le veo nada de excitante —replicó Hana, negando con la cabeza.

—Si alguien le pone la mano encima a ese tipo seré yo —dijo Héctor apuntando con un dedo al techo y a continuación mantuvo un silencio inmodesto.

Ella volvió a abrazarlo. Una fugaz expresión de miedo se detuvo en las facciones de su cara pero el abrazo borró esa expresión, la cual se volvió dulce.

—No temas, esto tiene que acabar, o puede que ya haya acabado, tú y yo, y nadie más —dijo Héctor sintiendo la jactanciosa necesidad de la heroicidad.

Estaba seguro de que debían averiguar la razón de todo. Cuando lo supieran, sus temores, sus pesadumbres, se orientarían más hacia algo sólido. No podía ya soportar la incertidumbre, ni el absurdo al que se acababa de referir Hana. Con una voz satisfecha le diría a ella: ¡Lo hemos conseguido!

Llegado el momento ya nadie los molestaría por nada del mundo.

CAPÍTULO IV

LA PARADOJA

“Si el fuego viene de dos flancos, prepárate para temblar”

I

Hana miraba por la ventana al sauce, el único árbol que había en el jardín, con unos ojos fatigados y soñadores al mismo tiempo. Pero su sueño era que todo aquello no fuese un sueño, por Héctor, aunque tuviese que soportar la parte en que todo el mundo trata de esconderse en vano de algo aterrador. Ahora solo deseaba quedarse repantigada en la cama con él después del éxtasis repetido de sus cuerpos desnudos, mientras él se imponía una apremiante obligación que ella no acababa de comprender. Absorta en sus fantasías amorosas hizo lo que le había pedido.

—Con calma es posible que encontremos algo —dijo Héctor, interrumpiendo el soñar despierto de Hana. Acababa de encender el portátil que ella había puesto sobre la mesa; al lado, dos tazas de té que casi se habían enfriado—. No sé, empezaremos con la palabra demonio —añadió. Hana se sentó con él a tomar el té.

Habían puesto los cojines alrededor de la mesa de madera maciza y patas cortas. Hana se balanceaba al ritmo de una especie de danza relajante.

—A mí no me parece un demonio —dijo ella, después dio un sorbo a la taza y la dejó sobre la mesilla.

Lo dijo con una excesiva tranquilidad, como si ya no se sintiese afectada por los hechos.

—Donde todo es dulzura y armonía no caben las malas pasadas —dijo Héctor—, pero no es lo que yo diría de nuestro caso.

Héctor escribió la palabra a la que había aludido: demonio. Obtuvo un sinfín de resultados:

demonios, seres legendarios, dioses..., era un cóctel indigerible que le hacía pensar irremediamente en el hombre sin rostro. Más bien, sin pies ni cabeza. Y no dejaba de mirar la pantalla inquieto y con temor de encontrar algo que no le inspirase esperanza. A Hana le asustó un poco la vehemencia e intensidad con que Héctor trataba el asunto.

—Mira esto, tendríamos que hacer una lista e ir descartándolos —dijo Héctor.

—No lo dirás en serio —dijo Hana, mirando la pantalla por encima del hombro de él. Luego, bostezó y se dio la vuelta.

—Seguro que tienes una idea mejor —dijo Héctor, pero Hana frunció el ceño.

—No tengo ninguna idea, ni mejor ni peor, pero creo que desde ahora podríamos intentar llevar una vida normal y olvidarnos de todo esto, ¿no te parece? No me gusta el tema y además, ¿para qué? Para nada, no te quepa duda.

Héctor cerró el portátil y la besó, primero en una mejilla, luego en la nariz, y al final en la boca. Después sonrió, la abrazó y le hizo cosquillas en los costados. Fue una estrategia para el desenfado. No podía permitirse un enfado tan temprano con ella.

—¿Qué tal así? —preguntó Héctor.

—¡Qué tonto eres! —respondió ella, ladeando la cabeza.

Transcurrió la mañana de una manera bastante normal. Después comieron algo y aún se sentían cansados. Se quedaron dormidos en los cojines. Héctor se echó de lado y Hana apoyó la cabeza en su costado. Ella dio indicios de estar soñando, gimió un poco y Héctor pensó que rompería a llorar en su hombro, pero solo murmuró algo: ¡necesito... que alguien me ayude... él está aquí! No dijo nada más, pero a Héctor le sonó como una contradicción por lo que le había dicho de olvidarse de todo.

Echó una mirada al reloj y eran las cinco de la tarde. Se incorporó con cuidado y la dejó a ella echada en los cojines. Después abrió de nuevo el portátil y se enfrascó en una búsqueda compulsiva hasta las siete y media, ¿acaso sabía lo que estaba buscando? Ni de providencia siquiera. Puso una expresión de desencanto, repitiéndose en voz baja algunas frases presurosas y superficiales que había leído, y que no le habían revelado nada. La principal fue: «espíritus traviosos, no malvados», le gustaba más que otra que decía: «causan contrariedades a los seres humanos».

—Es totalmente absurdo, Hana tiene razón —dijo en voz alta. Ella se despertó.

Se incorporó desorientada sin reconocer dónde estaba ni con quién. Se fue a dar un baño caliente y Héctor la siguió. Hana abrió el grifo de agua caliente y esperó a que se llenara. Se quitó la ropa y se metió en la bañera, entonando una bella canción, con una voz que le sonaba dulce a Héctor. Hana puso cara de deseo y dibujó un beso en el aire; se giró dándole el trasero, el cual le pareció a Héctor un corazón enorme puesto del revés. Pero había algo que deseaba hacer antes de ir tras ella. Cogió un par de copas y las llenó de whisky. Volvió al baño y se desnudó haciendo volar los calzoncillos por los aires. Brindaron varias veces. Héctor hizo por fin su deseo realidad. Del cuarto de baño proferían los «kampai», esa especie de mantra que clamaba a la celebración en forma de sinfonía. Luego, se abrazaron

envueltos en un vapor que crecía junto a su pasión. Se olvidaron por un instante de ser los protagonistas de una historia fantástica y orquestal, emocionante e imponente de los pies a la cabeza. Lo que en verdad ahora les importaba era su reencuentro y lo honraron de esa manera. Más tarde, una cena romántica a la luz de unas velas. Se metieron en la cama con sus cuerpos desnudos. Un amor sentido como misterioso se adueñó de ellos.

Alrededor de las siete de la mañana, a Héctor lo despertó un trueno que indicaba que el día soleado no habría de emerger como esperaban para corear su júbilo. Pero no estaba despierto del todo, lo que le impidió no darse cuenta del significado de semejante acontecimiento.

—¡Por todos los diablos! —exclamó con retraso, no siendo capaz de calcular el paso del tiempo.

Hana no estaba en la cama, debía de haberse levantado al baño. Llovía a mares y se encrespaba cada vez que ocurría. Se levantó alarmado, se puso el albornoz con que había llegado a la cama y llamó a Hana a viva voz, repetidas veces, pero no le contestó. La buscó por toda la casa y no dio con ella, finalmente aporreó la puerta del baño y la abrió comprobando que tampoco estaba allí. Luego se asomó a la ventana por la que se veía el jardín y vio junto al sauce a la última persona que habría deseado ver: ¡el hombre del chubasquero rojo! Fue para él una monotonía que lo sacó de quicio.

A toda prisa salió afuera, iba descalzo. La lluvia lo dejó empapado en seguida y estornudó varias veces. Cerró los puños y abrió tanto los ojos que se le salían de sus orbitas. Se dirigió hacia Kaito con paso ligero y con el corazón desmandado en pleno delirio de adrenalina. Creyó, al menos por un instante, que acabaría matándolo, gritando atrocidades, pero asumiendo las consecuencias.

—¡Te lo preguntaré solo una vez! ¿Dónde está Hana? ¿Qué le has hecho, víbora? —gritó con el sentido común anulado por completo.

—Acabo de llegar —respondió con la parquedad que a Héctor lo enfurecía. Si hubiese tenido una pistola en las manos le habría disparado a bocajarro.

—¡Héctor, Héctor, Héctor! —sonó por detrás. Era la voz ardiente de Hana que venía corriendo, también en albornoz y empapada, aunque ella llevaba unas chanclas.

—Aún no sabes estar donde estás —dijo Kaito, en un tono indiferente.

—No me fastidies con tus malditos rompecabezas —dijo Héctor—, y tú, ¿dónde te habías metido? —le preguntó a Hana.

—Me he despertado y... no estabas —Hana se echó a llorar y se abrazó a Héctor.

—Otra vez la misma historia —exclamó Héctor—. ¡Me tienes harto! —añadió, dirigiéndose a Kaito.

La tormenta se acrecentó, la lluvia azotaba los cuerpos, las fuerzas elementales rugían sin duda al género humano. El viento aullaba con excepcional sonoridad y los relámpagos no dejaban de cruzar el cielo.

—¿A qué has venido esta vez? —indagó Héctor.

—No os neguéis a la incertidumbre —dijo Kaito.

—¿Por qué no nos puedes dejar en paz? —inquirió Héctor, tiritando y abrazando más fuerte a Hana.

—La incertidumbre —repitió Kaito— y el perdón.

—Oh, ya lo entiendo, has venido a pedirnos perdón —dijo Héctor. Hana callaba.

—No es necesario sufrir.

—¡Qué va! ¡Contigo de por medio! Me suena a guasa.

Héctor quiso reír irónicamente, pero no le salió la risa. Más bien sentía ganas de llorar y gritar como ido hasta romperse las cuerdas vocales si hiciera falta. Pero también se contuvo. La decepción perpetua lo bloqueaba algunas veces.

—No es necesario sufrir —repitió Kaito otra vez. Levantó las cejas.

—¿Por qué no nos puedes dejar en paz? —dijo Héctor con voz queda.

—¡Déjanos en paz! —gritó Hana, rompiendo su silencio.

—Si no sabéis perdonar no habrá paz —dijo Kaito.

—¿Es una amenaza?! —preguntó Hana, airada.

—No —dijo Kaito muy serio.

—Queremos ser personas normales —replicó Héctor con aire melodramático.

Trató de dominarse durante unos segundos embarazosos. Tragó saliva y sacudió los hombros en una intentona de relajarse. La preocupación marcaba aún su semblante.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres de nosotros? —dijo Héctor.

Su voz coincidió con un trueno ensordecedor y eso hizo que se tapara los oídos.

—Nada, absolutamente nada —Kaito se puso a silbar.

Hana avanzó unos pasos y miró la cara a Kaito a un palmo de distancia.

—Estás perdonado, todo está perdonado —le dijo mirando cómo le chorreaba la barba—, y ahora déjanos tranquilos.

Kaito rompió a reír con demasiado entusiasmo.

—Tendréis que acompañarme —dijo Kaito.

Al oír esas palabras, Héctor sintió deseos de apretarle el cuello a Kaito y cortarle la respiración. Incluso sintió impaciencia por hacerlo.

—Estamos de luna de miel. ¿Tengo que poner el cartel de no molesten? —dijo.

—Tus tonterías no tienen gracia —le reprendió Kaito.

—¿Y las tuyas? Dime, ¿a dónde quieres que vayamos esta vez? ¿A mirar el cielo o al centro de la Tierra? ¡No iremos a ninguna parte! —le dijo encolerizado—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

Cogió a Hana de la mano y se fueron a la casa, dio un portazo dejando plantado al hombre del chubasquero rojo. Se cambiaron de ropa y mientras Hana preparaba un té caliente Héctor miró a través de la ventana. Kaito estaba sentado bajo el sauce y desde allí miraba hacia la ventana con los brazos cruzados. Héctor se apartó de la ventana pero volvió a mirar ansiosamente, llegó a escuchar en su imaginación un sofocado gemido que le inspiraba una compasión que trataba de inhibir.

—¡El té se enfría! —exclamó Hana, y luego carraspeó un par de veces.

Se acercó a la ventana y vio a Kaito como una estatua.

—Hace un momento lo habría hecho picadillo, pero ahora... —dijo Héctor—. No sé por qué me pasa esto, no comprendo este cambio tan extraño de moral. No debería de ser así y sin embargo...

—A mí también me da lástima —terminó de decir Hana—, no nos ha hecho nada malo, digo yo.

—De momento no, solo volvernos locos, tampoco sabemos qué pueda hacernos.

—Le ofreceré un té. Que nos aclare de una vez quién es y qué pretende, será más práctico que buscar en Internet una nada agobiante.

—¿Te lo ha aclarado a ti hasta la fecha? A mí desde luego que no.

—Déjame intentarlo, se lo expondré de otra manera.

—Ahórrate el esfuerzo —dijo Héctor cambiando la compasión por arrogancia—. Mira, mira... no es cosa de bajar la guardia.

—¡Santo cielo, no está! —exclamó Hana.

—Ya ves, pero no creas que me sorprende, como tampoco me sorprende lo que va a pasar a continuación.

—Me lo sé de memoria —Hana asintió con la cabeza.

—Hace una hora más o menos que ha amanecido.

—Pero con la tormenta casi parecía de noche.

—Pronto veremos lucir un sol espléndido y lo peor de todo, que solo llueve para nosotros —Héctor hizo una pausa—. Claro que entre dos se hace mucho más llevadera la locura, ¿no te parece?

—Me parece que el té se va a enfriar y nosotros vamos a coger una pulmonía.

—A estas alturas ya no cogemos nada, pero hay algo que me inquieta —Héctor suspiró—. No sé qué es, pero hay algo que no sé...

II

Hana masticaba todavía un pastelillo de judía que había mojado en el té; luego, se bebió el té que le quedaba en la taza.

—Dijiste que estamos en una luna de miel —dijo Hana, incitando a Héctor con la mirada a que dijera algo.

—Sí, por supuesto, y lo estamos, ¿verdad? —contestó Héctor.

Mordió una especie de pastelillo relleno de chocolate que llevaba en la mano y le dio un beso a Hana con los labios pringados. Ella le susurró algo al oído y le pringó la oreja a él también. Tuvieron un

suspiro mutuo de satisfacción. Ambos se descargaron en carcajadas y eso le quitó a Héctor la desagradable sensación que tenía en la boca del estómago.

—No sale el sol, fijate —dijo Hana, mirando a la ventana.

—El cielo todavía está oscuro y eso quiere decir que...

Los relámpagos que en apariencia habían concluido reaparecieron en los cielos y eso hizo que Hana diera un chillido. Héctor la abrazó, ella tenía los labios entreabiertos, a punto de volver a gritar. Pero enmudeció cuando oyeron que unos nudillos golpeaban en la puerta. Ninguno de los dos se decidía a abrir la puerta, pero al final la abrió Héctor y en el umbral se hallaba lo más temido: el chubasquero rojo que envolvía a Kaito.

—¡Dios mío! —exclamó Hana, desde adentro.

—Incertidumbre —dijo Kaito, cansinamente.

Estaba en lo cierto, puesto que sus caras se habían tornado en la estampa misma de la incertidumbre, además, el estómago volvió a molestar a Héctor. Esa sensación de cuando los acontecimientos caen sobre uno, como piedras en un derrumbamiento.

—Te has ganado un té caliente, aunque solo sea por testarudo —dijo Héctor—, pero yo también soy testarudo y por eso vamos a zanjar este asunto hoy mismo. Pasa, pasa, no te quedes ahí parado.

—Gracias, hace un tiempo de perros —contestó Kaito.

—De eso, del tiempo precisamente, nos vas a decir de pe a pa.

Héctor tuvo la oportunidad de ver a Kaito sin el detestable chubasquero, Hana lo tendió para que se secara un poco. Pero llevaba un suéter del mismo color, rojo, como si fuese un desafío a la novedad. Hana miraba a la barba de Kaito, de la cual resbalaban gotas de agua. Le asustaba el oscuro brillo de sus ojos. Parecían cuchillos a punto de desgarrarte la piel, pero también eran calmantes, a ella le recordaban a una puesta de sol. Kaito y Héctor se sentaron en los cojines y Hana fue a preparar un poco más de té. La tormenta no parecía que fuese a empeorar, unos pocos relámpagos y un repiqueteo suave en los cristales.

—Nadie ha merecido jamás una explicación tanto como nosotros —dijo Héctor.

—La incertidumbre es por no comprender la paradoja —dijo Kaito.

—Mira, en eso estaba pensando, ¡qué torpe soy!

—Ni los acontecimientos —añadió Kaito.

—¿Quieres escucharme? ¡Hazlo de una vez, por lo que más quieras!

—Ni tener sentido del humor —terminó de decir Kaito, no tomando en cuenta ni una sola de las palabras de requerimiento de Héctor.

Hana ofreció una taza de té a cada uno y se sentó al lado de Héctor.

—Cuando hay tormenta tú estás por el medio —dijo Hana.

—Por el medio... —repitió Kaito, alzó la taza y bebió el té con lentitud.

—Sí, por el medio —replicó Hana.

—Pero lo más asombroso... —intervino Héctor—, es que no estamos en época de lluvias, ni de

tormentas y que no ha llovido ni una miserable gota últimamente. A ver si puedes explicar eso.

—No comprendes ni tienes sentido del humor —dijo Kaito.

—No le veo la gracia —dijo Héctor refunfuñando— a nada de nada de lo que ha venido sucediendo. Creo habértelo dicho docenas de veces. Parece además como si nos hubieras puesto trabas para encontrarnos —Héctor señaló a Hana y a su propio pecho—, pero tú, mitad filósofo y mitad demonio, nos ignoras con un descaro que detesto.

—Sigues sin comprender —dijo Kaito, al tiempo que cogía la tetera y echaba té en la taza de Héctor hasta desbordarse.

—¿Pero qué haces? —protestó Héctor refunfuñando.

—Tu cabeza está demasiado llena —Kaito señaló a la cabeza de Héctor.

—No me vengas con chorradas, conozco ese cuento Zen. Aplícatelo tú y déjanos en paz. ¿Qué te ha parecido? Y si quieres refranes, los tengo a patadas.

Kaito dio una manotada a la taza y se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. Hana miró el suceso de reojo, con un encogimiento de hombros, y puso mala cara. Le faltaron las palabras para regañarlos por su taza rota, la cual apreciaba mucho. Héctor intentó hacer lo mismo con la taza de Kaito, pero lo asió de la muñeca.

—¡Basta ya, por favor! —gritó Hana.

—Nos vamos —dijo Kaito, con una sequedad que a Héctor le crispaba.

—Pero, ¿quién te crees que eres? —le preguntó Héctor.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Hana.

—Ninguno de los dos —le corrigió Héctor.

En sus pupilas pudo verse reflejado un sentimiento certero de que la historia del hombre del chubasquero rojo tocaba a su fin.

—Lo más importante os será revelado allí —aseveró Kaito.

—¿Dónde es allí? —preguntó Hana.

—Lo más importante —redundó Kaito con más ceremonia que nunca.

—Eso me trae sin cuidado —le advirtió Hana—, no me olvido de lo mal que lo he pasado, y para nada. No te lo puedes ni imaginar —dijo mirando a Héctor.

—En fin, lo que de verdad queremos es librarnos de ti... y para siempre —dijo Héctor señalando a Kaito con un dedo oscilante—. ¡Eso es lo importante!

Kaito se puso de pie y le pidió a Hana su chubasquero. Héctor lo acompañó a la puerta para despedirlo, si hacía falta hasta con una reverencia, y luego embelesarse con el recuerdo de un portazo sordo y definitivo.

—Después os dejaré en paz —dijo Kaito, mientras se abrochaba el chubasquero.

Héctor y Hana se miraron entre sí, atentos a lo que pudiera decir cualquiera de los dos. A Héctor se le movía la nuez tratando de aliviar su garganta irritada. Hana dejó de pestañear por un instante eterno.

—¿O dudas de tu valor como hombre? —añadió Kaito, mirando a Héctor.

—No sé qué quieres decir con eso, pero este es el trato —dijo Héctor—, iremos donde tú digas y después cumplirás tu palabra. En caso contrario te prometo que te haré tragar el mar, el cielo, y las estrellas.

Kaito lo miró fijamente y se le acercó. A dos palmos de él, sonrió.

—Ah, una cosa más —dijo Héctor, tras una pausa—, no estamos dispuestos a ir contigo en medio de rayos y truenos. Con que ya puedes ir rogando que salga el sol.

—Es inevitable —contestó Kaito—, lo más que se puede hacer es que llovizne y relampaguee con la suavidad que requiere un melindre como tú.

—¿Inevitable? Lo inevitable es que despierte de esta pesadilla, aunque ella es lo único que me lo impide, sí, mi amor por ella —dijo Héctor en tono agrio—. Pero seguro que aún sigo durmiendo, abierto de piernas y roncando como un búfalo, con una botella de whisky en el estómago. Creo que no es la primera vez que lo pienso y lo digo. En fin, vayámonos de una vez —dijo con resignación.

—Nos veremos allí —dijo Kaito sin parpadear.

—¿Cómo que nos veremos? ¿Allí, dónde? ¡Esto huele mal! —protestó Héctor.

—A las doce en punto —dijo Kaito.

Héctor lo observaba febrilmente. Hana, nerviosa, se rascaba la barbilla sin parar.

—¿Dónde!? Y tú... ¡tú vienes con nosotros! —dijo Héctor.

Se oyó un potente zumbido que dio paso a una explosión estentórea; dos cristales se rompieron y las tazas de té saltaron por los aires. Héctor y Hana corrieron hacia la ventana, hallando la evidencia de lo ocurrido en el exterior. Un rayo había partido en dos el sauce, el cual ardía por uno de sus extremos.

—¡A las doce en punto! ¡En el país de la luz! —dijo Kaito.

No estaba ya en la puerta ni lo vieron desde la ventana. Pero sus palabras habían traspasado los cristales rotos. Héctor tuvo la sensación de que el optimismo que le había aportado el reencuentro con Hana había pasado a las regiones intermedias de su mente y que pronto pasaría a las más profundas, hasta perderse en la quimera.

—¡Te digo que no y mil veces no! —gritó Héctor, aunque no había nadie en el jardín. Pero volvieron a escuchar: «a las doce en punto», como si fuera un estrofa con un eco resonante.

Héctor y Hana se miraron perplejos a la cara y, dijese lo que dijese, pensaran lo que pensaran, no podían engañarse; sabían que se hallaban a merced de Kaito. Tal vez debían apurar la oportunidad, la cual era, más que eso, una promesa salida de los labios de aquel extraño hombre por primera vez. Pero por una fuerza mayor se habían arrepentido y no podían, no querían hacerlo. No debían, no querían. Todavía lejanas, se oyeron varias sirenas. Héctor dedujo que serían los bomberos, también por el lado oeste sonaron otras, quizá alguna patrulla de policía. Pero lo que los puso sobre ascuas fue el repentino ronroneo que se escuchó por encima de la casa. Salieron de la casa mirando al cielo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Héctor.

Un helicóptero sobrevolaba la casa, pero era rojo. No tenía ninguna insignia. Héctor no salía de su asombro, Hana se aferró a él de un brazo. Pero seguía habiendo dos versiones distintas del mismo hecho: o todo era real o falso, incluida la lluvia que todavía caía y que amenazaba con empaparlos otra vez con su jugo. Hubo un momento en que Héctor pareció tener un ataque epiléptico de rabia, pero se sobrepuso. Los faros perforaban la oscuridad deslumbrándolos. Volvieron adentro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hana, sin atreverse a levantar la voz.

—No para de dar vueltas ese trasto —Héctor hizo una pausa reflexiva—. ¡Apaga las luces, lo primero!

Reptaron desde la ventana a la puerta. Eran ya las ocho de la mañana, pero el día era más oscuro que una noche cualquiera. Los zumbidos se habían vuelto permanentes.

—No se marcha, Héctor..., ¿qué vamos a hacer?

—De momento, largarnos de aquí.

—¿A dónde vamos a ir? No, no quiero irme de mi casa —Hana se estremeció.

—A dar una vuelta, a eso vamos, los bomberos... seguro que... ¡cambiémonos de ropa! Coge lo imprescindible y luego cierra bien la puerta.

Cruzaron el jardín, tapándose la cara y tratando de respirar; el aire generado por las aspas y la lluvia los ahogaba. Subieron al coche pero no arrancó.

—¡Vamos, arranca! —dijo Héctor con voz impaciente.

No arrancó después de varios intentos.

—Sabía que antes o después volvería a pasar —admitió cautelosamente.

—Déjalo, tengo una moto... en el garaje —dijo Hana.

—¿Y tu coche? Ya te lo pregunté, pero...

—Me dejó tirada, de la misma manera, ¡odio esta historia!

—¡Qué casualidad! Bien, cojámosla.

Se abrió la puerta del garaje, Héctor se fijó en los dos cascos colgados a ambos lados del manillar. Uno blanco con rayas azules y el otro rojo. Cogió el casco rojo y se lo puso, Hana el blanco rayado.

—No se te ocurra volver a comprarte nada de ese maldito color —dijo Héctor en un tono irónico. Ella sonrió sin ganas, pendiente de los zumbidos del helicóptero—. Lo siguiente que vea de color rojo lo haré pedazos.

Subieron a la moto, una Honda, él delante con impermeable azul y el casco rojo. Ella detrás, con un impermeable blanco a juego con el casco. Salieron de estampida con el motor rugiendo, pero el zumbido del helicóptero lo sofocaba. El aparato se elevó un poco más y Héctor aceleró haciendo que se levantara en el aire la rueda delantera. Hana lo asía de la cintura clavando la barbilla del casco sobre su espalda.

—¡Ese cabrón va a seguirnos! ¡Agárrate bien! —gritó Héctor.

Fueron zigzagueando entre varios vehículos, derrapando tras el chapoteo en los charcos y cabeceando en el aire varias veces. Hana lo apretaba con fuerza. Doblaron a la derecha, siguieron recto

una travesía y dieron la vuelta. Se detuvieron para observar al helicóptero; los había seguido hasta que giraron a la derecha. Era demasiado arriesgado para semejante monstruo. Se elevó y desapareció con sus zumbidos y los ya irrisorios truenos que lo habían acompañado. Héctor dio algunos acelerones en punto muerto. El día casi recién amanecido empezaba a recuperar claridad tras la tormenta.

—No sé si te has percatado —preguntó Héctor—, pero ningún vecino ha salido a ver qué pasaba, ¿es que están todos sordos?

Hana le frotó las manos sobre la espalda, mirando de soslayo al suelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella, levantándose la visera del casco.

—No tengo ni idea, ¿se te ocurre algo?

—No, pero sigue adelante, necesito que me dé el aire.

Se incorporaron al tráfico, siguiendo la pendiente en línea recta. Después giraron a la izquierda y se toparon con un agolpamiento de gente en medio de la calle. Héctor se detuvo y bajaron de la moto con la intención de saber qué ocurría.

—Han atropellado a una mujer que buscaba a su hijo —dijo un joven que llevaba de la mano a una niña—. ¡Ha sido horrible! Dice que se le ha perdido.

—No estará muy lejos —dijo Hana. Héctor guardó silencio.

Quiso acercarse a la mujer y preguntarle pero no lo dejaron acercarse.

—¡Vámonos de aquí! Nosotros no podemos hacer nada —le dijo a Hana.

—Podríamos ayudar a buscarlo —dijo Hana, mientras Héctor subía a la moto.

—Anda, sube.

Hana subió con incredulidad en su rostro, se puso el casco que se había quitado y Héctor le levantó la visera.

—He leído en sus labios algo escalofriante —dijo Héctor, luego de carraspear—: chubasquero rojo. Ha sido superficial pero estoy seguro de que lo ha dicho.

Héctor se quedó escuchando el corazón golpeando en sus oídos. Movié la cabeza de un lado a otro y levantó las manos. Quería una respuesta a eso pero no la había. Giró el cuello por segunda vez, suspiró, arrancó la moto, y continuaron en la misma dirección un poco más despacio que antes. Héctor ardía en las reflexiones que lo torturaban. De repente vio por el retrovisor que los seguía un Toyota negro. Sobre el capó se reflejó el resplandor de otro relámpago, aunque flojo. Parecía que la tormenta quisiera regresar.

—¡Cógete fuerte! —gritó y aceleró con más ímpetu que antes.

Se metieron por la cuarta bocacalle a la derecha, después torcieron a la izquierda y subieron por una pendiente, luego, la bajaron por el lado opuesto hacia la izquierda. La moto se detuvo de nuevo. Héctor aceleraba y desaceleraba, estático, en medio de la duda. Todas las piezas del rompecabezas debían de estar cerca de ellos, pero ni siquiera era capaz de coger la primera pieza y ponerla en su sitio. Aun con todo miró desafiante al cielo pero sin poder ordenar nada en su mente. Al menos sentía alivio

por no haber accedido a los deseos de aquel desequilibrado. Sin embargo, la duda...

—¡Vamos, necesito un trago! —dijo Héctor, señalando hacia un bar.

—¿Ahora? —replicó Hana.

—¡Ahora! Lo necesito de verdad y hay algo que..., en fin, ya verás...

III

Entraron con los cascos en la mano. Héctor resoplaba, miraba alrededor receloso. El interior del local estaba medio en la penumbra. No había nadie más que un hombre afirmado con los codos en la barra y una camarera. Los saludaron y Héctor pidió un whisky al mismo tiempo que inclinaba la cabeza. Hana pidió otro por mero cumplido, pero fue la primera en beber.

—Lo he visto con la espalda apoyada en la pared —le susurró Héctor al oído de Hana—, en la calle. Justo cuando hemos parado ha entrado.

—¿A quién?

—A ese —contestó Héctor, señalando a un hombre que había en la barra.

—¿Y qué pasa con él?

—Pues que lleva puesto un impermeable, y fíjate en que todavía está mojado.

—Sigo sin entender —dijo Hana, alzando las manos.

—Únicamente nosotros, tú y yo, somos testigos de las tremendas tormentas, para los demás nada más lejos —Héctor hizo una pausa, quedándose mirando al hombre con curiosidad—. Pero creo que no somos realmente los únicos. La mujer accidentada..., y a saber quiénes más. Hablemos con él y tal vez... ¡Oh, Dios mío! Algo me dice que no es de casualidad que este tipo esté aquí.

Hana asintió con la cabeza. Tiritaba un poco y se calentó con otro trago. Héctor la miró preocupado pero no perdió de vista al individuo aquel. Lo vigilaba atentamente con el rabillo del ojo. Carraspeó al cruzarse sus miradas.

—Ya ha pasado la borrasca —dijo al aire para poner a prueba al hombre.

No le contestó a pesar de caer una lluvia débil que pronto cesó. Iba acompañada de leves centelleos eléctricos en el firmamento. El hombre hizo ademán de marcharse.

—No se marche, por favor, quisiéramos hablar con usted —le dijo Héctor.

El hombre se aclaró la garganta y movió la cabeza de un lado a otro, gesticulaba como si estuviera hablando consigo mismo, ignorando su presencia. Pero Héctor intuyó que tampoco podría aquel hombre soportar el enfrentarse a ideas opuestas, racionales e irracionales. La locura no siempre es soportable cuando se la ve venir.

—Iremos al grano —dijo Héctor—: usted conoce a Kaito.

El hombre puso cara de no entender lo que le decía, pero por la expresión de sus ojos había reconocido aquella palabra, Kaito. ¿Y acaso no existía otro Kaito en todo el país? A Héctor le daba lo mismo si lograba hacerse con el triunfo, el cual consistía en averiguar lo que ocurría si es que ocurría algo que fuese tan real como para ponerle fin.

—Díselo tú, Hana, te entenderá mejor que a mí —le pidió a Hana.

—Creemos que conoce a Kaito, el hombre del chubasquero rojo —le dijo Hana, con un poco de reparo.

—Estaba atravesando un mal momento y... sí, pero ¿cómo lo saben? —dijo el hombre, poniendo cara de asombro. De sus ojos resbalaron algunas lágrimas.

Héctor lo consoló cogiéndolo de los hombros.

—No se preocupe —dijo Hana—, lo que queríamos saber ya lo sabemos. Lo que pretendemos es resolver esta situación, no queremos molestarlo.

—Ese Kaito no es lo que parece —dijo el hombre.

—Es un demente con piel de borrego —dijo Héctor.

—Dice que es un demente —añadió Hana, dirigiéndose al hombre.

—No es un ser humano... y posee mucho poder —dijo el hombre.

«No es un ser humano, pues lo disimula muy bien», pensó Héctor.

—Bien, ¿cree que podría ayudarnos? —preguntó Héctor.

—Yo no, pero conozco a alguien que sí puede ayudarlos —el hombre aspiró aire e hizo un intento de sonrisa que no llegó a dibujarse en sus labios.

Héctor se quedó esperando a que el hombre continuase, pero tardaba en hablar y él necesitaba saber, incluso que le confirmara aquella paranoia suya de que Kaito era un demonio, a falta de una explicación lógica a la que tampoco había renunciado.

—¿Quién es esa persona que puede ayudarnos? —preguntó Hana.

—Vive en Izumo —contestó el hombre—. Deberían ir allí y tratar de encontrar a Kisho Nakamura, en esta clase de asuntos podrá ayudarlos más que nadie.

—¿Y por qué no va usted? —le preguntó Héctor con suspicacia.

—Eso es inadmisibile, quienquiera que sea ya no es de mi incumbencia, creo que no volveré a verlo. Tampoco tendría fuerzas y no estoy muy bien de salud.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Héctor un poco confuso.

—Pregunten por el señor Nakamura —continuó el hombre sin tener en cuenta la interpelación de Héctor—. Vive en una casa un poco apartada, hacia el extremo oeste, según tengo entendido.

—Lo tendremos en cuenta, gracias por todo —dijo Hana.

—El señor Nakamura sabe ciertas cosas y ustedes al menos sabrán a qué atenerse —dijo el hombre, mientras Héctor mostraba claros signos de impaciencia.

—Gracias —repitió Hana.

Tenían por delante más de trescientos kilómetros, pero no era mucho. Prefirieron continuar en la Honda, antes que usar otro medio de transporte. Héctor tenía un poco de frío, su impermeable era demasiado fino, el de Hana, era por el contrario más grueso, de cuero, una chaqueta adaptada para conducir en moto. Pero tensó los músculos y rezó por que mejorase el tiempo. Su deseo fue satisfecho, el sol matinal de aquel día de otoño empezó a acariciar el pecho y los hombros de Héctor. Hana notó un calorcillo agradable en la espalda que agradeció con un suspiro. A mitad del camino, más o menos, pararon en un área de descanso. Hana se descolgó de la espalda una pequeña mochila que había cogido y en la que había puesto una linterna, un mechero, un paquete de galletas y una botella que contenía té tibio. Se sentaron al aire libre, masticando galletas y bebiendo té.

—A las doce en punto —dijo Hana en un tono burlesco—. ¿Qué te parece? Lo mejor es que él no sabe a dónde nos dirigimos. ¡Si lo supiera...!

—¿Que no lo sabe...?

Hana creyó percibir en su tono de voz una nota de advertencia.

—¿Qué quieres decir? ¿Que esto también es cosa suya?

—La verdad es que no lo sé —Héctor parpadeó algo perplejo.

—Parece todo tan irreal...

—Es un laberinto y solo tenemos dos opciones —Héctor se quedó ensimismado unos segundos—: una es que todo es real, en cuyo caso tenemos que seguir la corriente, puede que todo se resuelva o que acabemos mal, muy mal. Otra es que estamos en un jodido sueño y antes o después despertaremos. Pero claro, eso significaría un adiós para ambos. No sé tú, pero yo no sé cuál escoger.

Hana se abrazó a él, empezaron a temblarle los labios y gimoteó un poco. Héctor la acarició y el gimoteo cesó. Su dura reflexión había causado en el interior de Hana una resonancia sombría. Pero sabía que tenía que aceptar cualquiera de las dos opciones.

—¿En serio crees que es un sueño? —preguntó Hana, ungiéndose un dedo con sus lágrimas.

—Si no es así, es que la realidad ha enloquecido, no nosotros, ¡la realidad!

—La gente que sueña no piensa que sueña, y menos dos personas a la vez.

—Pero yo puedo pensar que tú lo piensas y no ser cierto que tú lo piensas.

Hana lo miró con estupefacción.

—No importa —dijo Héctor, pasando por alto sus propias palabras.

—Quiero que esto sea real —declaró Hana.

—O sea, que prefieres una realidad enloquecida.

—Si es contigo, sí. No quiero pensar en despertarme y que tú no hayas existido.

Héctor besó a Hana y la contuvo en un abrazo.

—Sin embargo, te preferiría dentro de una realidad más normalita... —masculló Héctor—. Dime por lo menos que todo esto tiene que tener una explicación. ¿No?

—Seguro que la tiene.

—Claro, tengo fiebre, estoy delirando, tú eres mi mujer y me cuidas. Muy pronto estaré bien y volveremos a ser felices —Héctor sonrió forzosamente—. ¿Qué tal así?

—Creo que no está mal. Nada mal.

Héctor la ametralló con besos de gran calibre. La estrujó contra su pecho en un alarde de intenso amor. Su mirada era casi de adolescente, emocionante y romántica al mismo tiempo. Durante un instante Héctor confundió la voz de Hana, la suya propia y las de sus recuerdos, aquellos que le quemaban en el corazón. Pero era agua pasada que aparecía como una bruma mezclada con el recuerdo reciente de la noche anterior en los brazos de Hana.

—¡Oh, Dios! —exclamó Héctor, sobresaltado.

Un chico de unos doce años salió de unos matorrales y les indicó con señas que lo siguieran. ¡El chico llevaba puesto un chubasquero rojo! Héctor sintió un golpe de taquicardia semejante a un terremoto bajo sus pies. Le dijo a Hana que esperase y siguió al chico blandiendo el índice derecho contra él.

—¡Para, maldita sea! —gritó en vano.

Sus ojos se clavaron en la espalda del chico, quien iba como unos diez pasos por delante. Su mirada saltaba entre aquel chico y Hana, girándose continuamente. Era una mirada nerviosa y suplicante. Quería hablar y no podía, pero hizo un esfuerzo.

—¿Te envía Kaito? —le preguntó al muchacho, jadeando, pero no le contestó— ¡¿Dónde está Kaito?! —voceó Héctor con más ahínco.

El chico señaló a las montañas; luego, se dirigió hacia unos arbustos. A Héctor estaba dejándole de gustar la actitud del muchacho. Este señaló otra vez a las montañas y se despidió con la mano, desapareciendo tras los arbustos.

—¡Oh, mierda! —exclamó Héctor y se metió entre los arbustos.

Escuchó de lejos que Hana le decía:

—¡¿A dónde vas?! ¡Vuelve aquí! ¡No me dejes sola!

Fue una voz tan fuerte que se volvió ronca. Héctor se sintió paralizado.

—¡No temas, vuelvo enseguida! —exclamó Héctor, escuchando el eco de su voz.

—¡Vuelve, te lo ruego!

Las últimas palabras de Hana le sonaron con absoluta claridad, aunque débiles a sus oídos. Su corazón empezó a latir por encima de la tranquilidad. Muy poco después, una decrepita figura salió a su encuentro; arrastraba los pies con paso inseguro. Quien quiera que fuese estalló en una repulsiva carcajada.

—Usted debe ser... Héctor Quijada —le dijo un hombre de porte encorvado que miraba al suelo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó Héctor, exasperado.

—Eso es lo de menos, me han encargado que lo lleve en aquella dirección, detrás de aquellos árboles. Venga conmigo.

—¡No voy a ir con usted, ¿qué se ha creído?! ¡Y haga el favor de decirme dónde está Kaito!
¡Maldito estúpido! —grito Héctor hasta agotar la voz.

—No lo sé, solo cumplo órdenes.

—¡Váyanse a la mierda usted y el tipo del chubasquero rojo!

El hombre elevó los hombros y los bajó resoplando mirando al cielo. Héctor notó que los dedos de las manos le temblaban de miedo. Las facciones de la cara se le intensificaron sobre el color macilento. Por detrás del hombre encorvado apareció otra vez el misterioso muchacho y se cruzó delante de él. Agarró a Héctor de los hombros y empezó a zarandearlo. Héctor, Héctor, Héctor, le decía en un tono de hilo musical.

—Héctor, Héctor, —le dijo Hana, meneándole los hombros—, despierta, cariño.

—¡El chico ese! ¡Dónde! ¡¿Dónde estabas?! —dijo Héctor abriendo los ojos.

Se había quedado dormido en el regazo de Hana, y aunque ella habría dicho que dormía plácidamente se equivocaba. Pero una pesadilla dentro de otra pesadilla no era la mejor forma de afrontar la situación. Sin embargo, una pesadilla sería la calificación exacta de aquella realidad que los absorbía. Pero su aventura no lo era. De hecho, notó pegado en el paladar un trozo de galleta sin masticar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hana.

—Supongo que... sí, lo que pasa es que estoy cansado —contestó Héctor, sumido aún entre foscas mentales y telarañas verbales—. Pero me da en toda la nariz que ese tipo, el del bar, la mujer del accidente, el del restaurante y otros muchos, tienen algo que ver con ese infame..., te lo dije, puede ser una manía, pero ¡Oh! No sé ni lo que digo.

Hana recogió las sobras de galletas y la botella de té; las metió en la mochila, se puso el casco e invitó a Héctor a hacer lo mismo. Le dijo que conduciría ella si todavía seguía cansado, pero él rehusó; quería quemar energía. Se pusieron en camino. El rugir del motor impidió a Héctor oír un «te quiero» remachado que Hana gritó a los cuatro vientos. Héctor condujo pensativo y una idea le pasó por la cabeza: que no era posible saber cuándo algo, fuere bueno o malo, ha terminado. Que si algo terminaba uno sería lo bastante listo para poder auto-engañarse, en caso contrario se volvería aún más loco a menos que la verdad se abriese paso. Y que es raro que la verdad se abra paso antes de que uno muera, aunque a veces ocurre.

IV

Un sol espléndido fue la justa recompensa, pero no la única. A pesar de la no muy fría estación

otoñal corría una leve brisa, cálida en opinión de Héctor. Cualquiera habría llegado a la misma conclusión si hubiese tenido en cuenta la humedad de tanta lluvia y cielos oscuros. El sol centelleó en el manillar de la moto y su faro alumbraba en una perfecta formalidad de cortesía. Pasaba el mediodía, Héctor se detuvo. Se hallaban en Izumo en vez de donde Kaito les había exigido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Héctor, levantándose la visera del casco.

—¿A qué viene esa pregunta? —Hana se mostró perpleja.

—A que tenemos que buscar una aguja en un pajar.

—¿Una aguja en un pajar? —Hana elevó las cejas.

—Bueno, solo es una expresión que utilizamos para decir que no vas a encontrar lo que buscas ni de casualidad.

—No lo he escuchado jamás. Pero iremos hacia el oeste, ¿no te acuerdas?

—Ya, pero igual nos hemos precipitado —replicó Héctor en un tono indeciso—, un tal Nakamura y una casa... ¿no crees que es una aguja en un pajar de gente?

—¿Qué es un pajar?

—Es un lugar donde se almacena la... paja, tallos, espigas, hierbajos despojados del grano del trigo. Se almacenan para comida de animales. Se parece mucho a la paja de arroz que vosotros desde siempre habéis utilizado para los tatamis. En algún sitio la guardáis, ¿no es así?

Hana se bajó de la parte de atrás de la moto y se puso frente a Héctor, asiendo el manillar por delante. Lo miró con determinación; al mismo tiempo, con ardiente pasión.

—Me da lo mismo, lo que importa es que... iré contigo... ¡al fin del mundo!

—Eso tampoco es muy de estas tierras, creo que es más europeo que la corbata —dijo Héctor y se echó a reír. Hana rió e hizo una parodia con las manos; seguramente trataba de imitar las garras de Godzilla haciendo pedazos al mundo.

Continuaron hacia el lado oeste. Se detuvieron en tres ocasiones, preguntando sin hallar respuesta alguna. Solo un hombre de un hablar pausado y voz apagada les dijo que estaban cerca de Izumo Ôyashiro, un santuario. Sin embargo, pasaron de largo. Pero Hana miró de reojo y meneó la cabeza como si tuviera una sospecha sin fundamento y sin definición posible. Ascendieron por una carretera sinuosa, entre montañas, sobre el mar. En una planicie escalonada se hallaban algunas casas distantes entre sí. Llamaron a todas ellas, una por una, sin que nadie diese razón de ese tal Kisho Nakamura. Entonces dieron la vuelta con la idea de echarle una ojeada al santuario. Pero se desviaron a una zona rocosa donde las olas del mar descargaban con furia. Se detuvieron y dejaron los cascos en el asiento.

—¡Mira allí! —exclamó Héctor.

Hana miraba en la dirección equivocada, arreglándose la coleta.

—¡No! ¡Allí! —Héctor giró la cara de su compañera con la mano.

—Ah, es verdad, hay alguien allí, preguntémosle.

—No es solo alguien, es un pescador, como...

—Kaito, ¿y qué?

—Y nada, es una tontería. Debe de haber miles de aficionados a la pesca.

Se acercaron a aquel hombre con sigilo. Estaba recogiendo el sedal y no querían importunarlo. Era un octogenario que los miró con seriedad, sin embargo los saludó en japonés y en inglés, inclinando la cabeza, pero sin dejar de mirar al mar. A pesar de ello, Héctor no vio en él una expresión amable ni mucho menos posibilidades de informales sobre lo que querían saber. No obstante, había que intentarlo.

—Buscamos al señor Nakamura —dijo Hana.

—Sí, Kisho Nakamura —redondeó Héctor—. Así se llama.

El hombre tardó en contestar. Tal vez ideando una contestación de conveniencia, pensó Héctor. Hana carraspeó un par de veces y Héctor la coreó para llamar la atención de aquel hombre de pelo y barba blanca, con una pipa humeante en la boca.

—Lo tienen aquí mismo —dijo.

—¿Usted? ¿Usted es el señor Nakamura? —inquirió Héctor.

—Sí, el mismo —contestó en inglés.

—Por supuesto, claro —dijo Héctor, chasqueando los dedos.

La maquinaria mental de Héctor se puso a funcionar ante el desconcierto.

«Es lo más normal del mundo, pides agua y te encuentras una fuente en medio del desierto. Ni estando en completa embriaguez se me ocurriría esa posibilidad».

—Parece sorprendido —dijo el supuesto señor Nakamura—, y usted también —añadió dirigiéndose a Hana. Dio unas caladas y sostuvo la pipa en la mano.

—Más bien se me ha cortado el aliento —contestó Héctor—. Nadie lo conoce —Héctor señaló a las casas que se veían a lo lejos.

—Nadie —corroboró Hana—. Hemos preguntado por usted y nadie lo conoce.

—Ah, lo cierto es que pocos me conocen, casi no hablo con nadie —dijo el señor Nakamura—. ¿Quién los ha enviado a mí?

—Un hombre, en un bar, en Kurume —dijo Hana.

—No sabemos su nombre —dijo Héctor—. Ni siquiera se lo preguntamos.

—¿Y qué quieren de mí? —preguntó el señor Nakamura.

—Es una pregunta difícil de responder —dijo Héctor, rascándose en la cabeza.

El señor Nakamura guardó un breve silencio y lanzó de nuevo el sedal al agua.

—Es bastante extraña su presencia aquí —dijo—. Pero que algo malo les pasa es lo que estoy pensando. Ya me lo dirán, no hay prisa.

Héctor empezó a cambiar lo que había pensado de ese hombre. Seguramente era más amable que muchas de las personas que había conocido en los últimos cinco años. Se quedaron sentados los tres mirándose. El señor Nakamura vigilaba el sedal de vez en cuando. Héctor trató de encontrar algo que decir pero no le salían las palabras. A Hana le molestaba el olor de la pipa y giraba la cabeza en cada

calada. Le dio la impresión de que aquel hombre los miraba con una piedad austera.

—Veo más extraño que lo hayamos encontrado tan de repente —Héctor rompió el silencio reinante—, y que además hable inglés..., posiblemente más.

—No le dé tantas vueltas —dijo el señor Nakamura—. Dígame qué quieren.

—Lo mejor es contarle la historia desde el principio —dijo Héctor.

Hana resopló y se abanicó con la mano derecha.

—Es un poco larga, pero será lo mejor —añadió Héctor.

Durante más de quince minutos lo pusieron al corriente de todo entre los dos. El señor Nakamura escuchaba atentamente pero sin olvidarse de su sedal, del cual tiró un par de veces disculpándose por la interrupción. Hana se sonrojó un poco cuando Héctor explicó cómo se enamoraron, creía que no hacía falta tanto detalle, pero Héctor pensaba lo contrario. El señor Nakamura sonrió suspicazmente, los miraba como a dos chiquillos inocentes. Héctor, un poco nervioso, no paraba de levantarse y de sentarse gesticulando con las manos, incluido un gesto de dolor; la pierna derecha le dolía de vez en cuando.

—Una historia interesante —dijo el señor Nakamura—. Pero deberían haber ido con él. ¿No les prometió que los dejaría en paz?

—No le creímos y no pensará usted que íbamos a hacerle caso, ahora que por fin estamos juntos —dijo Héctor—. ¡Habría sido una locura! Como todo, todo...

—Sin embargo, no están tratando con un ser humano —dijo el señor Nakamura, tocándose la barba.

—¡Lo mismo que dijo aquel hombre! —exclamó Héctor, señalando a Hana con un dedo. Acto seguido se puso a dar vueltas en círculo—. ¿Y qué es, entonces?

Hana no supo qué decir, quería mirarlo a él, pero su mirada quedó atrapada en la del señor Nakamura. Se dio la vuelta, avanzó un poco y sin mirar a nadie se quedó pensativa. Luego, cogió a Héctor del brazo deteniendo su andar nervioso.

—Tranquilícese —dijo el señor Nakamura, mirando a Héctor.

—Si no es un hombre, ¿qué es? —Héctor repitió la pregunta.

—La naturaleza que se revela —dijo el señor Nakamura.

—Sigo sin saber de qué estamos hablando —respondió Héctor, alzando las cejas.

—Rigen los vientos, las aguas, las cosechas, los mares... —dijo con ceremonia el señor Nakamura.

Nadie pestañeó durante el breve silencio que siguió a aquella afirmación.

—¿Quiénes rigen? —Héctor manifestó su falta de entendimiento encogiendo los hombros repetidas veces.

—No desafíes —intervino Hana, dirigiéndose a Héctor—, a lo que ignoras.

—¿Y qué sabes tú de eso? Me sorprende lo que has dicho.

—Usted es occidental y no entiende nada—los interrumpió el señor Nakamura—, pero si mira bien la historia de Adán y Eva, verá similitudes... ¿cómo se llama?

—Héctor Quijada —dijo Héctor—. No nos hemos presentado, ¡qué estúpidos!

—Hana Tukino.

—Se lo explicaré, Héctor, de manera que lo pueda comprender —dijo el señor Nakamura—. Piense por un momento en las fuerzas de la naturaleza, están vivas —hizo una pausa, juntando las palmas de las manos—. En lenguaje coloquial, en el idioma que pueda entender un occidental, usted, le diré que se enfrentan a una de esas fuerzas.

—Usted habla de las fuerzas de la naturaleza, pero ese hombre tiene un nombre y lleva siempre un chubasquero rojo —dijo Héctor—. ¡Cielo santo! Sí, es posible que no sea humano o que sea un demonio, si cabe considerar ambas cosas, pero lo que insinúa es que ese tipo es un tornado o algo así. ¿Cómo vamos a asimilar eso? ¡No se puede!

El señor Nakamura lo miraba de reojo. Parecía evaluar su comportamiento.

—Nos enfrentamos a un loco, no a un tornado; a mi modo de ver, a un brujo tal vez —añadió Héctor.

Su tono de voz indicaba vacilación, como si él mismo no acabase de creer lo que decía. El señor Nakamura sonrió amablemente. Se señaló entre los ojos.

—Hace falta mucha perspicacia —dijo—, para ciertas cosas. A lo que realmente se enfrentan es a una tormenta. El hombre del chubasquero rojo es una tormenta.

¡Inaudito! Hana, espero que suene pronto el despertador... —dijo Héctor.

Era demasiado ingenuo como para poder darse cuenta del enorme alcance de las palabras del señor Nakamura. Hana, al menos, estaba lo suficiente familiarizada con esa naturaleza de la que hablaba aquel hombre, por su idiosincrasia nipona.

—Entre ustedes y él —prosiguió el señor Nakamura, sin hacer caso al estúpido comentario de Héctor—, se ha establecido una simbiosis, por así decirlo. Digamos que se sirve de su sufrimiento, lo transmuta en tormentas. Estas son la razón de su existir, y al hacerlo los ayuda a ustedes a librarse de ese sufrimiento. Pero no se lo tome al pie de la letra, Héctor. Se volvería loco.

Héctor enmudeció por un instante, con el semblante inexpresivo, por la rareza de aquellas palabras. Estaba poniendo un pie en la esperanza y otro en la bruma espesa.

—¿Y qué me dice de los enredos en que nos mete? Tengo la impresión de que es él el que nos hace sufrir como bestias —dijo Héctor, reticente.

—Por lo que me han contado, diría que ha contribuido a su romance —contestó el señor Nakamura, sonriendo—. Pero tal vez detrás de todo esto esté su imaginación...

—¡Ahora sí que estamos listos! ¿Y tú Hana? ¿Estás en mi imaginación?

—Ten por seguro que no —dijo Hana, suspirando.

—Es todo lo que puedo decir, aparte de aconsejarles que colaboren con él —dijo el señor Nakamura—. Sígale la corriente y no se preocupen, no les pasará nada malo. Ahora, con su permiso, tengo que atender mis asuntos.

—Gracias por todo —dijo Hana, inclinando el torso.

—No iremos a dejarlo así, la ambigüedad me exaspera —insistió Héctor.

Hana pellizcó a Héctor en secreto para que no continuara hablando. Le dijo al oído que se inclinase y diera las gracias. Así lo hizo y luego se marcharon.

La Honda echaba auténtico fuego por el tubo de escape, con silbidos estridentes que Héctor inducía acelerando a tirones y a fondo. No se dirigieron la palabra hasta que volvieron a pasar por el santuario. Se detuvieron sin apagar el motor. Olía sobremanera a aceite quemado, probablemente por las bujías sucias.

—Me ha dado muy mala espina —dijo Héctor levantándose la visera del casco.

—¿Por qué? No te entiendo —dijo Hana.

—¿Quién no te dice a ti que ese tipo no es él, Kaito? El viejo truco del disfraz de viejecito, ya sabes...

Hana lo miró con una paciencia necesitada.

—Ese hombre tiene razón, no tenemos otra alternativa que seguirle la corriente.

—¡La mafia! Eso es, alguien me ha confundido con otro, con algún...

—Deja de delirar —Hana le tapó la boca con sus propios labios—. Escúchame: volveremos a casa y esperaremos a que Kaito aparezca de nuevo. ¿De acuerdo?

—¿Kaito? ¿Todavía lo llamas así...? Está bien, lo que tú digas —Héctor estuvo a punto de olvidarse del beso disimulado, pero no lo hizo. La besó largamente.

Héctor se sintió aliviado, incluso encajaba en su papel de hombre enamorado. El regreso a casa era una esperanza, aunque albergaba sus dudas. En algún momento pensó en que lo mejor pudiera ser huir con Hana, pero de todas formas no iban a separarse por ningún motivo. Lo primero era resolver aquella situación a cualquier precio, si estaba loco o no tenía que tenerlo claro y cualquier duda tenía que ser disipada completamente.

Casi anocheciendo, bajo un cielo estrellado, la luz de la moto alumbró el jardín de la casa de Hana. Héctor vio que el coche continuaba allí y que no había señales que levantaran ninguna sospecha en ningún sentido. Pensó muy en serio en lo que el señor Nakamura le había dicho acerca de su imaginación. Pero en ese momento le dio igual, le agradaba más pensar en la segunda noche de aquella luna de miel. Ardía en deseos de acostarse con Hana y eso era mucho mejor que echarse a llorar a moco tendido, vagando por azoteas siniestras, peleando con su otro yo.

V

Héctor y Hana se despertaron abrazados. El día prometía ser también espléndido, sin un atisbo de

nubes. Pero Héctor tenía las ideas y los recuerdos bastante inconexos con su razón; se sentía como si le hubieran hecho un apresurado pero eficaz lavado de cerebro, y eso no era bueno. Se levantó medio sonámbulo, cojeando un poco porque le volvió a doler la pierna. Fue a la cocina y bebió dos vasos enteros de agua. Por la noche habían bebido demasiado alcohol. Si el hombre del chubasquero rojo iba o no a aparecer de nuevo lo abrumaba, pero sí, tenía que aparecer él y sus malditas tormentas. Solo así podrían acabar de una vez, seguirle la corriente y esperar el cumplimiento de la promesa de dejarlos en paz. Sintió que las palabras del señor Nakamura le brindaban una nueva perspectiva. Pero quedaban muchos interrogantes que resolver.

El teléfono de Hana emitió un sobresaltado aviso de llamada.

—Imagino quién será —dijo Hana. Lo había seguido de puntillas. Lo besó y se encogió de hombros antes de descolgar el teléfono.

Héctor le indicaba por señas que le dijera quién era. Hana se metió en el baño y desde allí continuó la conversación. Fue de corta duración, pero insidiosa para Héctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Héctor.

—No es nada, una llamada del trabajo... lo que nos faltaba.

Lo que dijo, Héctor lo escuchó como un susurro que ella no quisiera compartir.

—No es que me incumba, pero...

—Tengo que ir —le cortó Hana—. Me necesitan urgentemente, serán dos o tres horas, contando ir y volver. Todavía tengo días libres, pero no sé, algo pasa.

—¿Cómo que tienes que ir? ¡No! —Héctor pronunció esta última palabra con la osadía de un entrometido. Pero Hana lo miró con calidez y comprensión.

—Estaré de vuelta para las doce o poco más.

—Pero, ¿no te das cuenta en qué estamos metidos? —preguntó Héctor, abriendo al máximo sus ojos.

—Claro que sí, pero de momento no podemos hacer nada salvo esperar —Hana lo cogió de una mano—. Será solo un rato...

—¿Y si aparece y tú no estás? —preguntó soltándose la mano. Lanzó un bufido de obcecación y cruzó los brazos.

Hana quería conservar la razón, pero de manera distinta a como lo hacía Héctor. Mientras que él trataba de convencerse de estar en un sueño, ella apostaba por hacer una vida normal en una tentativa de encaminar sus pensamientos por otros derroteros.

—¡Pareces mi hermana! Siempre hace preguntas parecidas —dijo ella.

—Tu hermana... ¿y tu familia? No había pensado en eso, ¿saben algo de esto?

—Mi madre vive con mi hermana en Tokyo. Mi padre murió hace año y medio —se quedó pensativa—. Pero, bueno, supongo que tú y yo...

Hana se puso mohína y la voz se le debilitó hasta ser un siseo al querer repetirle que él iba a

ocupar probablemente el principal lugar de su corazón. Pero también notaba la ausencia de su madre y su hermana. Aunque veía a su padre en otra perspectiva, en realidad lo veía en la naturaleza, la única a la que se le puede atribuir existencia propia. Al menos eso es lo que le enseñó su padre de niña. Le dijo al morir sus abuelos que se habían convertido en pinos y renacuajos en un estanque. Y así aprendió a respetar la naturaleza.

—¿Te vas, entonces? —preguntó Héctor con la esperanza de que no fuera así.

Hana asintió enérgicamente con la cabeza.

—Pero no dramaticemos, no me voy a perder por el camino —dijo.

—¿Y qué hago yo mientras? —Héctor apuró su reticencia.

—Eres escritor, usa tu imaginación.

—¡No me hables de imaginación! —exclamó Héctor. Le pellizcó en el trasero y se echó a reír, dándose prisa por hacer avanzar la situación.

Hana se cambió de ropa y se despidió con un beso largo. En realidad, ella quería tener ocupado el día pensando que Kaito no aparecería. Aunque volvería pronto. Héctor se sentía con las manos atadas, sin poder evitar que el temor lo acuciase de nuevo. Pero tenía que actuar con delicadeza y no permitir ni por asomo que Hana lo viese como un mojigato. Saber estar donde estaba era una frase para recordar a pesar de todo. Desde la ventana vio cómo Hana salía del jardín montando en su preciosa Honda. Lloriqueó un poco, pensando que era un hombrecito incorregible.

«No tenía que haberla dejado marchar... ¡de ninguna manera! Pero ya está...».

Decidió echar un vistazo al coche, intentar ponerlo en marcha, tal vez arreglar algo, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Pero era preciso que las horas pasaran lo más rápido posible o a cada minuto se arrepentiría más de haberla dejado ir.

A media mañana todavía no había vuelto y eran menos de cien kilómetros entre ida y vuelta a Fukuoka. Al menos consiguió que el motor del coche volviese a sonar con alegría. Durante la tarea no había dejado de pensar en Hana y en Kaito. Algo más tarde miró el reloj y vio que pasaban de las doce. A esa hora Hana tendría que haber vuelto o haberle llamado por teléfono. La llamó él, pero no le contestó y eso le produjo angustia. Claro que no podía vivir con ella en un arca sellada. Justamente lo que su madre había querido de él y toda su familia, pero no se trataba de eso. ¿Quién iba a decirle que ese día no era como cualquier otro? Pero llevaba a cuestas días horribles.

Las tres de la tarde. Hana no había regresado ni se había podido hacer con ella. A estas alturas no se podía permitir que esa amargura viniese a él con más violencia. Sin embargo, notaba que su temple se hacía pedazos por momentos.

—¡¿Cómo puedo haber sido tan estúpido?! —gritó sin parar, dando vueltas por el salón como un oso. Y no era la primera vez. Quizá tampoco fuese la última.

Su respiración subió de tono y notó que tenía la boca seca. Trató de beber agua, pero no pudo. Se ahogaba en ella como un perro rabioso. Era un ahogo psicológico que ya había experimentado en otras

ocasiones siempre que perdía el control. Pero esta vez lo estaba perdiendo más que nunca; lo perdía de verdad. Un pensamiento se sumó a su descontrol: que el hombre de Izumo, aquel siniestro anciano, les había tomado el pelo, seguramente en confabulación con Kaito. Una vez más se repetía un hecho anunciado.

«¿Qué clase de hombre se prestaría a una trama semejante?».

Que Hana se hallara ausente en una situación tan poco propicia y tan de repente la convertía en una cómplice. Decididamente alguien quería acabar con él, al menos con su cordura. Pero, ¿por qué en un país lejano? Él provenía del otro lado del mundo y sus posibles enemigos estaban allí, no aquí.

Las cuatro de la tarde. Héctor se revolvía en su pesar. No paraba de beber agua para paliar la sequedad en la boca de adrenalina malgastada. Media hora antes había contemplado las noticias y ningún suceso, ningún accidente, justificaba la ausencia de Hana. Su mano acarició con sostenida inquietud el teléfono; una vez más fue en vano el intento de contactar con ella. Tenía que acudir a la policía, pero era demasiado pronto para que una desaparición se considerase como tal. Pero podía averiguar en qué empresa trabajaba ella.

Se puso a revolver los cajones en busca de algún papel con una insignia, pero no encontró nada. Abrió el portátil de Hana y registró, de cabo a rabo, el correo, hasta que dio con un mail que le informaba del posible pago de una nómina. Marcó a toda prisa el teléfono que figuraba debajo del nombre que no pudo identificar, estaba en kanjis. Él se identificó como el marido de Hana, no supo qué otra cosa decir que tuviera peso. Fue entonces cuando sintió que la sangre se le helaba, pues le aseguraron que no conocían a ninguna Hana Tukino. Empezó a llorar y a gritar, temblándole los labios. ¿A qué santo una nomina? ¿Por qué esa repentina desaparición? Volvió a su angustiosa idea de haber perdido el juicio mucho antes de que todo comenzase. Sin embargo, había algo real, la casa en donde se hallaba. A menos que no fuera de Hana. En ese caso lo detendrían por allanamiento de morada.

Se volvió loco, se echó boca abajo, arañando el suelo con los dientes. No quería vivir, repetía el nombre de Hana y un «te quiero» desgarrador, aunque también infantil, debido a una impotencia súbita. Se dio la vuelta mirando al techo, dando un golpe en el suelo con la nuca. Miró la lámpara como si fuera un monstruo y en cierto modo lo era. De niño tuvo una subida de fiebre y deliraba; la lámpara de su habitación se transformó en una espiral que lo quería engullir. Su madre veía asustada cómo sus ojos se salían de sus órbitas mientras gritaba que se fuese el monstruo de la habitación.

Se volvió otra vez boca abajo, esta vez con lentitud. Dio unos cuantos puñetazos al suelo y se giró de nuevo retorciéndose. Pero el sol de las cuatro se había esfumado. Se quedó inmóvil, se levantó con un rebrote de dolor en la pierna derecha y se acercó a la ventana. El cielo se había revestido de nubes, pero eso no lo amedrentó más. Por el contrario, lo excitó pensando en que el maldito propietario del chubasquero rojo estaba a punto de llegar. Evitó pronunciar su nombre, Kaito. No se lo merecía. Iba a matarlo sin remordimiento y sin pensárselo dos veces.

Las nubes se apiñaron hasta formar una bóveda entre el azul cobalto y el negro, Héctor descargó un

puño sobre la mesa y un pequeño florero saltó por los aires; cayó en ella otra vez sin romperse, pero con estrépito. Lanzó un par de chillidos desdeñosos que terminaron con la frase: «te mataré». Fue precisamente entonces cuando se escucharon los dos primeros truenos, cuyo resplandor pudo ver Héctor dentro de la casa. Cogió de la cocina un cuchillo y se dirigió a la puerta; al abrirla, una ráfaga de viento lo echó para atrás. Pero salió fuera apalancándose en el suelo como pudo; el cabello le volaba hacia atrás y los ojos apenas podía abrirlos. Kaito, el hombre del chubasquero rojo, se hallaba de nuevo delante del sauce, ahora carbonizado.

Se abalanzó sobre Kaito, asestándole varias puñaladas, pero él no se perturbó lo más mínimo, simplemente se apartaba sin siquiera mirar a Héctor. Rabioso, lo intentó una vez más y Kaito le sesgó con un pie las piernas, enviándolo al suelo. Después le retorció un brazo, le arrebató el cuchillo y lo hizo desaparecer en el aire como un mago. Finalmente descargó sobre Héctor una andanada de carcajadas, mientras este agarraba la hierba con fuerza y la lluvia empezaba a caer. Jadeó y se sacudió en un acceso de tos, la sobredosis de adrenalina lo hacía temblar. Se quedó sin voz, mucho menos una voz que fuera amenazante. Ni siquiera una voz lastimosa para pedir socorro.

—Un hombre que no cumple y no aprende —dijo Kaito.

—Voy a ir a la policía —dijo Héctor poniéndose de rodillas y luego de pie—. En menos de una hora tendrás una acusación por extorsión y secuestro. A ver si entonces te ríes igual —añadió, recuperando un poco el arrojo.

Kaito repitió sus fragosas carcajadas.

—Tu arrogancia es ridícula —dijo con ceremonia.

—¿Qué quieres ahora?! —gritó Héctor.

—Dejaros en paz, a ti y a tu amiga, ¿acaso no lo sabes?

—¡Eres un jodido cínico! Y escucha esto —Héctor hizo oscilar un dedo—: un tipo, igual de trastornado que tú, nos contó una sarta de invenciones, absurdos para una obra de teatro. Un cómplice de poco gasto, ¿cuánto le pagas? Se lo tendrás que explicar al fiscal, ah, y quítate el disfraz de Confucio, me da asco.

—No tienes fe, pero la necesitas.

—Nunca he sido un hombre de fe, si no, echa un vistazo a este mundo de mierda.

—La necesitas —repitió Kaito, como era su costumbre.

—Eh, te he dicho que nada de proverbios —dijo Héctor en un tono grosero—. Yo te enseñaré lo que es el mundo. A un lado están los canallas que visten ropa cara y viven como reyes, que roban, que maltratan, asesinan y se ríen de los que están al otro lado. Los desgraciados, desesperados, cuyos estómagos vacíos lloran y sus bocas piden dignidad, justicia y aliento, vivir, en una palabra —hizo una corta pausa—. Tú mismo lo viste en aquel suburbio al que me llevaste... supongo que para reírte de mí y de todos ellos.

—Fe —volvió a decir Kaito—, no imbecilidad.

—¿Fe?! ¡Una limosnita para el pobre desesperado! No, nada de eso —Héctor resopló haciendo ruido con los labios—. Antes deseaba que esta sociedad se desgajara en mil pedazos, pero después mi deseo fue que estallara el mundo en el que no merece la pena vivir. Pero ahora... ni siquiera eso me parece una medida suficiente. ¡Deseo que el Universo se autodestruya! ¡Todo ha sido un error! ¡Una canallada! ¡No quiero jugar a esto! —gritó Héctor hasta la ronquera, y se arrodilló llorando, descorazonado.

—¡Qué gran verdad! Eres imbécil de remate —contestó Kaito con menosprecio.

—No he terminado, ¿no dijiste que no esperase nada? Pues la fe es esperar.

—No, la fe es dudar de lo que estás a punto de descubrir y hacer lo que tienes que hacer para descubrirlo.

Una ráfaga de relámpagos cruzó el cielo al cual Héctor se quedó mirando. Pero vio también una luz intermitente que se aproximaba. Eran casi las cinco, y la noche pronto caería pesada sobre el poco temple que le quedaba. La luz se fue agrandando por encima de su cabeza con un zumbido que reconoció enseguida. El helicóptero rojo que hubo sobrevolado la casa de Hana y que incluso los persiguió un tramo se hallaba otra vez en medio del cielo oscuro. Bajó más de la cuenta y el remolino de aire provocado por las aspas del aparato arrojó al suelo a Héctor al tratar de levantarse. Se irguió como pudo tapándose la cara con el suéter levantado, el cual lo tenía ya mojado. Sintió que el aire helado le pinchaba en la cara.

—¡Mierda, no! ¡¿A qué viene esto?!—gritó Héctor.

Héctor se enfureció otra vez, apretó los puños por delante de su cara.

—¿Y dónde está Hana?! —añadió sin aflojar los puños.

—Ella te espera —dijo Kaito con finura.

—¡La has secuestrado, criminal! —prorrumpió Héctor. Sacó las llaves del coche que guardaba en un bolsillo—. Me voy directo a la policía, ya te lo he advertido.

Kaito llenó el aire de carcajadas que duraron una eternidad.

—¡Hazla bajar de ahí! —chilló Héctor otra vez, señalando al helicóptero.

—Mañana, por la mañana, a las doce —dijo Kaito—. En el país de la luz.

—Eso ya lo dijiste, ¿dónde demonios es eso? ¡Habla!

—Estaremos allí —dijo Kaito con severidad y se dio la vuelta, caminando en la dirección opuesta a Héctor.

—¡Eh, espera! ¡Te he dicho que esperes! ¡¿Dónde es allí?!—

—En el país de la luz —contestó sin impresionarse por la agresividad de Héctor.

Un relámpago se reflejó en la espalda del chubasquero rojo al marcharse Kaito caminando. Héctor trató de seguirlo, pero lo perdió de vista apenas hubo atravesado el jardín y llegado a la calle. El cíclico zumbido de las aspas del helicóptero se hizo más tenue al alcanzar cierta altura y estabilizar la marcha. Se eclipsó tras la bóveda de nubes en la que se vio un último relampaguear. Fue un instante de intenso

horror para Héctor, imaginando a Hana maniatada dentro del aparato, demandando un auxilio que no podía proporcionarle. Pero no, no podía ser cierto, además nadie se lo había confirmado.

Se sintió como un peregrino sediento sin más líquido que un trapo empapado con el que humedecer sus secos y agrietados labios. Sin embargo había un agua sobre la que arrojarse para saciar su sed. Era Hana, pero carecía de fuerzas. Enderezó sus pasos hacia la casa medio arrastrando los pies.

CAPÍTULO V

LA GRAN TORMENTA

“Lo que se lleva auestas, pesa tanto que hay que soltarlo aunque sea violento”

I

Se quedó acurrucado en el suelo detrás de la puerta de la casa. Enajenado, acariciaba la madera como si fuese la piel de Hana. Su semblante, primero enrojecido por la rabia y el horror de perderla, se tornó empalidecido conforme pasaba el tiempo. Se levantó y fue hacia el salón arrastrando los pies. Se sentía desfallecido.

«En el país de la...».

No llegó a terminar la frase, se echó de lado sobre los cojines, y qué podría hacer se hallaba en un punto muerto. Miraba fijamente a la pata de un pequeño mueble que se encontraba bajo la ventana, poniendo los ojos en blanco varias veces. Tembló un poco pero luego cesó todo movimiento. Parecía un Héctor diferente, incorpóreo, un enfermo mental abandonado en el lóbrego pasillo de un manicomio del siglo diecinueve. Pasaron dos horas y por fin soltó un grito. Fue un sonido repentino y agudo, como el de un niño en pleno terror nocturno. Se levantó desorientado, mirando a su alrededor, sin estar nada seguro de hallarse en el lugar correcto.

«A las doce..., mañana por la mañana».

Fueron sus siguientes palabras, pero continuaba sin poder centrarse. Se metió en la cocina y bebió más agua, aunque la boca la tenía igual de seca después de ingerir casi un cuarto de litro. Bebió más, pero no alivió la sed; la resecaación continuaba junto a un ritmo cardíaco acelerado. Hizo un intento baldío de pensar comprobando que le dolía la cabeza. Se asomó a la ventana negando con la cabeza sin

saber qué. Era ya de noche y tenía que saber a qué atenerse, qué hacer, al menos qué pensar. Encendió el portátil y recobró un poco de lucidez al escuchar un archivo de música que cliqueó. Era algo así como una especie de rock estrepitoso cuya cantante tenía una voz parecida a la de Hana.

—¡Te salvaré! —profirió como un Robín Hood urbano sin flechas donde clavar.

Se percató de que la exclamación era ridícula pero logró extraer fuerzas de ella, y acto seguido buscó en Internet: «el país de la luz». Se trataba de un lugar situado entre Kumamoto y Oita. ¡Pero era un volcán activo! No daba crédito, aunque llegar allí sería fácil pues la zona era frecuentada por turistas. Sin embargo, él no iría como turista y el hombre del chubasquero rojo no debía de llevar muy buenas intenciones. No los iba a dejar en paz, lo sabía demasiado bien. Lo primero era acudir a la policía y ponerles al corriente del día y de la hora de la cita, así como dónde iba a tener lugar. Se relamió de gusto pensando en ver a Kaito esposado. Jaque mate. Sería un caso resuelto y archivado para siempre.

«¿Y si verdaderamente se olvidara de nosotros? Oh, Dios mío, no sé qué hacer».

Hizo un gesto absurdo de encogimiento de hombros. Lo hizo como dirigiéndose a un interlocutor etéreo. Repitió candorosamente el mismo gesto absurdo. Seguía con la boca seca pero no iba a beber más agua. Una nueva embestida de indecisión lo obligó a plantarse delante del frigorífico y sacar una lata de cerveza. Tiró de la anilla y se quedó mirando la espuma que se desbordaba. El movimiento de la nuez fue breve, se la bebió sin respirar. Eso le dio fuerzas, aunque podía perderlas.

«Contrólate, te lo pido por favor, no bebas más, ¡te he dicho que no bebas más!».

Contravino sus exhortaciones abriendo otra lata. Y dos más. Luego, quiso volver a la realidad pero ya era tarde. Se echó a llorar sin saber qué camino tomar. Los iba a dejar en paz. O no. Tal vez sí, pero seguro que no. Arrugó el ceño por el dolor de cabeza que se volvió intenso.

«Tengo que dormir un poco... si puedo, hasta que raye el día y...».

Cayó sobre los cojines; la última cerveza se la había tomado allí mismo.

Se despertó creyéndose un niño frágil mecido por una madre de la forma más suave posible. Estaba abrazado a sí mismo como si tuviera frío. Desconcertado, miró la hora y eran las diez de la noche. Gimió por lo bajo y trató de reconstruir el día desde su comienzo hasta el final. Se preguntó qué hacía allí y luego por qué había vuelto a beber sin control. Pero también se preguntó por qué el mundo giraba sin control junto a los acontecimientos más descabezados. Sintió la necesidad de verbalizar:

—¿Me lo va a explicar alguien? ¡¿Quién?! ¡¿Quién va a abrir su boca?!

—Yo, ¿quién, si no? —dijo para completar su monólogo.

Se cambió la ropa, todavía húmeda, después de una dilatada tira de estornudos, pero no toda. Solo los calcetines, una camiseta y un suéter verde que tomó prestado del armario de Hana. Recogió sus cosas, se puso el impermeable y cerró la puerta de golpe. Si se arrepentía no podría volver a entrar, pero estaba seguro de que no querría hacerlo. Pero tal vez se equivocaba, la última vez que intentó poner en marcha el coche no había arrancado. Se miró en el espejo retrovisor, vio que tenía los ojos enrojecidos. Resoplaba de impaciencia, como una locomotora, sin poder acertar a meter la llave. Tuvo suerte y se

puso en marcha, entonces dio un respingo.

Avanzó unos cien metros y se detuvo. El dilema lo inflamó otra vez; si iba a la policía Hana podría correr peligro. Si acudía a la cita podría ser tiempo y oportunidad perdidos. Además, eran las diez y media y no podía entrar en la casa. Miró la luna de noviembre tocándose la barbilla. La masa de nubes había desaparecido por completo. El tiempo no estaba en su contra por lo menos, de modo que continuó incluso sin saber a dónde iba. Se estremeció temiendo por Hana. A buen seguro que lo estaría pasando mal.

Se dirigía a Kumamoto, no lo había decidido conscientemente, pero tuvo un raro presentimiento sobre el cual no paraba de pensar. Un cuarto de hora más tarde se topó con un control rutinario de policía. Dos agentes estaban comprobando un coche, y un tercero le indicó a Héctor con una linterna que parase. Frenó con suavidad y el coche se detuvo en una explanada que daba acceso a un área de servicio.

—¿A dónde se dirige? —le preguntó uno de los agentes.

—A Kumamoto —respondió Héctor—. Me desviaré luego hacia el monte Aso.

—¿A estas horas? —el agente lo miró incrédulo y sonrió.

—No, claro, mañana...

«Díselo, así vienen las cosas, dile que a las doce... que se trata de un secuestro».

El agente comprobó los papeles y le hizo abrir el maletero, el cual escudriñó con detenimiento. No había nada destacable excepto unas cuantas pelotas de ping-pong que rodaban por todas partes cuando el coche iba en marcha. Se las regaló un tipo que jugó con él y lo venció. Fue una especie de trofeo burlón dedicado a la derrota, la suya. No sabía qué hacer con las malditas pelotas. El agente cogió una de ellas y la agitó a pocos centímetros de su oído, hizo lo mismo con otras dos cogidas al azar. Le lanzó a Héctor una mirada significativa y la recibió sin pestañear. Encontró también una lata de cerveza vacía que goteaba un poco. Advirtió que Héctor tenía los ojos irritados y escarlatas.

—Tendrá que someterse a una prueba de alcoholemia —dijo el agente, mirando de cruzado a su compañero, quien había terminado con el coche que había delante. El tercer agente lo siguió—. ¿Le parece bien?

—Desde luego que sí —contestó Héctor.

«No sé, pero me huele a que va a ser una noche movidita..., y todo... por culpa de ese retorcido mental...».

—Pero escúchenme un momento —añadió—. ¡Mi novia ha desaparecido!

Los tres agentes se miraron entre sí sin pestañear.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el agente que le había solicitado la prueba.

—La estoy buscando, y por eso...

—¿Cree que alguien la ha arrojado al volcán? —inquirió el agente sonriendo.

—Le hablo en serio —Héctor alzó las dos manos; miró al agente sin ocultar su extrañeza por el comentario inoportuno, de mal gusto en su opinión.

—Bien, sople por aquí —le dijo el agente.

Héctor sopló y aguardó. No quería fastidiarla aún más. Había pasado el tiempo suficiente desde la última cerveza y se encontraba sobrio. Pero estaba seguro de que ya en ninguna parte sabe nadie dónde está el límite de nada. Recordó lo que había dicho en aquel bar de que el mundo ha muerto.

—No pasa del límite, aunque la cara que pone..., en fin, no se preocupe.

Héctor se quedó pensativo mientras el agente comprobaba otros pormenores del coche; revisó por segunda vez la documentación del vehículo, los gestos parsimoniosos de la cara revelaban que algo no iba bien.

—Es un coche de alquiler, ¿correcto? De Hakata Car.

—Sí, naturalmente que sí.

—Enséñeme la factura donde rece su nombre.

—¡Naturalmente! Se habrá quedado en la guantera... ¿Puedo?

—Por supuesto.

Sin quitarle la vista de encima, permitieron que Héctor mirase en la guantera y en otros rincones del vehículo, pero no encontró lo que buscaba. El agente se encogió de hombros y un compañero le murmuró algo al oído.

—Tendrá que acompañarnos —dijo el agente.

Héctor fingió sorpresa. Pero tras su rostro se distinguía la llama de desesperación que iba tomando nuevas y diversas formas. Empezó a transpirar por la frente y en sus mejillas aparecieron dos brillantes rosetones.

—¿Estoy detenido? ¿Detenido de verdad? —preguntó Héctor, bufando.

—No —le dijo el agente, señalándolo con un bolígrafo—, a menos que no quiera acompañarnos. Resolveremos este asunto y... el de su novia —añadió mostrando cierta indiferencia por la historia de la desaparición—; suba usted con nosotros, uno de mis compañeros cogerá su... coche —dijo al final, carraspeando.

Héctor asintió con la cabeza e hizo lo que le dijeron. Le hicieron subir en la parte de atrás del coche patrulla, cuyas puertas se bloquearon. ¿Estaba detenido? La pregunta yacía en su mente por mucho que le hubieran dicho que los acompañara. No dejaba de pensar al mismo tiempo en la pobre Hana. Tampoco podía abandonar la rabia contra el hombre del chubasquero rojo. Con los dedos de las manos entrelazados sobre el regazo miraba las luces que adornaban la noche por dondequiera que pasaran. Paciente pero sin una pizca de ánimo. De alguna manera esperaba que algunos truenos resucitasen y que alguien se riese a carcajadas viéndolo en esa situación. Luego, le concedería un soberbio refrán que lo ridiculizase todavía más. Con los pulgares, sin despegar los otros dedos, se limpió los lagrimales del agüilla que sueltan las penas. Uno de los agentes lo vio por el retrovisor, puso cara de compasión pero no se giró ni dijo nada.

II

Héctor se sentó en un despacho. Frente a él, un teniente de policía. A su lado, el agente que lo llevó allí. Junto a ellos una mujer sentada en una mesa más pequeña con las manos sobre el teclado de un ordenador.

—A ver, díganos su nombre completo —le dijo el teniente en inglés.

—Lo han visto en mi pasaporte, ¿a qué viene esto? —contestó Héctor nervioso.

—Su nombre completo —le repitió el teniente.

—Héctor Quijada Tapia.

—¿A qué se dedica?

—Diría que soy escritor, pero no me como ni una —Héctor bajó el tono de voz y lo volvió a subir—. La verdad es que he hecho este viaje para inspirarme y vaya...

Pensó en la sucesión de pensamientos que conducen a escribir algo coherente y se acordó de cuando creía que el éxito en una novela estaba en una receta secreta que jamás ha existido. Sabía que una idea aparece, luego otra, y otra. ¡Caray! Pero tenía que conectarlas entre sí y no lo hacía bien. O si sabía conectarlas, las ideas no eran buenas o no podía imaginar un buen final. Sin embargo, Hana lo inspiraba..., suspiró otra vez por su ausencia, quedándose abstraído con la mirada fija en la mesa que imaginaba como un desierto.

—Y ahora dígame el nombre completo de su amiga —dijo el teniente, dando dos golpecitos sobre la mesa—. Céntrese en lo que le digo.

—Hana Tukino.

—Así que su amiga, ha dicho que se llama Hana, ¿verdad? Y ha desaparecido.

—Sí, ha desaparecido.

—La conoce desde hace un par de días solamente y ni siquiera reside usted aquí, pero dice que es su novia. Explíquese.

Héctor cruzaba y descruzaba las piernas cada vez que le hacían una pregunta y se rascaba la cabeza continuamente. Los dedos de la mujer hacían sonar el teclado cada vez que alguien decía algo.

—Nos conocimos, nos enamoramos hace poco. Ha sido toda una aventura.

—¿No estará metido en algo sucio? —dijo el teniente carraspeando.

—No, desde luego que no, pero sospecho que la han secuestrado.

—No divague, por favor —el teniente lo cortó bruscamente.

—Es una larga historia.

—Pues haga el favor de contármela.

Héctor empezó a relatar una tortuosa pero resumida versión de los hechos. Con gran esfuerzo, por su parte, trató de borrar del bosquejo de su historia lo más irracional, lo que pudiera poner en entredicho su cordura e incluso su libertad. No lo consiguió. El teniente abría y cerraba los ojos tratando de digerir lo que Héctor decía, y tampoco lo consiguió. Se frotaba las manos y tocaba palmas con suavidad mientras escuchaba; de vez en cuando, después de intercambiar unas miradas con el otro agente, se giraba para mirar a la mujer que tecleaba en el ordenador. Ella no apartaba la vista de la pantalla, sonriendo con disimulo.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —preguntó el teniente—. ¿Nos toma el pelo?

—Le juro por mi vida que no —dijo Héctor, dando muestra de estar desolado; lloró delante de todos.

—Como lo veo... —intervino el agente sentado a su lado—, este hombre necesita ayuda médica. No sé qué es, pero algo le pasa, teniente.

—Continúe —dijo el teniente señalando a Héctor con una mano.

Héctor continuó con su relato, finalmente mencionó lo que hablaron con el señor Nakamura de Izumo, lo del helicóptero rojo y cómo Hana desapareció supuestamente camino del trabajo. En ningún momento dejó de remachar con la frase: Kaito, el hombre del chubasquero rojo. En varias ocasiones recurrió a describirlo tal como hizo nada más empezar. Y lo último que dijo de él fue que lo había citado en el país de la luz. La mujer tecleó con tanta fuerza que hizo resonar las últimas palabras. El teniente y el agente se miraban con gestos de perplejidad que compartían con una complicidad furtiva.

—El resto ya lo conocen —dijo Héctor para recabar.

—Y dice usted que no está inspirado —dijo el teniente—. Pues ideas no le faltan.

—No me ha tomado en serio —dijo Héctor—, lo entiendo. En su lugar, tampoco yo lo habría hecho..., pero es la verdad. De no ser así es que he perdido el juicio.

La puerta del despacho se abrió y el rostro perplejo de otro agente apareció tras ella. Carraspeó y el teniente le preguntó qué era tan importante para interrumpirlos.

—Acaba de llegar un hombre —dijo, señalando al teniente.

—¿Y qué quiere? —preguntó el teniente con orgullo.

—No sé, algo tiene que ver con este señor —señaló a Héctor—. Ha dicho que es el padre de Hana.

Héctor se quedó helado al oír lo que dijo. Si no recordaba mal el padre de Hana había muerto. Entonces creyó que sería Kaito y sonrió con malicia. Seguramente había llegado el momento de la verdad. Volvió a darse el gustazo de imaginar al hombre del chubasqueo rojo metido en una celda. Recobraría su rostro feliz secretamente sonriente, pero pudo comprender con una conmoción de sorpresa que en realidad muy pocas veces había tenido ese rostro.

—Hágale pasar —le ordenó el teniente.

El agente volvió acompañado de un hombre, pero no era el del chubasquero rojo. Lo que Héctor sintió fue que se le paraba el corazón por momentos. La adrenalina lo sacudió en forma de pinchazos

cardíacos. ¡Era el señor Nakamura! Dijo que a Hana se le había estropeado la moto y que había perdido el móvil, que no recordaba el número de Héctor para llamarlo desde otro teléfono. Era obvio que estaba mintiendo, dejando en ridículo a la propia mentira. Pero Héctor se tragó el intento de negar lo que dijo. Fue lo bastante listo como para intuir que era la única manera de evitar la prisión o un hospital para dementes. O quizá no pudiera evitarlo después de lo que había contado a la policía y acabara en uno de esos lugares junto a aquel hombre. En cualquier caso, había llegado a la triste conclusión de que nadie iba a ir con él a las faldas del monte Aso, ni mucho menos.

—Dígame —el teniente se dirigió al supuesto padre de Hana— ¿dónde, cómo se ha enterado de que este hombre está aquí? ¿A qué se debe su presencia?

—Me ha enviado un whatsApp —respondió el señor Nakamura—. No puede ser más sencillo.

—¿Quién se lo ha enviado? —inquirió el teniente.

—Él, ¿quién, si no? —respondió, señalando a Héctor.

—Tendremos que comprobar lo que dice, entiéndalo. Y entienda también que no vemos lógico que usted conozca tan íntimamente a un extranjero que de un día para otro está teniendo un romance tumultuoso con su hija, y que además dice cosas raras como que la han secuestrado.

El señor Nakamura explicó que Héctor había tenido un accidente hacía muy poco y que se encontró casualmente con su hija y Héctor en el hospital cuando fue a hacerse unas radiografías. Añadió que había recibido un golpe en la cabeza y que eso justificaba los ligeros desvaríos que sufría, de tarde en tarde, pero que no era nada serio. Estaba bajo tratamiento médico y no había por qué preocuparse. Héctor se quedó impávido sin poder salir de su estupefacción, no pudo pronunciar una palabra y no deseaba hacerlo. Cada mentira de aquel hombre representaba una tabla de salvación para él. Además las decía de forma que sonaban a la más pura verdad, aunque no para él que le parecían voces endemoniadas.

El teniente era un hombre muy perspicaz, aunque también poco amante de pasar noches en vela perdiendo el tiempo con borrachos, majaderos y niños. Quería zanjar el asunto cuanto antes y tomarse un té caliente. Llevaba tres noches seguidas de guardia y eso no le gustaba. Solicitó que ambos mostraran el mensaje de envío y entrada. Héctor lo buscó palpitándole las sienes. El señor Nakamura fue el que primero se lo enseñó al teniente. Héctor no lo encontraba, aunque el teniente no se percató.

—Es suficiente —dijo el teniente bostezando.

—Este es el resguardo de alquiler del coche —dijo el señor Nakamura, dejando el resguardo encima de la mesa—. Lo encontré en el suelo —dijo, mirando a Héctor—, pero cuando me di cuenta ya os habíais marchado. Y nadie ha secuestrado a mi hija, ha sido solo un mal entendido.

—Por lo que a mí respecta... pueden irse..., y una cosa —dijo el teniente, mirando a Héctor—: no le conviene tanto estrés. Para eso está usted de vacaciones...

Unos minutos después Héctor estaba en el coche; a su lado, el señor Nakamura.

—¿Y bien? —preguntó Héctor esperando hallar la razón en la respuesta.

—Mejor será que no me pregunte —dijo el señor Nakamura.

—Podría ser lo mejor, porque tendría que saber si usted es de verdad el padre de Hana, por qué ella fingió no conocerlo, qué sabe realmente del tipo del bar, de dónde ha sacado el resguardo, por qué ha venido a ayudarme, quién le ha puesto al corriente de lo que estaba pasando, cómo ha podido encontrarme, cómo ha llegado el whatsApp que yo no le he enviado a su móvil, por qué esa sarta de mentiras, y para no dejarme nada en el tintero, quién es usted, por qué sabe tanto del hombre del chubasquero rojo, y si acaso tiene algo que ver con él —dijo Héctor en una única y larga respiración.

—Arranque, por favor.

Héctor le hizo caso, metió el resguardo en la guantera, quitó el freno acelerando. Un humo cerúleo salió de debajo de los neumáticos y su acompañante ladeó la cabeza en señal de desaprobación.

—Contésteme —dijo Héctor.

—Esa manera de conducir, delante de la comisaría, no es la mejor en su situación —dijo el señor Nakamura.

—Tiene toda la razón —dijo Héctor, mirándolo con el ceño fruncido—, pero ¿va a contestarme o qué? Diga al menos cómo ha conseguido el resguardo, cuando fuimos a verlo llevábamos una moto, ¿lo recuerda?

—Deténgase en el tercer cruce a la derecha si es tan amable.

Héctor se detuvo, elevó los hombros y lo miró atentamente.

—Tengo que apearme aquí —añadió.

Héctor lo asió de un hombro, pero se soltó y salió del coche con suma rapidez.

—Ahora no puedo dar explicaciones —dijo el señor Nakamura, asomándose por la ventanilla—, pero haga lo posible por ir al país de la luz.

—¿Por qué insiste tanto?! ¡Es otro farsante! —gritó Héctor encolerizándose.

El señor Nakamura le dio la espalda, apresurándose hacia las puertas abiertas del autobús que acababa de detenerse.

—¡Eh! ¡Eh, usted! —gritó Héctor, saliendo del coche. Vio cómo subía al autobús junto a tres pasajeros y dio un puñetazo al capó.

—¡No olvide lo que le dicho! —gritó el señor Nakamura, las puertas se cerraron.

Héctor volvió la mirada: un coche de policía llegaba hasta él, pero pasó de largo y suspiró. Luego, continuó su camino otra vez hacia Kumamoto, mirando por el espejo retrovisor.

III

Héctor abrió la boca para protestar ante el mismísimo cielo, pero lo detuvo una carcajada seguida

de otra. La decisión final estaba tomada: estaba completamente loco, pero loco o cuerdo continuaba en la brecha por Hana. No sabía si coger la fe, el misterio inspirador, lo inesperado, todas esas mojigangas, y silenciarlas ante su indiferencia. O tal vez tomar el siguiente vuelo sin más aplazamientos. Frenó a fondo varias veces sin llegar a pararse, los cilindros del coche aullaban con los acelerones que seguían a los frenazos. Se la estaba jugando y lo sabía. Al cabo de un rato la conducción se volvió más tranquila, demasiado tal vez. Respiraba suave, con un apagado ritmo de cansancio, cabeceó levemente y se asustó. El coche se descaminó hacia la izquierda, aunque logró corregir la dirección. Decidió interrumpir el viaje al ver un descampado, se imaginaba el coche con el frontal demolido contra la valla de protección o incrustado en alguna señal. Aparcó el coche tras un árbol de tronco grueso.

Se estaba adormeciendo al abrigo del calor que todavía no se había disipado. La calefacción la había puesto al máximo y tardaría en volver a tener frío. Durmió un poco y se despertó pensando en una mujer de aspecto despampanante, de mediana estatura y huesuda, rubia. Era el vivo retrato de su ex-mujer, la que enseguida se transformó en la morena de larga cola y ojos rasgados que mandaba en su corazón. Se volvió a dormir a pesar de que ahora sentía frío y se despertó temblando. El reloj marcaba las 7:05 de la mañana. Pronto amanecería, aunque tenía tiempo hasta las doce en punto.

Salió del coche para estirar las piernas; apretaba los músculos por el instinto de paliar el frío. Se encendió un cigarrillo que brillaba, como si fuera un ojo de gato, en la oscuridad y lo apuró con ayuda de la brisa, que le robó la mayor parte. Apagó la colilla en el cenicero del coche, era muy meticuloso con esas cosas, amaba más que a nada la naturaleza, pero ignoraba que esa era la clave de todo aquel misterio. Súbitamente se le ocurrió la idea de ir al aeropuerto demasiado en serio. La renta del coche estaba pagada por un mes, tan solo tenía que llamar y que fueran a recogerlo, dejaría las llaves bajo la alfombrilla. Pero se le detuvo el pensamiento escuchando un par de truenos inesperados; eran flojos, sin embargo, no tenían cabida en un cielo henchido de estrellas. Los sintió como voces que lo amenazaban con hacerlo trizas si continuaba con la idea de volverse atrás.

—¡Escúchame! Haga lo que haga —dijo mirando a lo alto— será lo que me dé la gana. ¿Y sabes? No te molestes en volverme loco, ya lo estoy. En realidad tú eres el producto de mi locura. Así que voy a joderte, solo tengo que coger ese avión.

Se quedó aguardando a que se desencadenara otra tormenta, pero los truenos no continuaron. La madrugada estaba clareando. Volvió al coche trazando en su rostro una sonrisa ladina que no habría gustado al hombre del chubasquero rojo. Pero el coche no arrancó y la sonrisa se convirtió en un apretar de dientes. Después de muchos intentos lo dejó por imposible. Era la tercera vez que eso ocurría.

—¡Miserable! ¡No eres una tormenta, eres una cloaca! —gritó clamando diablos.

La suerte estaba echada. Ahora tenía que caminar los quince kilómetros que le separaban de Kumamoto. Desde allí cogería el tren, y en hora y media lo dejaría en la estación de Aso. Tenía un destino ya inevitable: enfrentarse al hombre del chubasquero rojo en el país de la luz. Si volvería o no a ver a Hana sería parte de esa suerte. Pero no sabía si llegaría a tiempo y eso le produjo cierta desazón.

Se puso el impermeable y se aseguró de llevar encima la documentación. Luego, se metió las llaves en el bolsillo y se dispuso a circular a pie por el arcén izquierdo de la carretera. Le quedaba suficiente dinero para el tren, pero ¿y después? Lo mejor sería no pensarlo, e incluso a fin de cuentas alguien le había dicho que el presente es inmenso y que se concentrase en la acción. Ya no sabía si lo que sentía por Kaito era amor u odio. Lo dejó en la controversia y caminó a paso ligero pensando en la paradoja. Sonrió para sus adentros disfrutando del amanecer.

Seguía caminando, meciendo los brazos a los costados. Se detuvo torciendo la cabeza para mirar detrás de él con los ojos muy abiertos, como si algo lo acechara. Lo hizo varias veces pero no vio más que los vehículos que pasaban de largo. Miró el reloj y eran las nueve y media. Entonces aligeró el paso al límite de la fatiga, tratando de devorar los pocos kilómetros que le quedaban hasta la estación de Kumamoto. Llevaba el impermeable con las mangas anudadas a la cintura y el suéter arremangado, pero aun así sudaba. Empezó a correr algunos tramos a zancadas cuyo ritmo no podía mantener. Eso lo obligaba a pararse y era peor que ir más despacio.

De repente se le aflojaron las rodillas, vio pasar una moto, una Honda idéntica a la de Hana, y quienquiera que la condujese... llevaba un casco blanco y una cazadora del mismo color. Echó a correr gritando y haciendo aspavientos. Dio varios brincos con las manos en alto, pero la moto desapareció, en segundos, en un horizonte que ondulaba a lo lejos por el efecto óptico del sol cayendo sobre la carretera.

«¡Un momento! No tenía rayas azules, el casco solo era blanco...».

Sintió un alivio merecido, pero... le pareció ver un trozo de coleta que asomaba por debajo del casco y unas caderas curvadas. Volvió a cambiar la idea: no estaba loco, lo querían volver loco. Pero ese persistente cambio de ideas seguía siendo lo que más lo hacía enloquecer. Tenía que acabar con eso.

«A ver si podéis conmigo, venga, vamos, no os privéis del placer de saber quién puede más... pero... ¡tendréis que echarle huevos!».

Lo dijo en plural sin darse cuenta, y de algún modo se quitó la culpa de encima.

«Cada historia tiene un final, nadie puede impedirlo. Pero esta maldita historia es lo que me corroe. Pues bien, me entregaré a ella sin resistirme».

—¡Estoy inmunizado y dispuesto a todo! ¿No lo sabíais? —dijo en voz alta.

Consiguió llegar a Kumamoto cinco minutos antes de las diez y media. Cogió el tren que lo dejaría en la estación de Aso. Con suerte, a las doce en punto como estaba previsto. Pero... de la estación a donde había quedado aún tenía un trecho, un autobús... Jadeó de impaciencia. La puntualidad era quizá la peor de las maldiciones de la gente civilizada, pero ese reloj tan inhumano le podía parar el corazón en cuanto empezase a sentir la ansiedad del estrés. Temía por lo que pudiera suceder si no llegaba a tiempo. Si no llegaba la rueda del absurdo seguiría girando.

«Cálmate, seguro que llegarás a tiempo, alguien está interesado en eso».

Las once y cuarto. Héctor escudriñaba por la ventanilla del tren queriendo hallar vestigios de estar acercándose a su destino. Todavía no. Sentado a su lado, un hombre lo miraba con ojos indiscretos.

Héctor se sintió incómodo porque eran unos ojos grandes, saltones, con el párpado superior muy arrugado. El hombre no dijo nada durante todo el trayecto, pero al final habló tras un leve gesto de cortesía.

—No me extrañaría que hubiera tormenta —dijo el desconocido.

—Casi seguro —contestó Héctor.

—Aso no es un buen sitio para una tormenta —replicó el desconocido, apoyando la mano en el brazo de Héctor, en señal de cordialidad.

Héctor retiró el brazo inmediatamente e hizo una pausa teatral.

—Seguro que no —dijo, disimulando.

Los ojos saltones del desconocido lo seguían mirando expectantes.

—No le haga daño —dijo el desconocido, de repente.

Héctor quiso preguntarle a quién tenía que hacer daño, pero el desconocido se le anticipó, hablando con parsimonia.

—Si sigue usted con ella —dijo— la va a perjudicar. Mire lo que le está pasando por su culpa, no están hechos el uno para el otro.

Héctor estalló en carcajadas, como muestra fidedigna de que no iba a aflojar ante una paranoia que no era más que la muerte anunciada de aquella patética historia, de lo cual estaba convencido.

—¿Quién narices eres? No te molestes en decírmelo, lo imagino —dijo Héctor.

—El padre de Hana —contestó no obstante el desconocido—, Omura Tukino.

Héctor volvió a estallar en carcajadas, todavía más fuerte que antes.

—Tengo entendido que el padre de Hana ha muerto, ¿qué me dice? —Héctor se rio otra vez—. No es usted el primer pretendiente, tiene otro padre, un tal Nakamura, y no sé con cuántos apellidos más. ¿Para quién trabaja? ¿Para el hombre de las mil caras?

—No sé de qué me habla.

—¡Oh, ahora eres mi suegro! Eres patético, Kaito, hasta un niño se daría cuenta de...

La frase no terminó de salir de su boca. Se notificó de la inmediata llegada a la estación de Aso. Cinco minutos después el tren accedía al andén y...

—¡¿Pero, cómo?! —exclamó Héctor.

Vio pasar corriendo a un hombre con un chubasquero rojo, una imagen que lo tenía más que harto. Miró al supuesto padre de Hana y al que corría como si fuese de paseo, no iba muy rápido. Antes de desaparecer giró la cara y vio que era Kaito. Había pensado que Omura era Kaito, pero...

«Bien, me importa una mierda quién seas y de qué va esta escenita».

—Discúlpeme, caballero, tengo que apearme —dijo Héctor—. Ah, recuerdos de mi parte a Kaito.

Omura se le quedó mirando con los ojos que parecían todavía más saltones. Con una mano, Héctor le hizo una reverencia irónica y sonrió despectivamente. Una vez en el andén respiró hondo. El cielo azul se había vuelto gris y eso era justamente lo que esperaba.

—¡Déjela en paz! —gritó Omura, que acababa de bajar del tren.

Héctor echó a correr lo más rápido que pudo, pero Omura fue tras él. Héctor y su perseguidor desaparecieron de la vista del andén, escalera arriba, subiendo los peldaños a grandes saltos. Al llegar arriba tropezó con sus propios pies; a punto de caer al suelo recuperó el equilibrio. Cruzó la puerta y se encontró en la calle.

—¡La amo! —gritó Héctor, deteniéndose y girándose para ver a Omura, quien lo seguía a cierta distancia.

Reanudó la carrera mientras la gente observaba lo que parecía ser una ruptura de la monotonía de un día cualquiera. Pero el interés era muy vago a pesar de que Héctor empujó a varios transeúntes pendiente de su perseguidor. La sombra amenazadora de una tormenta se cernía sobre Aso cada vez con más certeza. Pero lo que más preocupaba a Héctor era llegar a tiempo al país de la luz, a pie del volcán. Y faltaban diez minutos para las doce. Aumentó el ritmo de la carrera, tenía que coger el autobús. Dobló una esquina y Omura le cortó el pasó; seguramente habría dado un rodeo incomprensible.

—Por lo que más quiera, haga lo que le diga Kaito —le ordenó Omura—, y no busque más a mi hija. Cuando esto acabe vuelva a su país. Ahora, coja un taxi, irá más rápido.

—No pienso quedarme aquí el resto de mi vida —la voz de Héctor sonó firme y segura—. Pero es usted el que tiene que dejar en paz a Hana. Y a mí. Espero que no me siga. Hasta la vista.

Héctor flanqueó a Omura hacia su derecha y echó a correr otra vez hasta que vio un taxi que solicitó apresuradamente con el brazo en alto. Todavía pudo ver al fondo a aquel tipo plantado. Su futuro suegro. Sonrió pensando en qué elegir, un duende de la saga de los Kaito o un muerto. Hana se lo aclararía si volvía a verla.

IV

Las doce en punto. El taxi dejó a Héctor en los alrededores de la cara oeste del monte Aso. De su cráter emanaban vapores de varios colores que se mezclaban con los primeros rayos que divergían en el cielo. Parecía como si la naturaleza quisiera asustar a la gente, mejor dicho, a la escasa gente que todavía quedaba y que se estaba retirando. El taxista se lo había advertido: estaban cerrando la zona, no se podía permanecer allí a menos de un kilómetro debido al aumento de gases. Héctor recapacitó que el viaje había sido en vano. En apenas media hora el lugar quedó desierto, pero Héctor se mantuvo en sus trece aguardando. Lo echarían de allí, pero no vio a ningún guarda, solo precintos que impedían el paso. Se fijó en el que había a la entrada al teleférico.

Alguien le tocó en el hombro por detrás. Héctor no se sobresaltó, esperaba que Kaito apareciese

como un ilusionista. Se giró y sus ojos se enfrentaron a los de Kaito a una distancia muy íntima. Llevaba puesta la capucha roja. Dio un paso atrás, sin decir nada, casi sin respirar. Kaito tampoco abrió la boca.

El viento los empezó a fustigar con su empuje y sus tétricos mugidos. Las nubes se enroscaban sobre sí mismas, unas negras, otras moradas, otras amarillentas, por las descargas eléctricas. Héctor trató de ponerse la capucha con dificultad, pues el aire se la arrancaba cada vez que lo intentaba, hasta que logró hacerse un nudo en el cordón en el último intento. Un rayó atravesó los cielos tronando con ciclópea violencia y formando reverberaciones por todas partes. Se divisó hundirse en el cráter. Empezó a caer un velo de lluvia que provocó un aumento de la emanación de vapor.

—Así es como vas a acabar conmigo —dijo Héctor—, asfixiándome.

—Date prisa —dijo Kaito, cogiéndolo de un brazo.

Héctor no se resistió seducido por su ansia de reunirse con Hana.

Una cortina de agua los estaba bañando; Héctor miraba por todas partes, tratando de ver algo, parándose cada dos o tres pasos, pero Kaito tiraba de su manga.

—¿Dónde está Hana?! —gritó Héctor. El apresurado caer del agua y el silbante rumor del viento se interponía entre su voz y la de Kaito.

—¡No lo sé! —le dijo Kaito.

—¿Cómo que no lo sabes?! No me hagas perder los estribos, por favor... —dijo Héctor a punto de estallar en cólera.

—No lo sé —repitió Kaito.

—Entiéndelo —dijo Héctor, tratando de controlar su ira—, si no me dices dónde está Hana, esta vez sí, te mataré —dudó un poco y prosiguió—. Lo más seguro es que no lo consiga, pero no te bastará esta vez con doblarme el brazo, tendrás que matarme tú a mí. ¿Lo entiendes? Eso, si no nos fulmina antes un rayo o morimos ahogados. Y es... es... es lo más probable —añadió Héctor, tosiendo repetidas veces—. ¡Un momento! No irás a decirme que ella está ahí arriba, porque si es así es que está muerta.

—¡Vamos! Tenemos que llegar al cráter.

Héctor se echó encima de Kaito. Se apartó y Héctor cayó al suelo de bruces, en un charco.

—¿Por qué?! ¿Por qué me está pasando esto?! ¿Por qué?! —gritó hasta que la voz se le ahogó en la garganta. Dio unos cuantos puñetazos al agua del charco y escupió el barro que le había entrado en la boca. Se puso a cuatro patas sin ánimo de levantarse.

—Eres un cobarde —dijo Kaito.

Héctor cerró el puño derecho, sosteniéndose con la otra mano aún sumergida en el charco. Lo abrió y dio otra palmada en el charco, aunque esta vez cerró la boca y el barro solo le maquilló la cara. Qué había pasado con Hana daba vueltas en su cabeza. La tormenta continuaba bramando en el cielo. Por su rostro cruzó una vaga expresión de ira que se transformó en pasmo. Se estaba acercando un helicóptero pero no era rojo, quizá peor, una patrulla de vigilancia de los volcanes buscando turistas rezagados.

—¡Vamos! —exclamó Kaito, ayudando a Héctor a levantarse.

Entraron al andén del teleférico. El helicóptero lo sobrevolaba, seguramente no los habrían divisado, Héctor resopló y escupió un poco de barro que le quedó pegado a los labios. Kaito lo miró inmutable. El aparato se alejó con sus zumbidos.

—Aguarda un momento —dijo Kaito. Su voz era suave pero intensa.

Salió fuera del andén y regresó enseguida. Traía una cuerda enrollada al hombro que arrojó dentro del teleférico.

—¡No pretenderás que suba ahí! —Héctor señaló al teleférico.

—Entra antes de que vuelvan —dijo Kaito.

—No quiero ni pensar si nos pillan aquí y en estas condiciones.

—¡Entra!

—En serio, no quiero meterme en más líos.

En su miedo se había olvidado de reaccionar, a pesar de todo, y Kaito aprovechó para hacerlo entrar a empujones. Le flaquearon las piernas pero intentó darse ánimos pensando una vez más en Hana.

—Aguarda —le dijo Kaito por segunda vez.

—¿A dónde vas? ¿Y para qué es esta cuerda?

Kaito no le contestó, lo hizo callar con un gesto y fue a la cabina que controlaba el teleférico. Activó el mando y empezó a subir perezosamente, primero a trompicones. Los relámpagos no paraban de estallar. Héctor quería gritar, pero tenía un nudo en la garganta. El humo de las emanaciones se lo impedía todavía más.

—¡Eres una víbora! —gritó Héctor, enfurecido, después de toser y aclararse la garganta a duras penas.

Continuó subiendo y se paró de repente, bruscamente. El vagón del teleférico se balanceó al detenerse. El viento hizo después que se balancease durante más tiempo. No había demasiada altura hasta el suelo, unos cinco metros tal vez, pero eso bastaba para mantenerlo en una especie de prisión aérea.

—¡Sácame de aquí, desgraciado! —prorrumpió Héctor, y volvió a toser.

—¡Utiliza la cuerda! ¡¿O eres un cobarde?! —le gritó Kaito desde abajo.

Una tromba de agua obligó a Héctor a callar. La tromba trazaba bandas cromadas sobre el cielo y que, al caer sobre el cráter, generaban todavía más vapor. El espectáculo era estremecedor. Un rayo muy brillante que duró veinte segundos impactó en una roca provocando un pequeño alud. Algunas piedras colisionaron con el vagón. Las retinas de Héctor se contraían ante la visión apocalíptica que tenía ante sí. Un destello ocre que se elevaba por encima del cráter iluminaba el día que se había transformado en noche. Ni la más oscura, sin estrellas ni luna, podía compararse. Héctor se echó boca abajo, asido de las patas de un asiento.

—¡Es hora de vencer el miedo! —oyó que gritaba Kaito.

Héctor se incorporó en una breve tregua al balanceo del vagón; pegó su cara a la ventanilla y pudo ver un foco de luz que se acercaba y chispeaba en la cortina de agua, la cual parecía haber disminuido un

poco.

—¡Dios mío! —exclamó Héctor, desconcertado.

Lo último que habría hecho es bajar por la cuerda que Kaito arrojó al vagón, pero se volvió loco de exaltación al ver que el foco que había visto era de una... moto, si bien no pudo distinguir más. Ató un extremo de la cuerda a un asidero. La desplegó con la intención de descolgarla por la puerta, la cual no se abría. Pulsó varias veces el botón de apertura, pero el motor solo chasqueaba sin llegar a coger fuerza.

La moto que había visto Héctor se detuvo delante de Kaito, bañándolo con un aura de luz que hacía reflejos en las gotas de agua que pendían de su barba. Se apeó una figura con un casco blanco y rayas azules. Es lo único que Héctor pudo distinguir. Kaito miraba a la visera del casco donde se veía caer el agua en forma de cascada. No podía ser nadie más que Hana. Pero no se quitó el casco; se dirigió, sin decir nada y sin apagar las luces de la moto, a la cabina de control.

—Ya has vencido el miedo, ahora márchate —le dijo Kaito, siguiéndola.

Ella ignoró sus palabras. No tenía interrogantes que resolver, solo quería liberar a Héctor y huir con él hasta los confines de la Tierra. Kaito emitió un sonido extraño que hasta la fecha no habían escuchado de él. La tormenta empezó a tomar un nuevo envite de furia, se oyó un estrépito y un árbol cercano cayó derribado por la arremetida de un rayo. Una turbonada de viento hizo tambalear el teleférico y Héctor tuvo que cogerse del primer asidero que pudo. Más de un centenar de relámpagos traspasaron los cielos, ahora todavía más fuliginosos, tejiendo una vasta red de estrías azules. Kaito interceptó a Hana, se puso delante de ella impidiéndole accionar la palanca que ponía en marcha el vagón. La arrancó de una patada para que Hana no pudiera intentarlo de nuevo.

—¡No te saldrás con la tuya! —le dijo Hana—. ¡¿Me oyes?!

—La ira te está traicionando —dijo Kaito.

—¡Eres un cínico! Héctor tiene razón —le dijo ella, quitándose el casco. Luego, suspiró de cansancio alisándose el cabello con las manos.

Héctor estaba forcejeando con la puerta; logró abrirla y echar el otro extremo de la cuerda. Sintió vértigo al mirar abajo. Sentado, con las piernas fuera del vagón y asido de la cuerda, se sintió paralizado. La visión del vacío desde la cornisa en la azotea de aquel hotel se despertó en su cerebro. Sintió náuseas y una jaqueca repentina, además, el olor a azufre le era insoportable. Tras otra ráfaga de retumbos inflamados de fuego se armó de valor y se descolgó por la cuerda. Casi no podía respirar. Se deslizó un tramo, pero un golpe de viento lo zarandeó; sintió que se le desgarraban los hombros. El ulular del viento era fantasmagórico. Oyó un crujir de madera que debía de provenir del árbol medio incinerado por el rayo.

Hana se apresuró hacia la moto, la cual seguía en marcha. No cogió la carretera que llevaba al cráter, fue campo a través. Las ruedas se atascaron en el barro, pero logró continuar hasta situarse debajo del teleférico, el cual se bamboleaba en el aire. Héctor se hallaba a menos de los cinco metros. Gritó a Hana que apartara la moto y la apartó. Luego, se soltó de la cuerda y cayó al son de un alarido. Consiguió

caer de pie y apenas tocó el suelo se abalanzó sobre Hana, envolviéndola con los brazos. Llevaba una llaga en la mano izquierda debido a la fricción contra la cuerda. En la mano derecha se apreciaba un corte sangrante. Le subió la visera del casco y se la quedó mirando a los ojos, pestañeando por la lluvia torrencial. Tuvo otro acceso de tos y Hana también tosió un poco.

Hubo otra arremetida de viento y estallidos eléctricos. El diluvio se volvió de tal magnitud que hasta el cráter perdió parte de su resplandor. Subieron a la moto y virando a la izquierda volvieron a la explanada donde todavía se hallaba Kaito. Conducía Hana y se detuvo frente al hombre con el chubasquero rojo, fosforescente por los relámpagos y el aire cargado de azufre. Héctor se dirigió a él lentamente, como dos pistoleros que se batían en duelo en el Oeste. Hana fue detrás de él.

—Ha llegado el momento —dijo Héctor, todavía jadeando.

—¿Cuál? Ningún momento puede llegar —contestó Kaito.

—¡No te escudes ahora en tus propias idioteces! —dijo Héctor.

—Es el momento de dejarnos en paz, ¿qué tal así? —intervino Hana.

—Ningún momento llega... el momento siempre está delante de ti y es eterno —dijo Kaito con su acostumbrada inmutabilidad. Ni aquella tempestad lo alteraba.

—Ninguna persona que se tenga por buena, que dé consejos —dijo Héctor—, es capaz de hacer sufrir a nadie, aunque tú..., tú no eres una persona. Ahora, elige: guerra o paz. Y hazlo pronto.

—Yo no puedo hacerte sufrir —dijo Kaito, dándose la vuelta—, ni nadie. Eres tú quien reacciona a los acontecimientos.

—Métete esa mierda donde te quepa —dijo Héctor.

—¡Basta ya! —exclamó Hana.

—Os dejaré en paz si sobrevivís a esto —dijo Kaito, como si explicase las reglas de un juego, pero no lo era. Les dio la espalda con impudicia y anduvo una distancia de treinta metros. Ellos lo alcanzaron a pie y Héctor se encaró a él.

—¡Vas a dejarnos en paz! —gritó Héctor.

Kaito alzó los brazos al cielo. Un rayo cayó sobre la moto haciéndola saltar por los aires en medio de una bola de fuego que iluminó la noche, imponiéndose al volcán. Hana creyó que los tímpanos le estallaban y soltó un chillido abrazándose ella misma. Héctor la hizo agachar y acurrucarse a su lado con las manos en la cabeza. Se quedaron atónitos mirando los restos calcinados de la que había sido una preciosa Honda.

—No os podéis volver a ver —dijo Kaito—. Es la condición para dejaros en paz.

—¡Tú estás loco! —gritó Héctor, señalando a su frente con la mano.

Hana le propinó un bofetón a Kaito, pero lo esquivó como cabía prever. Después, Hana tiró el casco junto a Kaito y asió la muñeca derecha de Héctor, para no lastimarle la mano, y echaron a correr contra una nueva tromba de agua que iba a ahogarlos si no amainaba. Kaito no habló, no se movió ni hizo nada para impedir su huida. Únicamente los vio alejarse sonriendo. Sin embargo, era una sonrisa de falsa

condescendencia que les estaba regalando antes de darles el golpe de gracia.

La luz de un relámpago los cubrió; también hubo una corriente de intenso calor proveniente del cráter que duró poco. Al fondo se oyeron unos chirridos, probablemente del roce del cable del teleférico con las poleas. Héctor quiso decir algo pero las palabras se negaron a pasar por sus labios. Iban a morir sin demora. El firmamento estaba tan inflamado que sobrevivir no parecía ni siquiera una posibilidad. Aunque el estallido de luces era hermoso y eso hacía que el temor se aplacase un poco.

V

Corrieron sin una dirección fija, Héctor tosía cada vez con más fuerza y Hana se tapaba la nariz con una mano. Iban y volvían en círculos hasta enfilarse por un camino con un letrero que decía: «Aso-Kuju». Indicaba muchas direcciones en el parque, pero cuál tomar era casi una adivinanza en el ojo de una tormenta como aquella en la que se hallaban. Esta se agravó con una nueva embestida, tal vez la última por su apariencia de cataclismo. Cayeron algunos rayos seguidos, desparramados por todas partes, aunque lo suficiente alejados de ellos. Se abrazaron mientras el agua los cubría más arriba de los tobillos. El camino parecía un torrente.

—¡Moriremos juntos! —exclamó Hana su coraje muy cerca del oído de Héctor.

Se le distinguía la determinación y el carácter de honor que prendía en sus ojos como una llama, la sangre de su estirpe que Héctor admiraba.

—No es lo que tengo previsto —dijo Héctor sonriendo a la fuerza—, pero tienes razón, si no salimos de esta al menos estaremos juntos para el final.

—Nos está siguiendo —dijo Hana—, corramos.

—Nos quiere vivos para desangrarnos —contestó Héctor— hasta la última gota de seso y cordura.... y amor —añadió, farfullando.

La imagen borrosa de Kaito se veía entre la cortina de agua. El rojo se distinguía como un reclamo provocador y un signo de ofensiva. Héctor no pudo reprimir la rancia idea de ver un demonio liberado del averno, aunque Kaito le había parecido tantas cosas que poco importaba eso ya. Oh, pero si él era una tormenta, la misma que iba a acabar con ellos si Dios no lo remediaba..., continuaron la carrera durante casi media hora. Kaito todavía los seguía a distancia. Héctor no podía quitarse de la cabeza la sonrisa paranoica del hombre del chubasquero rojo, y estaba seguro de que no había dejado de sonreír. Su interés por ellos iba más allá de toda duda.

Iban jadeando, sin dejar de mirar hacia atrás. Vieron una grieta entre dos rocas y se metieron por ella. Formaba una concavidad con una rampa de lava apoyada entre ambas y que hacía de techo. Aunque

no contaban con más de cuatro metros cuadrados, al menos se resguardarían un poco del diluvio. Necesitaban coger lo irracional y ponerlo en otra perspectiva, ¿pero cuál? Ya no les quedaba ninguna, excepto la de resistir todo lo que pudieran antes de morir ahogados o carbonizados. Por lo pronto, el suelo estaba cubierto de más de dos dedos de agua. Y no cabían de pie.

—¿Crees que nos encontrará? —preguntó Hana.

—Sin duda que sí —dijo Héctor jadeando—. Pero dime antes dónde has estado, qué te ha ocurrido. ¿Y cómo has escapado de él? A veces pienso que tú y él...

—Él y yo..., ¿qué?

—Bueno, no estoy diciendo que estés escondiendo al monstruo en el sótano.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Hana, arqueando las cejas.

Héctor presagió estar a punto de ser un desconsiderado con ella y no continuó con su burda insinuación. Se afirmó en la autodeterminación de seguir adelante.

—Olvídalo, ya me contarás... —dijo. Luego, hizo un gesto oscilante con el dedo pulgar—. Ahí lo tenemos.

—¡Qué infantiles sois! —exclamó Kaito, plantado frente a la entrada de la cueva.

—¡Acabemos de una vez! —gritó Héctor.

—No vamos a separarnos, da lo mismo vivos que muertos —dijo Hana.

—Lo único que espero de vosotros es un último acto de fe —dijo Kaito.

—¡Un acto de fe! —exclamó Héctor, dando muestras de incomodidad. Le dolían las rodillas de estar en cuclillas. Tosió, estremeciéndose de frío—. ¡Otra vez la palabrita mágica! Pídesela a nuestros futuros descendientes para que puedan creer lo que tal vez algún día les contemos. Eso, si logramos sobrevivir.

Su voz había adquirido un tono nasal, como en un constipado que estuviera a punto de iniciarse. Estornudó varias veces y su voz se volvió más nasal todavía. Se sonó la nariz de una forma insolente. De repente oyeron otra vez el ruido de un helicóptero y esta vez no era del parque, sino el rojo. Aterrizó frente a ellos. La lluvia que impactaba en las aspas metálicas repiqueteaba en los oídos de Héctor, pero fue un trueno explosivo lo que los impelió a salir fuera de la cueva. Era más peligroso estar dentro que afuera. Héctor besó a Hana delante de Kaito en un alarde de irónica determinación.

—¿Lo ves? Manda ese aparato al infierno de donde haya salido —dijo.

Kaito cogió a Hana de un brazo y la arrastró hacia el helicóptero.

—¡Ella se marcha, tú te quedas aquí! —exclamó solemne.

Héctor trató de impedirlo, cogiendo a Hana del otro brazo, pero se dio cuenta de la fuerza descomunal de Kaito. Los arrastró a ambos varios metros. Héctor descargó un golpe con su puño derecho a la cara de Kaito, pero dio una vez más en el aire perdiendo el equilibrio. A continuación se puso delante del aparato impidiendo el acceso a Kaito, y a sus espaldas bajó el que debía ser el piloto, un tipo delgado con gafas, pero no llevaba uniforme, solamente un chándal negro. Se abalanzó sobre Héctor y lo

empujó. Héctor le asestó un puñetazo en la cara, le quitó las gafas, las cuales le quedaron colgando de una oreja y cayeron al suelo. Héctor las pisó con ardor, triturándolas. De la mano con que había golpeado al piloto le manaba un poco de sangre; era la herida que se había hecho con la cuerda.

—¡Nos largamos! —gritó Héctor, dirigiéndose a Hana.

Ella lo obedeció con una sonrisa en los labios. Echaron a correr una vez más. El piloto, aturdido y presa de una rabia delirante, se metió en el helicóptero y despegó hacia los cielos relampagueantes. Kaito miraba como un simple espectador.

Anduvieron perdidos hasta que se encontraron con unos caballos tras una valla, se hallarían probablemente en los alrededores de Eboshi-dake; los caballos debían de estar acostumbrados a las excursiones. Hana saltó la valla, tanteó una portezuela y vio que el candado estaba abierto. Alguien habría olvidado cerrarlo con las prisas. Sacó dos caballos estirándolos del ramal. Pero los animales estaban muy nerviosos debido a los truenos. Héctor la ayudó, acariciándolos. Cantidades ingentes de agua caían a chorro por sus lomos. Pero algo estaba sucediendo. Tras un último chispazo de electricidad, las nubes comenzaron a desplazarse hacia el este y el cielo fue perdiendo su espeluznante aspecto de juicio final. Los caballos relincharon.

—¿Te atreves a montar sin silla? —preguntó Hana.

—Una vez monté a una mula sin silla, no creo que sea muy diferente.

Los caballos eran dóciles y una vez pasada la tormenta no les fue difícil hacerse con ellos. Hana se mantuvo fácilmente erguida, Héctor hundía los talones en los flancos del caballo y con el pecho casi tocaba el lomo para sostenerse.

El sol comenzó a salir y las emanaciones del cráter remitieron al mismo tiempo que los carraspeos de Héctor. Los caballos trotaban sobre la tierra encharcada, siguiendo una línea que contorneaba las praderas por las que solían pastar a la espera de que algún turista decidiese darse un paseo con ellos. Hana miró atrás por encima de su hombro.

—¡Nos está siguiendo! —exclamó.

Héctor se giró a las malas, lo que le hizo perder el equilibrio, pero lo recuperó. Kaito montaba otro caballo y se aproximaba a ellos con el lucimiento de un guerrero.

—¡No puede ser! Ya no hay tormenta y además ¡ni se ha quitado la capucha! —profirió Héctor en un arranque de escepticismo.

Hana espoleó los flancos del caballo con los talones, forzándolo a correr más, y Héctor hizo lo mismo aferrándose al ramal para no caer al suelo. Se afianzó. Aún más al confiar en su corazón. Se dio cuenta de que el mejor brebaje de coraje era el amor que sentía por Hana. Sin embargo, la clave de todo era no separarse de ella. Enfilaron hacia el cráter Eboshi y algo más tarde lo perdieron de vista reduciendo la marcha hasta el mero paseo.

—¿Qué pasó? —preguntó Héctor de repente.

—Podría hacerte la misma pregunta —Hana inspiró profundamente.

—¿Cómo es que no volviste en todo el día?

—¿No lo ves claro? Para ti estuve desaparecida, pero fuiste tú quien realmente se esfumó — contestó Hana, peinándose el pelo empapado con los dedos—. A ambos nos hizo creer cosas distintas, porque sí que volví a casa, pero no estabas allí.

—Permanecí en tu casa hasta muy tarde y...

—Él me llevó a un lugar extraño, con el pretexto de que te encontraría allí, pero no fue así —le cortó Hana—. No le des más vueltas, estamos aquí, ¿no?

—¿Y no estabas en el helicóptero? —insistió Héctor.

—No, ¿cómo iba a estar? ¿A qué viene eso, ahora?

—Olvídalo, no quiero entrar otra vez por la puerta de la locura.

—Mejor que no —dijo Hana con una risa seca.

—No, pero lo que sí quisiera saber es por qué el señor Nakamura resultó ser tu padre, se presentó en la comisaría. Y un tal Omura también se adjudicó tu paternidad...

—¿Qué dices! No, no digas nada más. ¡No, no, no! —terminó Hana gritando.

Sus gritos fueron como un aullido duradero. Se sentía como si realmente pudiera escapar de todo, más que nada de cada cosa que fuese incoherente. Esperaba como una niña un regalo que su maldito anfitrión pusiera el punto final donde debía de estar.

—No nos libraremos de él tan fácilmente, ¿apuestas algo? —dijo Héctor.

Tenía razón. Kaito les salió al paso de entre unas rocas. Hana estiró del ramal y su caballo se detuvo relinchando. El de Héctor levantó un poco las patas de delante y lo tiró al suelo. Se alzó y se puso delante del caballo, mirándolo a los ojos. Luego, se giró para mirar a Kaito que permanecía frente a ellos, como en un duelo. Hana sostuvo su mirada sin pestañear mirando a Kaito. El tiempo parecía haberse parado en medio del silencio. Kaito dijo algo y fue acercándose lentamente. No captaron más que dos o tres sílabas de su voz que no pudieron comprender. Cuando llegó ante ellos se echó a reír sin ningún comedimiento. Dejó de reír y guardó de nuevo silencio.

—Mucho me temo que hemos llegado al final —dijo Héctor, sujetando de pie el ramal del caballo; hizo un gesto de dolerle la mano. Hana seguía montada al igual que Kaito.

—Me marcharé —dijo Kaito—. Os lo habéis ganado.

—¿Dices que te marchas? ¿Para siempre? —preguntó Hana.

—Sí, para siempre —respondió Kaito. Se quitó la capucha y se alisó el pelo con las manos mojadas.

—¿Y esperas que te crea? —replicó Héctor, tras quedarse en absoluto suspenso de credibilidad.

Kaito estiró del ramal e hizo girar al caballo cuarenta y cinco grados.

—Está bien, te creo —dijo Héctor—, pero me gustaría saber algo...

—¿Qué? —preguntó Kaito, moviendo la cabeza.

—El porqué de todo esto.

—¡Héctor! —Hana hizo un gesto negativo, frunciendo el ceño.

—Aguarda un momento —dijo Héctor, dirigiéndose a Hana—. ¿No vas a darnos una explicación?

—añadió mirando a Kaito.

—No va a dártela —dijo Hana.

Héctor cedió esta vez para no enojarlo. Hizo una reverencia y no dijo nada más, nada que pudiera hacerlo cambiar de decisión. Aun con todo, no pudo evitar pronunciar un susurro imposible de escuchar por nadie:

«Muy amable de tu parte, el dejarnos en paz».

Kaito avanzó unos pasos en la dirección que había tomado; se escuchó el sonido de los cascos sobre el fango. Héctor detuvo por un instante su respiración, parecía como si no quisiera que Kaito se fuera pese a su deseo recurrente de que lo hiciera. Sabía lo que venía a continuación. Su infernal cambio de parecer le iba a jugar una última mala pasada. Pero sus voces eran tan volátiles que se extinguieron en una breve espiración.

—No es por amabilidad —dijo Kaito, girando el caballo otros cuarenta y cinco grados—, pero ten cuidado con tus apegos y con ese cambio de pensar tan infantil.

«Sigue leyéndome el pensamiento el muy cabrón», pensó Héctor.

Hana se sintió involucrada en lo que había dicho Kaito del apego, sin embargo, no abrió la boca. La sensatez se antepuso a la necesidad, algo que a Héctor le costaba evitar. Volvió a tentar al destino, a correr el riesgo de que Kaito se echara atrás.

—Dinos al menos quién eres..., porque... no eres un demonio, eso lo tengo claro.

Kaito estalló en nuevas carcajadas que sonaron como una concordancia musical.

—Un ladrón, no soy más que un ladrón —contestó Kaito.

—¿Cómo que un ladrón? —Héctor se echó a reír, pero era una risa forzada.

—Un ladrón —repitió Kaito.

—¿De qué? ¿De cuadros? ¿De Joyas? —inquirió Héctor, obstinado.

—De almas —dijo Hana, aguantándose una risa que le empezaba a surgir.

—Un ladrón de penas —dijo Kaito con voz solemne.

No se entretuvo más. Hizo un gesto con los talones y su caballo tiró a andar. A los pocos pasos su caballo relinchó repetidas veces como si anunciase un final. Fue una grieta que interrumpió el pensamiento de Héctor, aunque rápidamente le regresó con un sentimiento extraño que no podía entender. Kaito salió al galope perdiéndose a lo lejos.

—No digas nada —dijo Hana, cruzando un dedo en sus labios.

Le hizo caso, pero no en su pensamiento.

«Se abre ante mí un nuevo destino, pero eso significa un cambio de vida radical; me estremezco de pensar que podría haberlo echado todo a perder en el instante en que pensé que Hana y Kaito..., da igual. Lo malo del caso es que no lo sé con certeza. No sé tampoco con absoluta certeza si todo ha sido pura

imaginación. No, hasta que he sentido esta extraña alegría, incluso esta irrazonable gratitud, después de desear cientos de veces que Kaito desapareciera, o peor aún, matarlo. Desde la calma me doy cuenta de que mis heridas físicas siguen sangrando y concluyo en que todo ha sido tan real como pueda ser la historia de cualquier otra persona. Y ahora que todo ha acabado, Hana sigue conmigo y eso no va tener ya final».

—¿Nos vamos? —le preguntó Hana con una sonrisa en los labios.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo Héctor, acariciándole una mejilla con la mano.

Ella levantó el rostro, cuya barbilla apuntaba al suelo. Luego, ladeó la cabeza de forma parecida a una madre a punto de reprochar algo a su niño. Pero no dijo nada.

—No te lo volveré a preguntar nunca jamás —aseveró Héctor.

Montó en el caballo y lo situó junto al de Hana. Le dio la mano y ella sintió una agradable presión. Las lágrimas asomaron por sus ojos pero se contuvo. Se inclinó y la besó. Salieron galopando en los dos corceles blancos.

EPÍLOGO

DESPUÉS DE LA TORMENTA

Un hombre caminaba cabizbajo, perdido en una maraña de inquietud. Se sentó en el banco de un parque, llevaba en la mano un libro titulado: «El ladrón de penas». Héctor Quijada Tapia era el autor, nada menos que el protagonista y, a lo peor, uno de esos chiflados que escriben lo que sueñan o lo que sacan de la parte abrupta de su mente como si fuera una piedra preciosa. Le quedaba poco para terminarlo y retomó la lectura interrogándose por lo que pasaría después de que aquella pareja hubiera vencido en tan fantástica batalla contra una tormenta encarnada.

No había nadie a su alrededor y pese a ello tuvo la sensación de que había gente mirándolo con curiosidad; probablemente mofándose de un desgraciado como él, igual que el protagonista de aquel libro tan extraño. Se preguntaba qué tenía en común con él, y por qué se sentía tan implicado en aquella historia. Al menos emocionalmente, aunque eso era lo normal para cualquier lector. Pero él sentía una sed no saciada y no sabía qué era lo que sentía; se entregó a leer, en una furiosa oleada de deseo, el final definitivo de una aventura que no parecía querer acabar. Se preguntó por qué no había acabado si ya tenía lo que se dice un final feliz. Sintió temor y excitación al mismo tiempo.

Lo último que leyó fue así:

«Seis meses después. Héctor aguardaba en la barra del restaurante relamiendo los restos de un jerez; al poco rato entraron por la puerta un hombre rechoncho, y una mujer rubia y delgada con los ojos exageradamente pintados. Ambos mantenían una animada conversación que interrumpieron al encontrarse con Héctor. Lucas, ese era su nombre, le dio la mano a Héctor y lo estrechó entre sus brazos. La mujer de Lucas esperó a que Héctor se pusiera a su altura y lo besó en las mejillas. Se llamaba Andrea.

Lucas era un viejo amigo, alguien que solía prestarse a leer sus manuscritos, en su opinión,

horrendos. A veces hacía comentarios mordaces, pero Héctor los soportaba quizá porque valoraba aquellas correcciones que con frecuencia consideraba útiles. Pero ahora era algo distinto y su amigo no sabía cómo describir lo que había leído. Tal vez su cordura estuviese en juego.

—No sé qué decir —dijo Lucas, echándose a reír—. En serio, me ha gustado, y a Andrea también.

—¿Estáis seguros de eso? —preguntó Héctor.

Curvó las cejas manifiestamente, haciéndose el sorprendido.

—Decididamente sí, aunque he de decirte que parece haberse escrito durante una crisis de delirio

—Lucas carcajeó con sonoridad—. Te repito que no sé qué decir y... —se quedó callado.

—¿Y? —inquirió Héctor, impaciente.

—Nada en concreto. Pero me ha sorprendido bastante que tu relato se base en hechos reales —contestó Lucas—. Nada menos que reales. Yo tacharía esa declaración, a no ser que quieras parecer un chiflado. No es cosa mía, desde luego que no, pero es lo que pienso.

—Tiene razón —intervino Andrea, señalando a Lucas con la mirada.

—Lo entiendo, nadie va a creerlo —dijo Héctor—, pero ¿y vosotros? ¿Lo creéis o no? No se puede ser amigo de un chiflado, claro. Si os digo que me lo he inventado os quedaréis más tranquilos.

—No es eso, pero compréndenos —dijo Lucas. Se rió por segunda vez.

—Lucas —dijo Héctor—, a veces me despierto de sueños en los que un hombre con un chubasquero rojo me mira con una extraña compasión. Y ella también.

—¿Ella? —preguntó Andrea.

—Mi chica, ¿qué tiene de raro?

De repente sonó el móvil de Héctor. Lucas alzó los hombros cuando Héctor dijo, sin apartar el oído del auricular, que su chica acababa de llegar en taxi y que aguardaba en la puerta del restaurante. Era una sorpresa. Héctor le confirmó que se hallaba en el interior del restaurante con sus amigos. Lucas se habría desmayado al ver entrar a la chica de Héctor, si bien nadie se desmaya por eso. Pero se le erizó la piel y los ojos se le abrieron al máximo. La chica era una japonesa muy atractiva.

—Es Hana —dijo Héctor. Ella los saludó inclinando el torso.

Ese nombre pareció abrir una brecha en la cabeza de Lucas. Le produjo además una horrible sensación en el estómago. Lo superó pensando en la comida, era un glotón consumado. La olía por todas partes. Saludó a Hana con demora y Andrea se lanzó a besar a Hana, pero la esquivó con disimulo.

—Entonces, a tus personajes los has llamado igual que... —dijo Lucas.

—Es lo que ocurrió, ni más ni menos —abrevió Héctor.

—No, eso no es posible y lo sabes —dijo Lucas, tocándose la barbilla.

—¡Es un auténtico misterio! —exclamó Andrea.

—Sí, todo ha sido un misterio y... seguirá siéndolo —dijo Héctor, frotándose las palmas de sus manos.

Mostraba un rostro apacible, atravesado por surcos en la frente, las huellas que deja el sufrimiento.

Pero todo tiene un final. La incertidumbre que lo había atormentado ahora le resultaba placentera. Disfrutaba incluso con la que notaba en los demás.

—El ladrón de penas —dijo Lucas—. ¿Estás seguro del título?

—Es el hombre del chubasquero rojo —dijo Héctor, carraspeando—, y lo único que sabemos de él a ciencia cierta. Y hay algo más, y es que el día que tomé la decisión de escribir este libro se desencadenó una pequeña tormenta. Fue como una advertencia.

—¿Una advertencia? ¿De qué? —quiso saber Lucas.

—De ser fiel a la realidad, ¿no te agrada tanto? —respondió Héctor.

—Me parece aún más increíble —replicó Lucas—. Nunca la imaginación había llegado a tanto... aunque, tú, Hana... —murmuró, mirándola a ella.

—Será mejor que nos sentemos a la mesa —zanjó Héctor.

Héctor dejó escapar un suspiro indignado. Hana era una gran mujer, un milagro de la vida y tuvo la mala sensación de que su amigo estuviera debatiendo si ella era un personaje de ficción o una persona de carne y hueso. Pero sabía que hasta el hombre del chubasquero rojo era más real que toda la sarta de mentiras que asolan a la humanidad. Y también sabía de esa extraña tierra que existe entre lo que es real y lo que parece que no. Por eso le dio el manuscrito a Lucas, un escéptico empedernido.

Las once de la noche. La cena había dado paso a unas copas. Lucas hablaba de unos retoques en la historia, Hana le contaba a Andrea pormenores de su tierra y esta se sentía entusiasmada al principio, pero acabó por hablar de trivialidades. Contó algo de una mujer de ceño arrugado que había estado casada nada menos que con Héctor. Hana optó por no hacerle caso. Mantuvo la mirada perdida en la pared de enfrente, solamente deseaba quedarse a solas con Héctor y volver a Kurume dentro de unos días.

—No se puede cambiar nada de la historia —dijo Héctor—. Es sagrada.

—Solo unos pocos detalles. Se lo podría ofrecer a Diego, un amigo, un agente...

—No, no, —negó Héctor—. Te diré una cosa, Lucas. Si se nos ocurre cambiar lo más mínimo de la historia, te aseguro que el hombre del chubasquero rojo hará que nos acordemos de él para siempre.

Lucas, perplejo, trató de reflexionar en lo que acababa de oír. Luego, se encogió de hombros y no pudo contener la risa. Héctor meneó lentamente la cabeza.

—¿Qué me estás diciendo? Ah, ya, estás bromeando —dijo Lucas, dándole un golpecito en el hombro a Héctor— desde nada más vernos. Eso lo explicaría todo...

—¿Y si no estuviera bromeando? —preguntó Andrea.

—Tenemos que... —dijo Hana. Se calló y volvió a abrir la boca formando una palabra muda seguida de otra en sus labios: «irnos ya».

—Bien, ha sido una magnífica velada —dijo Héctor, levantándose de la mesa—. Te agradezco que lo hayas leído y que te haya gustado, ya hablamos, ¿de acuerdo?

—Claro, verás que tengo razón —dijo Lucas, en un tono dominante.

Supuso que podría convencer a Héctor, sin siquiera conocer el alcance de lo que tenía delante. Unas páginas cuyas palabras estaban más allá del lenguaje. De repente, un hombre se acercó a la mesa. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, y tenía unos ojos oscuros y misteriosos. Sus labios delgados se movieron tras un intercambio de miradas en silencio.

—No he podido evitar escuchar la conversación —dijo el desconocido—. Ruego que me disculpen. Hace bastantes años, treinta si no recuerdo mal, escribí un libro muy parecido al suyo —añadió mirando a Héctor—. Hice justamente lo que usted propone —explicó, esta vez mirando a Lucas—: cambiar ciertas cosas y negar la realidad. No me he podido librar del hombre del chubasquero rojo desde entonces.

—¿De qué está hablando? —preguntó Lucas.

—Sabe perfectamente de qué estoy hablando —contestó el desconocido—. Pero ha llegado el momento del relevo. Es su turno y espero que no cometa el mismo error —dijo, señalando a Héctor con el dedo índice—. No luche contra el destino, aunque me parece que va a hacer lo correcto. Si es así lo felicito.

Héctor dibujó una sonrisa de complicidad en sus labios. Hana suspiró antes de sonreír con idéntica complicidad. Ambos se miraron a los ojos sin decir nada.

—¿Y dónde está ese libro? ¿Llegó a publicarse? —preguntó Lucas.

—Lo fulminó un rayo —respondió el desconocido.

Andrea no salía de su asombro y no podía articular palabra alguna.

—¡Esto es increíble! ¡Debo de estar soñando! —exclamó Lucas.

—Y si la quiere de verdad —dijo el desconocido a Héctor, señalando a Hana con la mirada—, no se la juegue.

Un trueno cortó la conversación y el hombre se marchó sin decir su nombre. No era racional para Lucas. Se quedó con la boca abierta y sin poderla cerrar una ráfaga de lluvia pegó contra el ventanal que estaba junto a la entrada del restaurante. Los cuatro se quedaron mirando hacia la ventana. Un hombre a quien no se le veía el rostro pasó casi rozando el cristal. Llevaba un chubasquero rojo».

El hombre sentado en el parque cerró el libro, el cual concluyó tal como había empezado: con la amenaza de un temporal inesperado. Frunció un momento el ceño y después sonrió pensando en lo que acababa de imaginar, que él era el protagonista de la historia, lo que lo convertía en un lunático muy afín a Héctor Quijada. Pensó incluso en que tendría que escribir su propia historia como lo había hecho aquel viejo desconocido del restaurante. Pero él no tenía una tormenta encarnada a la que tener que enfrentarse ni una historia interesante que contar, excepto un fútil y doloroso desamor.

Sintió un escalofrío cuando mirando un árbol de enfrente con detenimiento vio cruzar por delante a una mujer morena. Se sintió fascinado por las similitudes con Hana, pero lo que lo hizo estremecerse fue que se sintió tan incomprensiblemente atraído por ella que por primera vez tenía las fuerzas para olvidar

a su pretérita pareja. Lo saludó y se acercó a él titubeando en sus pasos.

—Discúlpeme —le dijo en un francés musical, señalando al libro que se hallaba sobre el banco—, pero lo he reconocido de lejos. Hace muy poco que lo leí. Mi nombre es Anne.

—Raúl —le contestó él con una sonrisa—. Ya tenemos algo de qué hablar..., si quiere sentarse conmigo, claro.

«Dios mío, Anne..., es... la versión parisina de un amor sin igual. Debe de ser un libro mágico o algo parecido. ¿Pero es posible que pueda ocurrir una cosa así? Oh, no, tu imaginación es tan calenturienta como la de Héctor, pero tú perteneces a la realidad, no estás impreso en las páginas de ningún libro».

Anne se sentó junto a él. Raúl sonrió complacido y pensó en si había muerto y se hallaba a las puertas de un paraíso demasiado extraño. Pero no, todavía no sabía que la vida es una comedia con un toque de drama, a veces de tragedia y también de locura. Tenía esa desagradable sensación, o al menos creía tenerla, de estar soñando. Y en eso volvía a coincidir con el protagonista de la historia que lo había mantenido en vilo.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó Anne.

Raúl esperó a que su galopante corazón se serenase un poco.

—¿Se da cuenta? Eso mismo le preguntó Hana a Héctor cuando se conocieron —dijo Raúl—. Es increíble, pero yo diría que... —se detuvo porque no sabía explicarlo y no hizo ningún esfuerzo, no pudo.

—¿Vive aquí? —le preguntó ella sin prestar atención a lo que Raúl había dicho.

—Estoy en París por unos días...

—Eso me resulta familiar...

Raúl hizo un gesto que consistía en un fruncido de cejas y un abrir exagerado de mandíbulas. Durante los cinco minutos siguientes hablaron de aquella historia. Raúl no dejaba de ver coincidencias por todas partes.

—¿Sabes que te pareces mucho a él? —dijo Anne de repente.

Raúl tenía la boca seca y el corazón le latía demasiado rápido.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Anne.

Hubo un momento de silencio que dio paso a una voz insegura con la que Raúl le respondió lentamente.

—Es la segunda vez que me lo preguntas, ¿te has fijado? —dijo.

—No me había fijado, pero la pregunta sigue en pie.

—Solamente tengo tristeza y de la peor calidad —Raúl sonrió tras decir eso.

—Oh, pues entonces ¡preparate! ¡Vendrá a por tus penas y te las robará!

Raúl estaba a punto de agregar algo, pero estalló en carcajadas y ella se contagió.

—¿Y si la toma contigo? —Raúl levantó la vista al cielo tratando de contener la risa. No pudo contenerla y emitió otro gruñido de risa. Pero un fortuito golpe de viento se la cortó.

—¡Ajá! —exclamó Anne.

El viento no disipó las nubes que empezaban a juntarse. Esta vez ambos miraron hacia arriba y luego entre sí. Anne sacudió su pelo moreno y largo, el cual le colgaba por delante de un hombro. Raúl ladeó la cabeza varias veces imaginándola con el pelo recogido con una goma. Volvió a mirar el cielo que se había vuelto demasiado opaco y se estremeció.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Anne.

—¿Juntos o por separado? —preguntó Raúl, caprichosamente.

Como si una corriente eléctrica le recorriese el cuerpo, cogió la mano de Anne en el instante en que un trueno se presentó en el firmamento con arrogancia. Acto seguido, la lluvia empezó a caer y Anne apretó con fuerza la mano de Raúl. La tormenta aumentó en intensidad y ambos echaron a correr en dirección a una parada de autobús situada a la entrada del parque. Al poco llegó un autobús y entraron deprisa. Compartirían al menos un corto trayecto y eso se habría gestado en la magia de un libro. Raúl no le contó que él tenía también un amor furtivo, el de escribir. Pero no podía escribir nada que estuviese a la altura de aquella historia, a menos que Anne resultase ser algo más que un apetito salido de su imaginación. Nada más arrancar el autobús, vieron por la ventanilla a un hombre con un chubasquero rojo que caminaba por la acera y que reía a carcajadas.

*“Al elaborar un ideal podemos dar por supuesto lo que deseamos,
pero es necesario evitar las imposibilidades”*

ARISTÓTELES

UNA NOTA

SOBRE EL LADRÓN DE PENAS

Incluso la más cruda realidad no puede describirse si antes no se imagina. Lo imaginado, por otra parte, necesita de alguna realidad. A veces más de la cuenta. Quizá escribir sea un misterio y, si hay algo que aprender, el escritor podría sentirse como en un sueño donde nadie sabe qué va a acontecer. Esto ha ocurrido con los personajes de esta historia. Ellos son los que la han creado mientras yo me limitaba a pulsar el teclado, según me iban indicando, sobre todo Héctor Quijada, pues ha sido él quien ha creado la mayor parte del argumento inspirado en hechos reales, según dice, y de los cuales yo me he desentendido completamente.

Lo cierto es que esta es una manera bastante espontánea de escribir, porque la geometría no es lo mío. Me parezco mucho a los elementos de la naturaleza, todos ellos irregulares. En realidad soy uno de esos elementos y todos los somos aunque muchos no lo sepan. Pero lo que quiero resaltar aquí no es el talento natural o geométrico, sino una parte ignorada del misterio que rodea a la escritura: las coincidencias. Son estas las que mezclan la realidad con lo imaginado a un nivel profundo. El escritor (también a veces el lector) establece contacto con algo desconocido en la vida corriente y moliente, lugar y estado mental donde se ignora la existencia de los paradigmas. Sin embargo, de ellos están hechos nuestros sueños, los cuales se basan como he mencionado en la realidad y viceversa. Que se lo digan a esa pareja parisina, Raúl y Anne.

Durante el transcurso de cada uno de los libros que he escrito me he tenido que enfrentar a paradigmas envueltos en extrañas coincidencias. Pero hay más, si se trataba de algo que aprender (una clave determinante), un factor se sumaba a las coincidencias, y era la congruencia. Esta es una especie de relación lógica entre lo que se dice o escribe y se hace. Lo contrario es la incongruencia y en su punto extremo nos encontramos con el cinismo. ¿Acaso no es este un mundo cínico? Algo me dice que sí, pero el antídoto es ser lo más real posible, noble, digno, sincero, dentro de la imaginación. Pero alguien nos pone a prueba y de ahí las coincidencias y su misterio. En resumen, que algo extraño me sucedía. Por ejemplo, si al escribir hacía demasiado hincapié en conservar la calma me veía envuelto en situaciones

tensas.

Al escribir «El ladrón de penas», me ha sucedido lo mismo. De hecho lo empecé con cierto recelo, el cual aumentó al evidenciar las admoniciones que Kaito, el hombre del chubasquero rojo, aplica a los protagonistas aun sin que nadie sepa por qué. Huelga decir que hasta acabar el libro me he visto envuelto en situaciones que algunas veces me han hecho sentirme (también a mí) protagonista de esta historia. Sobre todo, cuando me sorprendió una tormenta hace poco. Ignoro si habré tenido algo que ver en ello, pero al doblar una esquina en pleno aguacero me tropecé con una persona que llevaba puesto un chubasquero rojo. Y por esto mismo intuyo que el misterio se extenderá a esta nota final si no lo remedia nadie, y nadie va a remediarlo. Mucho me temo que, por el contrario, el hecho de qué me ha inspirado para escribir esta historia es de por sí otro misterio, a lo que debe añadirse la ubicación geográfica y sobre todo el título. Ahora bien, ya he dicho más o menos que mi cometido no ha sido otro que poner sobre el papel un dictado. Otro misterio podría ser quizá mi intuición de un invierno que transcurra entre borrascas. Si fuese así, ignoro si el haber escrito este libro tendría algo que ver en ello; se mire como se mire, todo seguirá siendo un misterio.

Ahora, me queda darte las gracias por todo. Espero volver a verte cuando el cielo luzca soleado. Tal vez puedas evitar enamorarte durante una tormenta y hasta es posible que te alarmes si ves a alguien con un chubasquero rojo. Incluso puede que te preguntes si algo parecido a lo que acabas de leer podría ocurrirte a ti. Con respecto a esto último, te diré que nadie puede saberlo, ni yo tampoco. Sin embargo, ya que te has involucrado en la historia como lector, si hay algo que puedo aconsejarte es una cosa: que aprendas sobre ti mismo. Ese es el eterno juego entre el nacimiento y la muerte.

ANTONIO JÓDAR CALPE

15 DE SEPTIEMBRE DE 2016

ACERCA DEL AUTOR

Antonio Jódar Calpe es escritor e instructor de crecimiento personal.

Obras publicadas:

«Keiko, práctica de vida», 1999.

«La dieta de los 3 budas, para el bienestar emocional y espiritual», 2011.

«La raíz del dolor, lo que hay detrás del escenario», 2011.

«Katsugen Undo, la práctica que restablece la salud y la serenidad», 2011.

«El despertar del intento, en el vórtice del desafío humano», 2012.

«La catástrofe más esperada de la historia», 2012.

«Un dios en el bolsillo», 2013

«Atrapados, el karma de los fantasmas», 2013

«El conjuro de la estupidez», 2014

«Taiheki. El dilema del comportamiento humano y el exceso de energía», 2015

«El ladrón de penas», 2016

Para saber más del autor visita: www.tonijodar.com